

EDITORIAL

Seguimos con nuestra relectura crítica de las grandes líneas inspiradoras de la CLAR. Esta vez nos toca la temática de la nueva eclesialidad. Con toda evidencia, la refundación de la Vida Religiosa es esencialmente una propuesta de nuevas relaciones dentro de nuestras familias religiosas, entre estas y la Iglesia en sus diferentes dimensiones y, finalmente, desde la Iglesia, con el mundo que nos rodea y nos reta.

Nuestro amigo José María Guerrero abre esta edición renovando sus acostumbrados cuestionamientos desde lo que llama los nuevos retos y exigencias a la Iglesia desde los signos de los tiempos. Antonieta Potente, indagando en el estilo apocalíptico, nos propone una nueva lectura de las siete cartas a las Iglesias desde las inquietudes de nuestro mundo contemporáneo. El bloque de reflexión teológica se cierra con el aporte de Pedro Trigo, que si bien es un artículo desde la realidad venezolana, ofrece luces a nuestra reflexión en todo el continente

En nuestro caminar de Emaús, estamos convencidos que nuestras relaciones intraeclesiales no pueden sanarse exclusivamente desde dentro. Tenemos que escuchar la voz de otras Iglesias y otras corrientes religiosas e inspirarnos de los grandes movimientos alternativos de sociedad que, poco a poco, están naciendo en oposición al modelo globalizado neoliberal impuesto al mundo entero. La nueva eclesialidad no es sino un aspecto de esta Jerusalén mesiánica que esperamos y preparamos todos juntos, los hombres y mujeres de buena voluntad. No se trata de una cuestión puramente eclesial, sino de nuestra manera de responder colectivamente al reto de relaciones sociales solidarias y humanistas en contraste con “el fin de la humanidad” que pregonan y preparan activamente los maestros del mundo neoliberal.

Que estas páginas nos inciten a salir de nuestros cenáculos para sentirnos responsables como religiosos y religiosas y como creyentes en Jesucristo, del cambio de sociedad que reclamamos en nombre del humanismo evangélico.

Simón Pedro Arnold o.s.b.
Responsable de la redacción.

REFLEXION TEOLOGICA

DESAFIOS A LA IGLESIA DESDE LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS ¿QUÉ RESPUESTAS?

José M^a Guerrero, sj.

Nos hemos adentrado en el Tercer Milenio. También la Iglesia cumple más de dos milenios en su caminar histórico. A lo largo de este tiempo, la Iglesia ha tenido que escrutar e interpretar los signos de los tiempos desde los que el Espíritu le hablaba al corazón. Ya el Vaticano II afirmó sin titubear que “corresponde a la Iglesia el deber de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, de manera acomodada a cada generación, pueda responder a los perennes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua entre ambas”[1] Descubrir con lucidez los nuevos desafíos y exigencias que se le hacen a la Iglesia desde los signos de los tiempos y responder a ellos con creatividad y coraje es tarea ineludible de ella, para ser una Iglesia encarnada en el espesor de la historia y por lo tanto evangelizadora.

INTRODUCCIÓN

No siempre la Iglesia supo escrutar los signos de los tiempos. Ya se quejaba el Señor: “Saben Uds., explorar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no exploran, pues, este tiempo?”[2]. Esta misma queja vale para nosotros. No siempre ha sabido la Iglesia mirar lejos, discernir con libertad de espíritu los retos que le planteaban los signos de los tiempos. Ni tuvo la creatividad, imaginación y el dinamismo necesario para responder coherentemente a lo que el Espíritu le estaba exigiendo.

Nos encontramos en el umbral del Tercer Milenio, un tiempo desconcertante: confuso y apasionante, lleno de incertidumbres pero también cargado de futuro y esperanza. Vivimos tiempos de ocaso y amanecer. Nadie podrá negar las tremendas transformaciones que se están produciendo en nuestro mundo actual. No es el momento de detenernos en ellas. Otros lo han hecho y con mucha competencia[3]. Pero si quisiera destacar los que yo llamaría los nuevos desafíos y exigencias a la Iglesia desde los signos de los tiempos. El mismo Papa habla de “una situación nueva”[4] Pero a retos nuevos, nuevas respuestas. Sugeriremos algunas a lo largo de esta reflexión.

La globalización[5] ¿amenaza o futuro?

La globalización - expresada gráficamente en el mundo de la internet-, suele ser asociada ordinariamente a procesos económicos. Reducir la globalización a un factor, económico, es una “explotación ideológica” (Alain Touraine), o una trampa que justifica su rechazo, pero que también solapa intereses particularistas y cerrazones nacionalistas. La globalización unifica y mundializa todo: cultura, economía, lenguaje, costumbres, comunicación, ética, pero al mismo tiempo discrimina y amenaza a pueblos enteros y personas. El escándalo de la globalización económica es que sus mismos defensores admiten que hay países en los que sólo podrán vivir el 40,50 ó 60% de su población. Es cínico, por decir lo menos, el querer justificar este escándalo diciendo que es mejor que viva el 40% de la población a que sólo subsista el 10 o el 20%. Es entonces justificable la reacción un tanto airada de Jon Sobrino cuando afirma sin titubear que en el fondo la globalización es “un insulto a los pobres” ya que sólo busca la “globalización de la riqueza”, aunque se produzca una “globalización de la pobreza” en la que se encuentran 1.500 millones de personas que deben sobrevivir con un dólar diario. En el fondo, el problema estriba en saber quien es el que decide qué 40% de la población va a vivir y qué 40% va a morir[6].

La globalización económica del proyecto neoliberal es particularmente peligrosa. El libre mercado se convierte, con frecuencia, en un ídolo ante el que se sacrifican muchas vidas (son los sobrantes y desechables que ni producen ni consumen). En esta economía de mercado insolidaria y cruel, que parece imparable, no hay lugar para todos. El “Segundo Foro Social”, realizado en la Porto Alegre, del 31 de enero al 5 de Febrero no se quedó en meras protestas: “Un mundo distinto es posible y todos estamos llamados a construirlo”. Esta fue la consigna y la opción concreta de más de 60.000 participantes. Y no les faltaba razón.

La globalización “desde arriba”, comandada por los grandes multinacionales y por los gobiernos e instituciones internacionales al servicio de sus intereses, es un atentado contra la miseria de muchos pobres cada vez más pobres y excluidos del banquete y de la fiesta. ¿Cómo no va a ser hiriente y descorazonador que las tres personas más ricas del mundo tengan una riqueza equivalente a la de 600 millones de habitantes de los países pobres? [7]

Y ¿cómo responden los defensores de esta globalización a las duras y justas críticas que surgen por todas partes? Fomentando en las bases sociales el deseo desordenado de tener y poseer, alimentando la avaricia, la ostentación y el consumismo y el ansia de ganar por encima de lo que sea y de quien sea. Es obvio que esta actitud está en contradicción con personas y sociedades que consideran primordial lo comunitario, la solidaridad, la justicia, el servicio, la moderación, el compartir.

Estamos ante el reto de emprender esfuerzos a todos los niveles para que la globalización esté marcada por la solidaridad, equidad, la sostenibilidad y la inclusión. En esta nueva etapa del mundo, queremos una globalización solidaria, respetuosa de los derechos de todos: ciudadanos, pueblos y medios al servicio de la justicia social, de la igualdad y de la soberanía de todos los pueblos. Es lo que el se ha llamado “globalización desde abajo”[8].

Hay que buscar una sociedad alternativa a la actual que no excluya a nadie, donde quepan todos y que se haga de la persona humana y, en concreto, del pobre y del excluido, el centro de la economía y la preocupación social. No es una tarea fácil. Hasta parece imposible. La Iglesia primitiva se enfrentó con el imperio romano. Y metiendo en él la levadura nueva del Reino logró cambiar el modelo de convivencia: ni explotadores ni explotados, ni señores ni esclavos sino hermanos que comparten y conviven en comunión y solidaridad porque se aman. Este es el gran desafío que tenemos como Iglesia de comunión. En todo caso, en la entraña de este fenómeno ¿no se escucha el gemido y los dolores de parto de toda la creación a favor de un mundo más global, más unido y más fraterno?[9].

La pobreza creciente: cada día hay más pobres que son cada vez más pobres.

Un mundo caracterizado por un proyecto neoliberal que todo lo invade y que se presenta sin alternativas, recrudece la situación de miseria y exclusión de nuestros pueblos (los excluidos son 1/3 en los países ricos y 2/3 en el Tercer Mundo). El hecho es que cada año hay más pobres que son cada vez más pobres. No hay que hacerse ilusiones. Lo peor del sistema neoliberal, piensan algunos, está quizás por venir.

Ante esta gigantesca parábola del rico epulón y del pobre Lázaro (Juan Pablo II), la Iglesia no puede cruzarse de brazos, vivir instalada y del brazo de los poderosos de la tierra. La Iglesia tiene que levantar su voz porque se le pedirá cuentas. Así como hoy tenemos que pedir perdón por no haber levantado nuestra voz sobre la esclavitud. Que no suceda lo mismo mañana con la exclusión. Pero, además, si la Iglesia quiere ser fiel a su Fundador, tiene que denunciar proféticamente una situación que es injusta e inhumana y contraria “al plan de Dios y al honor que se le debe”[10]. El Dios “siempre mayor” revela su grandeza en el apasionamiento por el hombre “siempre menor”. Por eso si la Iglesia pierde el vértigo de la caridad que la impulsa a

bajar a los infiernos, a los que sigue bajando hoy el Crucificado en sus seguidores, perdería originalidad, credibilidad y fecundidad.

La predilección por los pobres[11] no es una moda en la Iglesia ni nunca lo fue. Configuró toda la vida y la misión de Jesús[12] y ha de configurar también la vida de sus seguidores. Pertenece, pues, al corazón del Evangelio y es una dimensión del Reino, un imperativo ético y evangélico válido para todos. “ La opción por los pobres es inherente a la dinámica misma del amor vivido según Cristo. A ella están obligados todos los discípulos de Cristo”[13], decía Juan Pablo II. Es un llamado que nos viene de Jesús y el Evangelio. La historia de esta opción se confunde con la historia de la experiencia cristiana.

En toda la historia de la revelación de Dios y de la sanación de Israel hay una vertiente que se va definiendo cada vez con más ímpetu y fuerza: Yahvéh se revela poderoso en la flaqueza de los pobres y excluidos. Ese Dios que se hace defensor del pobre, del huérfano, del extranjero, de la viuda, de los esclavos[14], es el Dios vivo y verdadero, el que se va a revelar de manera todavía más escandalosa en la historia de Jesús de Nazareth. Dios quiso hacer de los pobres los privilegiados de la Buena Nueva y el criterio para discernir la presencia del Reino. Si la praxis de Jesús es normativa para sus seguidores (los cristianos y cristianas de todos los tiempos), entonces hay que reconocer que, sin la opción preferencial por los pobres, sin asumir su causa y comprometerse con su liberación, le faltará algo constitutivo a nuestra pretensión de ser seguidores de Jesús. Esa fue y es la verdad de la Iglesia y lo seguirá siendo mientras se deje colocar por el Espíritu en su sitio.

La Iglesia, por ser sacramento universal de salvación, atrae o aleja a los que se acercan a ella por lo que ven. No se trata de simples apariencias, sino de la verdad de su vida que se expresa en hechos y signos que unos entienden y otros no. Por eso tenemos que preguntarnos honradamente: ¿estamos con los que excluyen o con los excluidos? Los pobres de nuestra sociedad ¿ nos descubren de su parte, a su lado o nos sienten lejanos, enredados en una religión de muchos rezos vacíos de compromiso cristiano? ¿ Hemos hecho experiencias en el mundo de los pobres- (la INSERCIÓN)- que es la única manera de conocerlos de verdad con sus problemas, sus angustias y esperanzas o hablamos de memoria?[15] La Iglesia ha hablado con frecuencia y con mucha fuerza de los pobres, pero no desde la pobreza y por eso no se la ha creído. ¿Con quién se codea la Iglesia habitualmente? ¿ Dónde están nuestras prioridades? ¿Qué buscamos: el “poder” y las “seguridades” o el servicio humilde sin más seguridad que la fidelidad del Señor Jesús y la docilidad a su Espíritu? No se trata de condenar a nadie, pero sí de levantar la voz frente a hechos, actitudes, títulos y signos que no están de acuerdo con el Evangelio y que son un escándalo para muchos y opacan la misión de la Iglesia.

No podemos hacernos creíbles y resultará imposible de-mostrar nuestra solidaridad con los oprimidos, los marginados, los ancianos, los enfermos, los pequeños y cuantos son considerados y tratados como los últimos en la sociedad[16]- que esos son los pobres según Juan Pablo II- si no nos esforzamos por vivir con sencillez y modestia, ajena a toda ostentación, privilegios y cierto orgullo que son siempre antievangélicos por más que queramos camuflarlos por razones que no se encuentran ciertamente en el Evangelio y tan lejanas a la conducta del Siervo de Yahvé, a quien queremos seguir. Y es natural que esto impacte más cuando viene de hombres de Iglesia que tienen una especial responsabilidad en encarnar el talante de Jesús, pobre y humilde, siervo y servidor de todos[17] .

Soplan aires de libertad y autonomía

Los tiempos de modernidad y postmodernidad han traído aires nuevos de subjetividad, de valoración de la persona, de igualdad entre todos, de participación y corresponsabilidad, de libertad de expresión, de diálogo... Soplan aires cada vez más fuertes de libertad y autonomía. Nadie quiere ser esclavo ni pasivo. Todos desean involucrarse en las decisiones que les competen y no soportan estructuras que los mantengan en una constante “minoría de edad”. De ahí el rechazo frente a lo institucional cuando en vez de encauzar y potenciar la vida, la entorpece y ahoga.

También en la Iglesia se descubre una nueva y creciente conciencia de la dignidad - única e invaluable - de todos los creyentes y que no es otra que la de ser hijos de Dios. En la Iglesia no hay dignidades ni privilegios, hay servicios, ministerios. Pero el ser todos, como hijos, fundamentalmente iguales es un privilegio y un deber que nos exige participación y corresponsabilidad en esta Comunidad que es la Iglesia (una comunidad viva no puede tener miembros muertos) . Esto exige de la Iglesia repensar las estructuras de autoridad y gobierno.

a. ¿Crisis de autoridad o un de un estilo de ejercerla?

No estamos, a mi parecer, ante una crisis de autoridad en la Iglesia porque ni se cuestiona su necesidad ni su legitimidad. No se discute el “principio” de la autoridad. Al revés, se defiende. Sería muy peligroso que la autoridad se debilite o se desprestiege por ejercerla mal. Y esto es lo que hoy muchos sienten: estamos ante una crisis de una forma histórica de autoridad y del modelo eclesial que la sustenta[18]. Hay una autoridad-dominio y autoridad-servicio[19]. Y ya sabemos cómo la ejerció el Maestro[20].

b. Fascinación por lo democrático y el deseo actual de libertad y autonomía.

La creciente fascinación que el hombre de hoy siente por lo “democrático”, el deseo actual de libertad y autonomía, el redescubrimiento de una Iglesia como “koinonía” no permiten pensar a la autoridad como fuente de poder, ni la centralización progresiva de la autoridad (en Roma), su concentración intensiva en el Papa, la divinización y sacralización de las personas revestidas de autoridad. En el modelo de una Iglesia como “societas perfecta” (el esquema jurídico – institucional) la autoridad jerárquica constituye el principio estructurante, el centro motor de todos los impulsos y la realidad primordial y autónoma(realidad anterior, exterior y superior a la comunidad eclesial, reducida ésta a la condición de un pueblo impotente y pasivo). Esa no es la eclesiología del Vaticano II.

La verdad es que la autoridad en la Iglesia está doblemente desabsolutizada: por su referencia a Jesucristo (reconocido efectivamente como único Señor) y por su reinserción en la comunidad. Situar el ministerio jerárquico dentro de la Comunidad no es atentar contra el carácter “instituido”, querido por Jesucristo, de la jerárquica de la Iglesia que tiene siempre una función originaria y específica, sino que se la sitúa en la realidad estructurada de la comunidad. Es en la comunidad de los discípulos que Jesús escogió a los apóstoles: la autoridad no emana de la comunidad, pero ésta es la realidad englobante dentro de la cual los ministerios están situados como servicio para la edificación de la Iglesia. Al ser desabsolutizada y relativizada, se transforma la función y la figura de la autoridad en la iglesia. La autoridad ya no puede ser concebida como la realidad primera y fundamental, ni interpretada en términos de poderes poseídos personalmente y de manera absoluta.

La sacramentalidad del ministerio ordenado es re-presentar en la comunidad y para la comunidad la soberanía amorosa y gratuita, actual y permanente del único Señor Jesucristo. Por eso la función de la jerarquía será animar la Vida que el Espíritu libremente suscita en la Iglesia, es decir respetarla, aceptarla, orientarla, promoverla. Tarea suya es también discernir los carismas sin olvidar que la libertad del Espíritu supera las fronteras que nosotros podemos fijarle. Por eso la jerarquía debe estar mucho más atenta para comprender la Vida que son los carismas, su creatividad e impulsar su despliegue que por regular y disciplinar funciones. Los carismas en la Iglesia no pueden ser domesticados ni uniformados y mucho menos sofocados porque no hay ninguna ley que esté por encima del Espíritu que es siempre creativo y libre, que “ sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va”(Jn 3,8), que desborda nuestros planes y los desbarata con frecuencia. No es nada extraño que hasta la misma jerarquía tenga más de una vez la impresión de “ perder el control de los acontecimientos” ya que “ no siempre es fácil e inmediato el reconocimiento de la proveniencia del Espíritu” (MR,12).

El paso de un modelo jurídico-institucional a una concepción de Iglesia como “koinonía” exige traducciones jurídicas e institucionales, capaces de responder al

cambio teológico operado en la conciencia de la Iglesia y a la sensibilidad social y al talante democrático de nuestro tiempo.

Dentro desde esta perspectiva deben ser situados ciertos fenómenos actuales (la contestación dentro de la Iglesia, el deseo de diálogo franco y leal, la búsqueda de una participación adulta y responsable, la afirmación de las particularidades locales frente al centralismo, etc), y no interpretarlos como peligrosas manifestaciones de falsa “democratización”. Reducirlo todo a una crisis de obediencia y aun rechazo de la autoridad es ignorar el “giro eclesiológico” que originó el Vaticano II. La Iglesia de comunión exige un cambio real del centro de gravedad de la autoridad en la Iglesia. Ojalá que la “nueva figura” de autoridad y su ejercicio se impongan definitivamente para bien de la Iglesia. La autoridad bien ejercida suscita una obediencia acogedora, leal, adulta y responsable. Y al interior de la Iglesia habrá que enfatizar mucho más el talante colegial que Jesús quiso en su Iglesia.[21].

Horrorizados por guerras que matan el alma de los pueblos

En este tiempo vamos de sorpresa en sorpresa. No acabamos de creer lo que vemos todos los días en la TV , escuchamos en a radio o leemos en el periódico. Todos los días vemos la muerte en acción. Se anuncia con ya cierta naturalidad que en tal o cual conflicto o guerra ha habido 20, 30, 40, 100 muertos como si se tratara de un subasta. Pareciera que la cultura del terrorismo como forma sin misericordia de actuar contra todos y contra todas, de la venganza sin límites, de la muerte injusta, también de niños inocentes, de familias destrozadas..., tiene ya carta de ciudadanía entre nosotros. Nos vamos acostumbrando al horror y a la sangre. Como botón de muestra ahí está la situación absolutamente intolerable en el Medio Oriente, los asesinatos y secuestros en Colombia, los genocidios de Yugoslavia y la región de los grandes Lagos, etc., etc. Como si la cultura de la paz, la consolidación del diálogo y la confrontación serena de posiciones, con una buena dosis de tolerancia, no fuera la mejor manera de afrontar los conflictos que puedan surgir entre nosotros.

También nosotros debemos dar razón de nuestro hermano Abel[22]. Que esto sea una interpelación que nos duela como Iglesia y nos sintamos urgidos a tomar la antorcha del diálogo, de la conciliación y de la negociación en los conflictos como el testimonio fundamental para este tiempo nuestro. “Que exista un lugar en la historia en donde se vive un espíritu diverso al dominio de la fuerza o a la paz por las balas o la muerte! Que exista un estilo de vida en donde no sólo se respeta la vida entre hermanos sino que se defiende igualmente la vida entre los hermanos, aquellos a quienes servimos”[23].

Puede paralizarnos nuestra pequeñez y debilidad ante esta maquinaria de guerra y de destrucción, pero el amor es más fuerte que el odio y no debemos cansarnos en sembrar solidaridad para con todas las víctimas de las guerras contemporáneas declaradas o no y apostar continuamente por los constructores de la paz.

La Iglesia debe aparecer como una comunidad alternativa en la que no rija la ley de la selva sino las leyes del Reino: fraternidad, justicia, igualdad, solidaridad, predilección por el empobrecido y marginado, entrega hasta el martirio. En este mundo desgarrado por odios, rivalidades, violencias e injusticias hay que meter esa levadura de Dios para la historia, que es la Buena Noticia de Jesús para que la humanidad fermente en fraternidad.

La revolución tecnológica

Quizás lo más llamativo hoy sea la revolución tecnológica y muy en especial, la informática. Es un tema de sobra conocido por nuestra propia experiencia. Vamos de asombro en asombro. Todos los días nos sorprende algún descubrimiento que parece imposible. Los adelantos tecnológicos pareciera que no tienen límites y da la impresión de que el hombre será sustituido por la máquina. “Podemos prolongar la vida a una persona por años” decía un médico. La revolución tecnológica de la información creará en el siglo XXI la superautopista de la información. Será éste el siglo de la revolución genética con el descubrimiento del genoma humano: penetraremos en los secretos de la vida.

Es obvio que esta revolución tecnológica podría ser un aporte de alcances inconcebibles, de posibilidades verdaderamente extraordinarias, pero también de riesgos horribles[24]. Todo dependerá si se pone al servicio de la persona o se convierte en un medio para esclavizarla. Las posibilidades inéditas que se ofrecen para la comunicación, por ejemplo, son sorprendentes y podrían convertirse en nuevos lugares de presencia que asuman de manera creativa y sugestiva el aporte de la construcción de lo humano fundamental. Aquí el discernimiento y la creatividad se convierten en reto para todos nosotros como Iglesia.

En busca de la identidad perdida[25].

Hacia una iglesia más laical

Un hecho histórico incuestionable es que durante siglos los fieles (laicos) han sido más consumidores de servicios religiosos que activos protagonistas de evangelización. El centro de gravedad de la Iglesia era el clero, que tenía la competencia casi exclusiva en el pensar, en el dirigir y en la responsabilidad. Los laicos eran, para decirlo con una frase gráfica, la “clientela de los curas”. En la Iglesia había miembros activos (el clero que evangelizaba) y pasivos (los laicos que eran evangelizados). Al principio no fue así[26]

Hoy muchos están convencidos que ha sonado la “hora de los laicos”. Algunos se atreven a ir más lejos todavía y adelantan que la Iglesia del Tercer Milenio será la “Iglesia de los laicos”. Reconozco que estas frases pueden sonar a polémicas y hasta reivindicacionistas. Y quizás en algunos casos lo sean. Pero no es ésta la clave para interpretarlas. El hecho es, como constata el Papa, que a lo largo de estos 34 años del post.-concilio, un creciente número de laicos ha respondido con generosidad al “llamamiento de Cristo a trabajar en su viña”.

El Concilio vio a la Iglesia en su totalidad, según aquello que es común a todos los fieles. De esta forma el tema del laicado quedó situado en el ámbito de una eclesiología total, en el que la unidad que procede del Padre por Cristo en el Espíritu viene antes que la distinción, sin anularla por eso, sino vivificándola en la dialéctica de la comunión y del servicio. Todos los bautizados son Iglesia y a todos les compete una misión que es común pero diversificada porque cada uno debe realizarla según su “propia vocación”.

Nunca más debemos considerar a los laicos como “la clientela de los curas” sino como protagonistas- también ellos- de evangelización. En la Iglesia de comunión todos somos necesarios y nadie puede abdicar de su responsabilidad y participación. En esta Iglesia no hay miembros activos que dan y otros pasivos que reciben. La comunión para la misión es privilegio y deber de todos. La participación y colaboración de los laicos no es una estrategia motivada por la disminución de efectivos. Tampoco es una concesión de la jerarquía. Es una exigencia ineludible de su compromiso bautismal.

Todos estamos convencidos, en teoría, de la importancia de la vocación y la misión de los laicos en la Iglesia. Lo que importa hoy es que en la práctica se les abran canales de participación y corresponsabilidad y no sólo en la etapa de ejecución sino desde la etapa previa y fundamental de discernimiento concreto de las exigencias de la misión. Sin los laicos la Iglesia no puede cumplir adecuadamente su misión.

Juan Pablo II confesó con alegría como una gracia para nuestro tiempo y una esperanza para el futuro el que los laicos:

“ tomen parte activa. Consciente y responsable en la misión de la Iglesia en esta magnífica y dramática hora de la historia ante la llegada del tercer milenio”[27].

Y ante las urgencias de la hora presente afirmaba que es necesario que:

“todos los laicos sean protagonistas de la Nueva Evangelización...Es necesaria la constante promoción del laicado, libre de todo clericalismo y sin reducción a lo intra-ecclesial”.

No se justifica, por tanto, que a los laicos se les trate, a veces, como "menores de edad". Deben participar a todos los niveles en la vida de la Iglesia desde su propia vocación. No se justifica que cierto párrocos, por ejemplo, reduzcan indebidamente esos espacios de responsabilidad y participación en consejos pastorales y otras tareas eclesiales. Claro que su tarea primordial deben ejercerla en el corazón del mundo y como hombres de mundo en el corazón de la Iglesia. Ya advertían los Obispos en Santo Domingo que hay que "evitar que los laicos reduzcan su acción al ámbito intra-eclesial, impulsándolos a penetrar los ambientes socio-culturales y a ser en ellos protagonistas de transformación de la sociedad a la luz del Evangelio y de la Doctrina Social de la Iglesia"[28].

Que la Iglesia los aliente a recuperar espacio y fuerza como signo de los tiempos y los impulse a ser miembros activos y corresponsables en el corazón del mundo para que en la familia, la política, la fábrica, la educación, el arte... sean levadura de Dios para la historia, se hagan presencia del Reino y transformen desde la realidad socio-política, económica, cultural según los criterios del Evangelio

La Iglesia ha pagado un costo muy alto por el aparcamiento de los laicos. Y que nos sirva de lección para el futuro. No se pueden desperdiciar torrentes de energía que tanto necesitamos.

El reconocimiento de la identidad y misión de la mujer.

Hacia una iglesia más femenina

Hoy el clamor por el reconocimiento de la identidad y misión de la mujer se oye cada vez más fuerte. Los movimientos feministas, en sus expresiones más diversas, no son más que una voz de alerta ante la situación milenaria de dominación del hombre y el desconocimiento del papel de la mujer. Esta fue encargada, junto con el varón, de la construcción del mundo y del perfeccionamiento del mundo y de la creación.

Han sido y son siglos de incubación, de germinación de ideas que ya no pueden soportar ni sufrir más tardanzas. Al comenzar el milenio deberá resolverse el siguiente dilema: O bien será la hora en que la mujer se exprese como tal, con toda su riqueza y toda su verdad, o será el momento de la distorsión del feminismo que se posesionará de criterios y valores masculinos como arma de defensa y señal de afirmación, terminando por ser más nocivo que la situación vigente actual.

Uno de los signos de esperanza en este cambio de época que vivimos, con todas sus incertidumbres e interrogante, es el fortalecimiento del rol de la mujer en la Iglesia y en la sociedad. La mujer ha irrumpido en la sociedad con una conciencia lúcida de ser sujeto histórico. Y esto constituye un descubrimiento de su propio valor y de los roles sociales y eclesiales que de hecho tiene junto al varón, aunque, con frecuencia, no se le reconozcan. En el proyecto de Dios y en la praxis de Jesús, la mujer tiene la misma dignidad que el varón y aparece como expresión vital del rostro femenino y materno de la Iglesia.

La Iglesia, una vez más, puede ser la señal para el mundo y asegurar la misión profética de vanguardia que debería tener, si da ejemplo, del cambio que se hace necesario. El Papa ha escrito páginas muy iluminadoras en la Exhortación Post-sinodal sobre la Vida Consagradas[29]. Ha reconocido "lo fundado de muchas de sus reivindicaciones que se refieren a la posición de la mujer en los diversos ámbitos sociales y eclesiales"[30] y que es "legítimo que la mujer consagrada aspire a ver reconocida más claramente su identidad, su capacidad, su misión y su responsabilidad, tanto la conciencia eclesial como en la vida cotidiana". La Exhortación deduce de todo esto, que "la nueva conciencia femenina ayuda también a los hombres a revisar sus esquemas mentales, su manera de autocomprenderse, de situarse en la historia e interpretarla, y de organizar la vida social, política, económica y eclesial"[31]. Algún camino se ha hecho pero es mucho más lo que queda por hacer. Es necesario, por tanto, apuntar algunas pistas:

1. Que la Iglesia no vea a las mujeres como espectadoras sino que reconozca el derecho de participar en todas las esferas de la organización y de discusión de la Iglesia, incluidos

naturalmente “aquellos procesos en que elaboran las decisiones, especialmente en los asuntos que les conciernen directamente”[32].

2. Que les devuelva a las mujeres su papel de primeras misioneras de la Buena Nueva en la Iglesia y en el mundo.
3. Que se evite cualquier discurso o conducta que suene a machismo o desconsideración con la mujer.
4. Que no se rebaje la calidad de la formación de las mujeres en la Iglesia.
5. Y que a nivel social denuncie con fuerza la esclavitud aún vigente de las muchas mujeres en diversos campos sociales y culturales que es absolutamente injustificada.

Yo sueño con una Iglesia que integre más a las mujeres en su seno, haciendo suya la praxis de Jesús, que predicó la Buena Noticia del Reino rodeado de discípulos y discípulas[33]. Deseo vivamente que asuma a la mujer como don de Dios, gratitud y ternura divina, porque en esta civilización de la violencia y del individualismo, ella es reserva de humanidad para la cultura de la vida y la solidaridad. Admiro también a la Iglesia cuando se esfuerza por abandonar su talante milenarista de dominación patriarcal, que le hace revisar toda la cuestión de género y coloca el “genio de la mujer” al servicio de la fecundidad de la Iglesia.

Levadura del universalismo.

Hacia una iglesia sin fronteras

Es, sin duda la nuestra una sociedad pluralista. Se multiplican las propuestas más diversas en el campo del pensamiento, de las soluciones pragmáticas a situaciones complejas en las que muchos quieren verse involucrados. No sabemos gestionar la pluralidad. El Espíritu, que rompe toda frontera, nos abrirá caminos. Sus llamadas y nuestra docilidad nos harán capaces para ofrecer un nuevo modelo de búsqueda continua de diálogo y acogida, de superación de conflictos que surgen en contextos de inculturación, de nuevos modelos de pensamiento y de vida. Este pluralismo unido a la práctica de la democracia privilegia la búsqueda de consensos en vez de la confrontación, lo cual es muy positivo.

El P. RAHNER advertía, hace ya mucho tiempo, que existe el peligro de confundir la “pequeña grey” con el “ghetto”. En medio de tantos millones de hombres y mujeres somos “una pequeña grey”. Y lo seremos más en el futuro. Sin embargo, “cuanto más pequeña se haga la grey de Cristo en el pluralismo de la sociedad actual, tanto menos podrá permitirse tener una mentalidad de ghetto y de secta, tanto más abierta hacia fuera” [34].

El Espíritu conduce a la Iglesia, por su dinamismo interno, hacia una actitud de amor, de simpatía hacia todo hombre, de diálogo respetuoso y sincero, de búsqueda en común, de responsabilidad y esperanza, sin colocarnos por encima de los hombres que no conocen a la Iglesia o la conocen mal.

La novedad del Vaticano II estuvo en proponer grados de pertenencia a la Iglesia[35]. Lo más importante no es marcar fronteras para saber quiénes están dentro y quiénes están fuera, sino levantar puentes que ayuden a las personas a abrirse al misterio de Dios. La Iglesia no conoce fronteras. A todos sin excepción dirige su mensaje sin imponerlo a ninguno. La levadura de universalismo, que Jesús metió en la entraña de la Iglesia y el Espíritu la fermenta sin cesar.

Estas grandes causas de la paz, los derechos humanos, la lucha contra la miseria, la violencia, el narcotráfico y otras pestes que amenazan exterminarnos, deben encontrarnos a todos en la vanguardia de un gigantesco esfuerzo de solidaridad y comunión para crear juntos un proyecto colectivo de esperanza y de futuro para toda la Humanidad. Es un imperativo urgente e insoslayable. Buscando aunar voluntades en torno a un proyecto común, la Iglesia mostrará ser “signo y sacramento de la unidad del género humano”[36]. Por su cercanía cordial y su solidaridad comprometida con todos los hombres y mujeres que, incluso sin compartir su

misma fe, luchan por las grandes causas del hombre, la Iglesia da testimonio del “sueño” de Dios para la humanidad: vivir en comunión con El y con todos los hombres y mujeres, nuestros hermanos.

El ecumenismo es un gran exigencia para la Iglesia de Jesucristo si queremos ser fieles al mandato del Señor: “Como tu, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” [37]. Volver a la unidad de todos los cristianos es un imperativo impostergable para todos nosotros. Fue la obsesión de Jesús y debe ser la nuestra. Abortar este deseo del Señor fue uno de los grandes pecados del segundo milenio por el cual Juan Pablo II pidió perdón en la cuaresma jubilar. Es un escándalo ver a los cristianos divididos cuando el Señor lo que quiso es que fuéramos uno. A esta baza de la unidad se juega la Iglesia su credibilidad. Es cuestión de vida o muerte para la Iglesia. Ciertamente se han dado algunos pasos significativos en el acercamiento a la Ortodoxia y a la Reforma, pero queda mucho camino que andar. La Iglesia no puede predicar un evangelio dividido.

Pero , además, la apertura al diálogo con las religiones no cristianas es también un gran desafío para la Iglesia. El famoso encuentro en Asís entre Juan Pablo y los líderes de las religiones abrió un camino esperanzador que debe intensificarse en todas las instancias.

Y no sólo eso. Es necesario un diálogo con el mundo moderno y postmoderno, reconociendo “las semillas del Verbo” que en él están presentes, por ejemplo en los movimientos pacifista, feminista, ecologista, en el diálogo intercultural con las diferentes culturas originarias y modernas, dialogo interreligioso, etc. También deberá dialogar sobre las nuevas exigencias de la persona humana en torno al cuerpo, la afectividad , la sexualidad[38].

Conclusión.

Animados por el Espíritu y considerando este tiempo como tiempo que Dios nos ha concedido para vivir el gozo del Evangelio y testimoniarlo a los demás, nos preguntamos ¿cómo hacerlo?

Frente a los grandes desafíos que le plantean a la Iglesia los signos de los tiempos, creo que :

Somos llamados insistentemente a realizar una nueva imagen de comunidad cristiana en la que sea propio el valor de la solidaridad, la justicia y la paz, el servicio a todos y especialmente a los pobres y desvalidos, donde se respiren aires de libertad y de autonomía de hijos y no de esclavos, desde una participación y responsabilidad de todos en la misión de la Iglesia, cada uno según su carisma

Somos llamados a vivir una comunidad alternativa donde nadie derrame la sangre del hermano sino que esté dispuesto a derramar la suya por el hermano, es decir que el mundo no sea una selva donde prevalezca el más fuerte sino un hogar grande, una “aldea global” en la que todos se sientan en su propia casa, donde rijan las leyes del Reino: igualdad, justicia, solidaridad y reconciliación.

Somos impulsados a crear un mundo mejor para todos y no sólo para unos cuantos, donde el competir agresivamente sea substituido por el compartir fraterno. Por lo demás ¿somos dueños de nuestros descubrimientos o esclavos de ellos? ¿Servimos con nuestros adelantos tecnológicos a los hombres y mujeres de nuestro tiempo o los esclavizamos?

Somos conscientes que en una Iglesia de comunión para la misión no es posible apartar a nadie , como antaño ha pasado. Hay que integrar a todos , especialmente a los laicos, a la mujer y a los jóvenes en la misión de la Iglesia porque todos son miembros activos de una Iglesia viva. En el pueblo de Dios todos son plenamente miembros, con los mismos derechos y deberes, y a la raíz de ello está la comunión, a partir de la cual crece y se construye el “hombre nuevo” (personal y comunitario) en la plena dignidad y libertad de los hijos de Dios.

Somos finalmente empujados por el Espíritu a abrir un diálogo sin fronteras con todos los hombres de buena voluntad porque estamos convencidos que nadie posee el Espíritu sino que el Espíritu nos posee a todos e impulsa a la Iglesia a dialogar infatigablemente con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, abiertos a los nobles ideales que anidan en el corazón de toda persona.

[1] GS,4

[2] Lc 12,26

[3] VALLE, E., La macro-tendencias de nuestra época, en la V Semana de la Vida Religiosa en Argentina; Desafíos socio-culturales de la vida religiosa hoy. En : TESTIMONIO 173(1999) 5-16

[4] JUAN PABLO II, Ut unum sint, n.95.

[5] Puede verse el Documento: Dentro de la Globalización : hacia una comunión pluricéntrica e intercultural de la Comisión Teológica de la Unión de Superiores Generales.2001, con una amplia bibliografía, p. 11. Ha sido publicado en Vida Religiosa, marzo 2001, con otros artículos sobre el tema. Es interesante ver también número monográfico :La vida religiosa en un mundo nuevo, de enero 2001.

[6] PEREZ CHARDÍN, J.M., El desafío de la globalización, En Vida Religiosa, enero del 2001, pp.12-19.

[7] Ibid. Los datos estadísticos están tomados de este artículo.

[8] Documento de La Comisión Teológica de la Unión de Superiores Generales

[9] Cfr.8,18-23

[10] Puebla,28

[11] Ver mi artículo, con amplia bibliografía: ¿Hacia una nueva comprensión de la opción preferencial por los pobres : TESTIMONIO 169 (1998) 12-18. A él recurro, con frecuencia, en este apartado.

[12] Cfr. Lc 4,18

[13] VC 82

[14] cfr. Ex 22,20-26; 23,6; 11,12; Dt 14,28-29; 15,7-18

[15] Hay cosas que no se aprenden en ningún libro sino sólo en la convivencia. No es lo mismo mirar al mundo desde el ventanuco de una choza que desde el balcón de un palacio.

[16] Cfr. VC,82

[17] cfr. Mt 12,18; 20,26

[18] PALACIO, C., Da autoridade na igreja. Formas históricas e eclesiologias subjacentes: Perspectiva Teológica 19(1987) 51-179 (es un excelente artículo, al cual le debe mucho esta reflexión sobre la autoridad).

[19] Cfr. Mc 10, 45 ss

[20] Ver mi artículo : Autoridad en el Diccionario Teológico de la Vida Consagrada. Ed. Claretianas. Madrid,1992, pp. 76-87

[21] En mi artículo ¿Qué Iglesia para el Tercer Milenio?, en la Revista CLAR, Enero-Febrero/2000, pp.31-48 traté de estudiar el talante colegial de la Iglesia y cómo se fomenta o se diluye en las instancias de la Curia Romana, los Nuncios, el Sínodo, etc. A él remito a los lectores.

[22] Cfr. Gn 4,9

[23] I. Madera

[24] GS 4-5

[25] Ver mi conferencia a la 73ª Asamblea Plenaria del Episcopado Chileno: Hacia una mejor comprensión del laico en la Iglesia y en el mundo. Identidad, vocación, espiritualidad y misión de los laicos, publicada en el Boletín de la CLAR 5 (1997) 15- 43.

[26] Ver mi artículo citado.

[27] Christifideles Laici,3

[28] SDD,98

[29] Cfr. nn. 57 y 58

[30] VC n.57

[31] Ibid.

[32] VC.58

[33] cfr. Lc 8,2;24, 9-10

22 RAHNER, K., Cambio estructural de la Iglesia. Ed. Cristiandad. Madrid, 1974, pp. 27-43 y 114-124.

[35] cfr. LG 14-16

[36] LG 1
[37] Jn 17,21
[38] V. Codina

UN SUEÑO SOBRE LA HISTORIA

Antonieta Potente o.p.

Si se me pide acompañar a los lectores a través de las reflexiones que siguen, tengo que explicar, en primer lugar, que no se trata de comentarios exegéticos sobre partes del libro del Apocalipsis. Mi intención es simplemente ofrecer algunos apuntes, para que quienes leen, vuelvan a sentir el deseo de acercarse al texto. Así que cuando estén sentados y sentadas debajo de la Palabra –según una expresión muy querida por la tradición hebraica- puedan seguir mirando la historia, dejándose rozar por las luces y las sombras que ella misma emana y que la hacen todavía muy elocuente, atestiguando el misterioso y delicado paso de Dios.

Recorrido

De este modo, seguiremos buscando juntos y juntas, caminando detrás del sueño apocalíptico de una historia-ciudad bella, donde se enjugan las lágrimas y el tiempo está perfectamente en armonía con nuestra sed de vida y por eso, nunca más, conoceremos el límite de la muerte.

Abriéndonos al sueño

A veces los sueños se guardan como un secreto. Otras veces, sin embargo, se narran y se comparten. Cuando sucede eso, nace la profecía, se vislumbra algo.

Alguien, en el libro del Apocalipsis, sueña, narra y escribe. Todo eso, lo hace con un lenguaje simbólico, así que siempre hemos pensado que este libro hable del futuro, así como lo pensamos todas las veces que alguien nos narra un sueño. Sin embargo, el autor, habla de su historia, así como nosotras y nosotros hablamos de la nuestra.

Escuchando el texto del Apocalipsis, hoy en día, las dos narraciones, la del autor y la nuestra, se entrelazan entre ellas, se atraviesan. Escuchamos y hablamos del sueño de alguien, mientras narramos también, nuestros sueños sobre la realidad y la vida en general.

Una entre las mil claves de lectura

Esta iglesia no tiene

Esta iglesia no tiene lampadarios votivos,
no tiene candelabros ni ceras amarillas,
no necesita el alma de vitrales ojivos
para besar las hostias y rezar de rodilla.

El sermón sin incienso es como una semilla
de carne y luz que cae temblando al surco vivo:
el Padre-Nuestro, rezo de la vida sencilla,
tiene un sabor de pan frutal y primitivo...

Tiene un sabor de pan. Oloroso pan prieto
que allá en la infancia blanca entregó su secreto
a toda alma fragante que lo quiso escuchar...

Y el Padre-Nuestro en medio de la noche se pierde;
corre desnudo sobre las heredades verdes
y todo estremecido se sumerge en el mar...[1]

Las interpretaciones que se pueden dar del texto del Apocalipsis son muchas y sus perspectivas diferentes. De mi parte, recojo las palabras de este texto, sobre todo la parte que se refiere a las cartas a las siete iglesias[2], como el compartir un inquieto sueño que puede brotar desde cualquier persona que mira la historia y en ella vislumbra la caminata de la comunidad cristiana, entre amaneceres y crepúsculos.

Este sueño tiene un sabor particular, no es simplemente el de quien quiere saber que pertenece a una comunidad perfecta, que camina segura, como maestra infalible, revestida de honores y confirmada en sus logros. Este sueño es el sueño de todos, también de quienes no se cobijan a la sombra institucional de una comunidad creyente. De todos aquellos que tienen nostalgia de espacios en que puedan sentirse como en su casa, entre el rezo de la vida sencilla y el sabor a oloroso pan prieto. Es un sueño que tiene el mismo y cálido sabor que canta el poeta; nostalgia de una vida auténtica y desnuda, como el Padre-Nuestro que se pierde en medio de la noche y corre desnudo sobre las heredades verdes y estremecido se sumerge en el mar. Para los creyentes y las creyentes, es el sueño que imagina una iglesia solamente amante, con aquel mismo amor del principio[3].

Como cada profeta, también el autor o la autora, del Apocalipsis, escribe compartiendo su anhelo, para que otros y otras sigan soñando.

El contexto

Hablando de contexto no quiero referirme sólo a la realidad histórica que rodea a quien escribe el libro, aunque esto es un elemento importante a tener en cuenta. Al hablar del contexto, quiero destacar las dos caras de la metodología de lectura que queremos adoptar. Hablar de la situación histórica en que se escribe este libro apocalíptico, no significa simplemente recolectar datos sobre una historia pasada, sino dejar que esta historia sea como un espejo, mientras miramos la realidad presente, así que el pasado se vuelva elocuente y el presente se vuelva a escribir desde otra perspectiva. Es una metodología que podríamos llamar del "espejo". El espejo pues, recoge los reflejos del presente así que el pasado parece solidarizar todavía con nosotros.

El autor se presenta, se llama Juan[4]. Escribe desde el destierro, en la isla de Patmos. Este destierro es el precio de su fe comprometida con un Dios profundamente histórico y que tiene un sueño que comparte con la humanidad y el entero cosmos.

Podríamos decir que este escrito está atravesado por una nostalgia profunda y amante, de quien solidariza con su Dios y por eso con el sufrimiento del pueblo. Una tradición representada ya por San Justino, como indica también la Nueva Biblia de Jerusalén, tradición que se difundirá sobre todo en el siglo II, identifica al autor con el apóstol Juan, el mismo autor del cuarto Evangelio. Pero, siempre según la nota introductiva de la Nueva Biblia de Jerusalén, no parece que las iglesias de Siria, Capadocia y aun de Palestina hayan incluido el Apocalipsis en el canon de las Escrituras hasta el siglo V, prueba de que no lo consideraban como obra de un apóstol.

Ciertamente, la sintonía entre el Apocalipsis y los demás escritos nacidos de la comunidad Joánica, es muy fuerte. Es decir, el autor o supuestamente, la autora, hacen parte de esa comunidad y de su mismo quehacer teológico.

Según los datos que se recogen del libro, se puede pensar que el texto es fruto de una teología alimentada por la situación histórica, que precisamente se refiere al reinado de Domiciano, hacia el 95 d.C., aunque algunos piensan que ciertas partes fueron redactadas ya en tiempo de Nerón, poco antes del 70. Es cierto que el contexto, es un contexto de persecución.

Las comunidades cristianas, acababan de ser diezmadas por las persecuciones[5] provocadas por el Imperio de Roma, que parece ser la institución que más encarna una economía totalmente contraria a la del Dios de Jesús[6].

El imperio, en este sentido, se presenta como el adversario principal de Cristo y del pueblo.

A la persecución se añaden otros factores, que indirectamente, son provocados por el imperio: guerra, hambre, peste[7]. Para el profeta, la resistencia del pueblo creyente, la posibilidad que tiene de poderse ubicar en esa historia, para no servir a la economía y la lógica del Imperio, no es una resistencia pasiva, sino el camino necesario para hacer una opción y soñar con el Dios de la vida, una historia-ciudad, tierra, medioambiente, diferentes[8]. El texto pretende persuadir y empujar a los lectores a una determinada praxis cristiana: de resistencia y esperanza. El movimiento composicional de su obra podría compararse a un viaje que aleja a la audiencia de la alineación a través del compromiso liberador. Juan quiere animarles a controlar su miedo, a renovar su compromiso y a mantenerse firmes en su visión[9].

Los verbos más usados por el autor son precisamente verbos ligados a la visión, el mirar, el ver[10]. La historia es el lugar privilegiado de esta visión, contrariamente a lo que a veces pensamos en nuestras actuales nostalgias apocalípticas, que sólo nos ayudan a evadir la realidad y nada más.

Este libro, entonces, se vuelve precioso, a lo largo de nuestra lenta caminata de refundación, en un momento en que nos proponemos volver a mirar y mirar de otro modo.

Escribir desde la periferia del imperio

Ya hemos dicho como es importante el lugar desde donde el autor mira y escribe: una isla, que interpretamos, debido al contexto, como un lugar periférico, no sólo geográfico, sino cargado de un simbolismo profundo, por la situación que vive el mismo autor. Mirar desde la periferia, la isla, es ciertamente diferente que mirar desde el centro. Además hay que tener en cuenta que esas periferias las creaba el imperio. Lugares geográficos que se volvían marginales, lugares de exilio, de castigo, no oficiales, con respecto a la oficialidad dictada por el imperio.

De por sí, la imagen del imperio es sumamente elocuente y por eso, muy estudiada y profundizada, todas las veces que nos acercamos a este texto. A veces, se ha vuelto una simbología cargada de una cierta retórica polémica, en busca de fantasmas que pueden justificar nuestros silencios y nuestras pesadillas como individuos o comunidades, frente a la realidad actual.

Si nos situamos desde la perspectiva del autor, es muy normal rescatar la visión crítica que tiene del imperio. En efecto, el imperio: estructura, mentalidad, economía, lógica, es la causa principal de su aislamiento, de su estar en la isla de Patmos. Su crítica pues, es real, se trata de algo que afecta profundamente su vida: esta experiencia da un gusto especial a las palabras que Juan escribe; reviste este escrito de un significado muy profundo y bello. No se trata simplemente de una lectura moralista de la historia y de la vida de las comunidades, sino es una profunda nostalgia, un sueño, algo que subyace en la vida de quien experimenta que hay que cambiar, que las cosas no deben seguir como están. Esta es la autoridad de Juan, que el retraduce como obediencia al sueño divino[11].

Acoger esta nostalgia y compartirla con otros, no es simplemente crear sintonías intelectuales entre pocos, sino acercarse a las bienaventuranzas, contempladas también, en el sueño divino. Por eso, el texto viene introducido por la que podríamos llamar una verdadera bienaventuranza: feliz el que lea públicamente estas palabras proféticas, y felices quienes las escuchan...[12].

El testimonio desde la isla, desde la marginalidad, no provoca simplemente un consuelo, sino indica una praxis, entre resistencia y liberación, mientras la historia, en algunos momentos, parece profundamente contraria.

A este punto, podríamos preguntarnos ¿qué significado tiene el imperio? ¿Cómo se lo reconoce? ¿Qué es lo que nos asusta? ¿Quiénes sufren más este tipo de estructura? También en este ámbito, las interpretaciones pueden ser diferentes.

Estas preguntas son importantes para las iglesias, porque sus respuestas las sitúan dentro de una historia profundamente dialéctica, con sus luces y sus sombras.

Un elemento precioso contrariamente a lo que a veces pensamos en un texto apocalíptico, es lo de la importancia del tiempo presente. La dialéctica entre las fuerzas estructurales e ideológicas del imperio y el sueño alternativo, que se entrevé en las estructuras y en la praxis de las primeras comunidades, es algo precioso.

Todo eso, no se juega en perspectiva futura, esperando simplemente un juicio, esperando la derrota de alguien y la consolación de los demás. El tiempo importante es el presente, es la fidelidad a la historia de hoy, con sus imperios y con las víctimas que estos producen. Una vez más, me parece importante lo que evidencia la teóloga Elizabeth Schüssler Fiorenza: es importante reconocer que la visión dualista del Apocalipsis hunde sus raíces en una situación de opresión socioeconómica y política. El dualismo del Apocalipsis es un dualismo limitado, en cuanto que los poderes demoníacos responsables de la opresión de Roma y de sus legitimaciones religiosas tienen un periodo de actividad claramente limitado. El tiempo presente tiene una importancia decisiva, pues, con la muerte y exaltación de Cristo, se ha establecido una lucha cósmico-política. El Apocalipsis trata de animar a los cristianos a participar activamente en esta lucha, cuyo resultado ya se conoce[13].

Personalmente, pienso que se puede retraducir todo eso, como invitación a las comunidades, a vivir en una actitud mística y política. Algo que no se alimenta simplemente alrededor de un sueño ideológico, sino, en una actitud amante hacia la vida y su delicada historia.

Hay un gesto muy particular y bello, que acompaña esta actitud histórica, y es lo de adorar [14]. Este gesto es místico, es decir desvela la experiencia íntima con el misterio y, político, porque expresa el reconocimiento de algo y alguien, presente e importante, dentro de la historia, mientras niega los falsos señores y poderes humanos.

Es interesante notar también, que las fuerzas contrarias al imperio, o alternativas, no vienen desde afuera, sino desde la historia misma. El imperio no es simplemente “la bestia”, un monstruo que nos asusta. Esta bestia, según el autor, tiene nombre y este nombre se puede descifrar[15]. Es decir, es posible descubrir desde adentro sus mecanismos. El autor no llama los cristianos a salir de la historia, a huir hacia las periferias para no tener contacto con el imperio. La dialéctica centro-periferia, de por sí, hay que superarla. La periferia que vive el autor, es una situación creada por la lógica del imperio y sirve, en un cierto modo, para mantener al imperio. Superar este dualismo temporal, que la lógica humana crea, es el compromiso de las comunidades cristianas.

En este imperio descrito por el libro, conviven todos los poderes: políticos, económicos y religiosos. Esto es algo muy común, que podemos leer también en la historia de hoy. Para las primeras comunidades, esto era impensable. Acostumbradas a leer la historia desde otra perspectiva, chocan con la visión que el imperio impone. Esto se puede decir también con respecto a la situación histórica actual.

La perspectiva del imperio cambia totalmente la geografía y la vida. En contraste con el imperialismo, el Imperio no establece centro territorial de poder, y no se basa en fronteras fijas o barreras. Es un aparato de mando descentrado y deterritorializado que incorpora progresivamente a todo el reino global dentro de sus fronteras abiertas y expansivas[16].

En el texto del Apocalipsis, esta descentralización de la geografía y lógica imperial, es clara en el capítulo 13; el imperio intenta involucrar a todos dentro de su economía.

Pero, una vez más, se juega con la imagen de la adoración. La actitud ética de los cristianos, es no adorar lo que ofrece el imperio, es decir: no reconocer, no dar autoridad al imperio.

Pero, desde la periferia, hay algo todavía más interesante, que el profeta deja intuir. Se trata del reconocimiento de fuerzas alternativas, contrarias al imperio y que actúan en la historia misma. La resistencia de las comunidades eclesiales, es la fuerza que subyace debajo de una realidad totalmente contraria[17]. Es una fuerza alternativa, porque en la lucha de supervivencia, inventa algo nuevo. Esta fuerza es, dentro de la sabiduría simbólica del Apocalipsis, lo que dentro del imperio en realidad se considera como debilidad. Las imágenes

que el profeta usa, son las que indican una larga resistencia del pueblo: los testigos son aquellos y aquellas que han lavado sus vestidura en la sangre[18].

No se trata simplemente de un elogio masoquista del martirio, sino de la sed de encontrar, en la historia, otra lógica y otros sujetos, que no tienen y no quieren espacio, en el mundo y en la lógica del poder. El sujeto privilegiado es el pueblo, el gentío inmenso[19]. Desde el presente, este pueblo, muchedumbre, no es perfecto. Hablar de pueblo como categoría sociológica o bíblico-teológica, es hablar de una realidad muy vulnerable, que se mueve entre logros y fracasos, entre sueños de liberación y profundas tentaciones y nostalgias populistas, que venden y ponen, al mismo pueblo, en las manos de sistemas políticos y religiosos tiranos, que lo privan de su más profunda dignidad e iniciativa. El pueblo, muchedumbre, entonces, no es un ídolo que sustituye al imperio, sino un espacio vivencial desde donde recomenzar. Es el espacio laico privilegiado del Dios de la historia. Desde siempre Dios recomienza desde el pueblo y con el pueblo. Quien cree en este Dios de la vida, cree también en el pueblo-muchedumbre que no se puede contar.

La fuerza, según una teología muy querida por las primeras comunidades, se manifiesta en la debilidad[20]. Es la sabiduría de la cruz, escándalo y locura[21]. Esto no es un estéril consuelo, o una invitación a resistir pasivamente, más bien se trata de una mirada profunda e intensa sobre la realidad, que permite percibir los movimientos más sutiles de la vida, de la esperanza y del sueño humano.

El imperio no sabe leer su propia historia. Con su dinámica excluyente, no considera que desde adentro hay fuerzas alternativas: que se generan no sólo a partir del ser-en-contra, sino también del nomadismo, de la deserción y del éxodo[22], de esta muchedumbre en movimiento.

La escena, para el profeta, que escribe desde la periferia, es clara: se trata de todas y todos los que siguen al Cordero[23], que están misteriosamente en movimiento. Esta deserción no tiene un lugar; es la evacuación de los lugares de poder[24]. Esta afirmación que no pertenece al contexto del autor apocalíptico, sino a nuestro contexto contemporáneo, resuena como paradoja dentro de una historia que piensa, como cualquier imperio, controlarlo, programarlo y dirigirlo todo.

El texto del Apocalipsis, así como otras lecturas de la realidad desde una perspectiva de fe, o desde un sueño profundamente humano, alimenta otro tipo de mirada sobre la realidad y otra esperanza. Lamentablemente, siempre hemos leído y pensado el texto intentando vislumbrar el futuro, con una mirada que nos lleva más allá de la realidad presente. Nos hemos imaginado la comunión de los santos, como un lugar estático, de hombres y mujeres perfectos, que ya no tienen nada a que ver con la vulnerabilidad de la humanidad y de la creación. La propuesta del profeta, desde el lugar periférico, es sin embargo no quitar la mirada de la historia presente, no abandonarla por ser todavía muy violenta e injusta. La propuesta es leer quienes son ya hoy, los protagonistas de caminos alternativos. Quienes son aquellos hombres y aquellas mujeres que tienen un sello en su frente[25] que no paran de caminar detrás del mismo sueño del Dios de la vida, sueño que coincide con la vida misma.

El sueño sobre las iglesias

Desde el comienzo, el libro evidencia quienes son los destinatarios. A quien está escribiendo Juan y con quien está hablando. Pero hay una parte del texto en que se enfatiza todo eso: me refiero a las cartas a las siete iglesias[26].

Leyendo todo el libro, está claro cómo no hay ningún versículo que se pueda interpretar desligado de todo el contexto o de los demás capítulos. Así que la teología que sobresale del capítulo 2 y 3, hay que leerla dentro de todo el conjunto.

Uno de los aspectos a tener en cuenta es el concepto de iglesia. Juan no se refiere a parroquias, como hoy en día podríamos pensar nosotros. Es decir, no son grupos o comunidades bien estructuradas. Hay que recordar que, todavía los cristianos eran una minoría. Lo que sí me parece muy importante es que son comunidades que hacen parte de ciudades

significativas, dentro del proceso de expansión del imperio: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia, Laodicea [27].

La mayor parte de estas ciudades, donde vivían las pequeñas comunidades cristianas, eran lugares privilegiados para la expansión de la religión del imperio[28]. Es decir, que las comunidades que vivían en estas ciudades, más que en otras, tenían que enfrentar la arrogancia cultural, religiosa y política del imperio. Dentro de ese imperio, así como dentro de todos los sistemas históricos imperiales, hasta hoy, los privilegios entre corruptos, violentos, se intercambian. Dentro de este clima, también en el tiempo de Juan, muchos intentaban aprovechar, no sólo los que oficialmente profesaban la religión del imperio, sino también grupos de judíos que se habían aliado y acomodado llegando a pacto con el imperio[29]. El autor es muy claro y habla de los que pretenden ser judíos y en verdad no son. No hay en este reproche, ningún tipo de antisemitismo, siendo además, Juan mismo, un judío que tiene nostalgia de autenticidad.

Dentro de estos cuadros que describen la situación de las pequeñas iglesias, hay que rescatar una dialéctica simbólica muy importante. Una de las imágenes más usada en el Apocalipsis es la de la ciudad y de las ciudades. Este sueño profético se mueve alrededor de este símbolo que acompaña el lector hasta el final. La denuncia de Juan nace de lo que el mismo ve, además de lo que él mismo lleva en la carne. Acoso, persecución, injusticia por parte de autoridades, violencia, etc. Son parte de esta situación de injusticia que se vive en estas ciudades.

En el Apocalipsis no se hace una apología del heroísmo de los cristianos; pienso más bien, que se pueda decir que el texto en su totalidad es mucho más laico de lo que pensamos. Protagonista es el pueblo, así como el lugar donde se desenvuelve la historia de liberación, de dignificación y de vida, no es un lugar religioso, el templo, sino la ciudad.

Por eso, Juan escribe a comunidades dentro de ciudades específicas, donde las personas viven excluidas, mientras buscan sus derechos fundamentales. Al mismo tiempo, este no es sólo un mensaje sociopolítico, más bien, como ya hemos dicho, místico-político, es decir es un mensaje que cuestiona la fe de los creyentes dentro del imperio, así como alienta el sueño de hombres y mujeres que buscan ser ciudadanas y ciudadanos de su propia historia.

El juego entre ciudad, lugar más laico, es decir lugar del pueblo y templo, nos acompaña sutilmente a lo largo del texto. En dos de las más solemnes visiones que tiene el autor, la mirada se ensancha, así como se ensanchan los espacios: la problemática es mucho más profunda y amplia de lo que pensamos: la mirada se posa sobre una muchedumbre. De esta muchedumbre[30] se dice que no se podía contar por ser muy numerosa y, además, se añade de que tipo de muchedumbre se trata: de toda nación, raza, pueblo y lengua[31]. Dentro de estas especificaciones, no se dice, algo que a veces, nosotros esperamos: de toda religión.

Parece que la preocupación de un orden nuevo a nivel histórico, no se da alrededor del hecho puramente religioso. El pueblo viene identificado en una actitud de resistencia y dignidad, de pie[32], delante del Cordero. Lo que sí es muy claro, es que hay un único Señor, que no tiene nada a que ver con los juegos de poder religioso y político que se dan entre los "señores" de la historia. Es interesante lo que dice Elisabeth Schüssler Fiorenza sobre las dos comunidades de Esmirna y Filadelfia[33]: las dos comunidades que se ganan la alabanza de Cristo, y no su censura, eran pobres y carentes de poder. Por el contrario, las comunidades que reciben sólo censura son ricas y complacientes a juicio de Juan[34].

Esta perspectiva se encuentra también en las moniciones finales de cada carta: el vencedor recibe algo, y lo más que puede recibir es volver a ser ciudadano. Vuelve a poder estar en la ciudad, en una situación nueva: no habrá hambre, ni sed, no habrán lágrimas.

Las cartas a las siete iglesias, abren el libro del Apocalipsis, pero ya dejan vislumbrar el sueño que además de acompañar todo el libro, aparece con claridad en los últimos capítulos, cuando se describe la ciudad[35]. En el capítulo 21, se trata de verdad de una descripción místico política. Jerusalén ciudad, estará lista, como una novia, sólo cuando la habitará otra situación. Y esta otra situación, Juan la describe una vez más, como una situación místico-política, donde

se intercambian gestos de amor, enjugará toda lágrima de sus ojos[36] y gestos de reconstrucción de armonía histórico-social: no existirá ni muerte, ni duelo, ni gemidos, ni penas, porque todo lo anterior ha pasado[37].

El otro aspecto importante dentro de la dialéctica del texto, es la sustitución de la imagen del templo con la de ciudad. En la visión final, el templo no existe: no vi templo alguno en la Ciudad; porque el Señor Dios, el Dueño del universo es su Templo, lo mismo que el Cordero[38]. El templo de por sí, indica un espacio religioso institucionalizado, oficial, que delimita pertenencias. Anunciar, que la situación cambia, significa reconocer que todo poder religioso que cierra las puertas, contrariamente a la imagen de la Jerusalén nueva que tendrá siempre las puertas abiertas[39], viene a confirmar que la religión que se mezcla con el poder y lava sus manos en el agua de los privilegios, no tiene ninguna autoridad: puede desaparecer.

El espacio sagrado es la ciudad habitada por el Dios amante de la vida y por eso, muy amante de los y las que esta vida la cuidan y la buscan como algo precioso. Un Dios que goza de la comunión y que fija su morada en medio de los y las que cuidan la historia como una casa[40].

Una clave ecuménica

Si seguimos interpretando este sueño profético dentro de la historia, la problemática nos parece que no gira entorno a la religión, sino entorno a la autenticidad de la fe.

Sujetos de este ecumenismo son hombres y mujeres que esperan de verdad algo y alguien. Esperan cambios históricos. Son, según una de las muchas terminologías bíblicas usadas para indicar a los pobres, los hebionín, en hebreo, es decir: llenos de deseo. Además de ser los anawím, es decir personas que caminan dobladas por las pesadas cargas impuestas por otros. Gente que carga con la injusta economía, gente que carga con la precariedad de la vida, el desamparo de la misma.

En los países más pobres económicamente, la imagen de gente que camina cargada es algo muy común. Caminar con algo en los hombros, es como un sacramento que la vida nos ofrece, que sea agua, que sean cosas, bultos de ropas, comida, fruta, verdura. Algunos, en los grandes mercados de los pueblos, viven llevando la carga de los demás (en Quechua se llaman Q'ËPIRI = Mozo de cuerda, changador).

No se trata de subrayar una visión dramática de la vida, sino de reconocer una sed ecuménica. Una sed que va más allá de aspiraciones religiosas.

Es ecuménica, es decir, llega hasta los confines y los supera; donde los espacios se ensanchan, porque se acomunan deseos vivenciales, sensibles y sueños íntimos y profundos. Deseos y sueños muy concretos: ser ciudadanos y ciudadanas de ciudades nuevas y pacificadas (eso es lo que significa el nombre Jerusalén). Ser dignos y dignas, poder estar de pie frente a la vida y al Dios de la vida. Ser alimentado con alimentos que dan vida, ser consolado y caminar como muchedumbre, de cada raza, lengua pueblo y nación.

De por sí, queda una carga, que los pueblos nunca quieren dejar de llevar. En los hombros se llevan también hijos y quienes los llevan son mujeres.

El libro del Apocalipsis termina con un grito lleno de nostalgia: Ven Señor Jesús. Quien lo grita son los que siempre tienen sed y siguen caminando y siguen, misteriosamente buscando.

[1] Pablo Neruda, Crepusculario

[2] Cfr. Ap 2, 1-3, 22

[3] Cfr. Ap 2, 4

[4] Cfr. Ap 1,9

[5] Cfr. 6, 10-11; 13; 16, 6; 17,6

[6] Ap 12; 13, 2-4

[7] Cfr. Ap 6

[8] Cfr. Ap 21, 1

- [9] SCHÜSSLER FIORENZA Elisabeth, Apocalipsis. Visión de un mundo justo, Navarra 1997, pp. 58-59
- [10] Cfr. Ap 6, 2.5.8; 7, 9; 14, 1; 1,7. 12; 17, 6.8; 18, 1; 20, 1.4; 22, 8
- [11] Cfr. Ap 1, 1-3
- [12] Ap 1, 3
- [13] SCHÜSSLER FIORENZA, Elisabeth, Op. Cit., p. 172.
- [14] Cfr. Ap 5, 14; 7, 11; 11, 16; 13, 8; 19, 4.10; 20, 4; 21, 8.9
- [15] Cfr. Ap 13, 18
- [16] Michael Hart – Antonio Negri, Imperio, Cochabamba 2001, p.4
- [17] Hart y Negri, con respecto a la situación mundial actual, observan algo importante: las fuerzas constestatorias del imperio, que efectivamente prefiguran una sociedad global alternativa, no están ellas mismas limitadas a ninguna región geográfica. La geografía de estos poderes alternativos, la nueva cartografía, está aún aguardando a ser escrita- o realmente, está siendo escrita hoy con las luchas, resistencias y deseos de la multitud.
- [18] Cfr. Ap 7, 14
- [19] Cfr. Ap 7, 9
- [20] Cfr. Ap 2 Co 12, 9
- [21] Cfr. Ap 1 Co 17-25
- [22] Una vez más me refiero a unas imágenes usadas en el libro de Hart y Negri, Ob. Cit., pp. 212-213.
- [23] Cfr. Ap 14, 4
- [24] La lectura sociológica que hacen Hart y Negri, en realidad rescata una visión positiva de la historia que estamos viviendo. El fenómeno de las migraciones en masa, de pueblos enteros, según los autores, hay que aprender a leer. Es algo que escapa del control del mundo oficial y expresa el deseo irremplazable de libre movimiento. (Cfr. Pp.214-220
- [25] Cfr. Ap 14, 1
- [26] Cfr. Ap 2; 3
- [27] Ap 1, 11
- [28] Cfr. SCHÜSSLER FIORENZA Elisabeth, Op. Cit., pp. 82-83
- [29] Ap 2, 9
- [30] Cfr. Ap 7; 14
- [31] Ap 7,9^a
- [32] Ap 7, 9b
- [33] Ap 2, 8-11; 3, 7-13
- [34] SCHÜSSLER FIORENZA, Elisabeth, Op. Cit., p. 85
- [35] Ap 21; 22
- [36] Ap 21, 4^a
- [37] Ap 21, 4b
- [38] Ap 21, 22
- [39] Cfr. Ap 21, 25
- [40] Cfr. Ap 21, 3

LA IGLESIA QUE DESEAMOS

Reintegración de la institución eclesiástica
al seno del pueblo de Dios

Pedro Trigo, sj

La Iglesia que deseamos es la que Dios nos hace desear desde los dones que nos ha dado y desde nuestras propias limitaciones. Ante todo es una Iglesia en la que todos seamos miembros activos, en la que nos reconozcamos unos a otros y nos llevemos mutuamente en la fe, en el amor fraterno y en la vida cristiana. Para que esto suceda es preciso ante todo una reconversión institucional.

El sentido de esta reconversión institucional va hacia la re inserción de la institución eclesiástica en el seno de la Iglesia, que es todo el pueblo de Dios. Esto presupone que los clérigos reasuman su condición primordial de cristianos, eclipsada por su papel institucional. Si son discípulos antes que apóstoles (con prioridad no temporal sino estructural) eso significa que son permanentemente pacientes pastorales antes que agentes, y que por tanto no sólo dan sino que también necesitan pedir y ser ayudados. En esta relación básica permanente del conllevarse en la vida cristiana se fundamenta la fraternidad primordial, que excluye el patriarcalismo clientelista, la posición estamental en la sociedad, la asimetría en el seno de la Iglesia. En ella la dignidad es la de cristianos, el único privilegio es el de los pobres y la única gradación es el peso real de cada uno, es decir su santidad, peso que no reclama ningún privilegio sino que se realiza en el servicio por abajo.

En este sentido la variedad de dones, carismas y oficios no da lugar a lo que se llama sociológicamente jerarquía. Tampoco a un igualitarismo amorfo sino al mutuo reconocimiento de la gracia recibida por cada quien para bien de todo el cuerpo. Porque lo contrario del patriarcalismo clientelar es la ruptura de todo vínculo y el exacerbamiento del individualismo que sueña con una vida autárquica. Es el otro polo del mismo horizonte. Pero lo contradictorio, que supera el horizonte y se constituye así en alternativa, son las relaciones igualitarias y libres, la vida en fraternidad que se expresa como reciprocidad de dones.

Una iglesia personalizada y personalizadora

Este modelo societal que proponemos para nuestra Iglesia parte de una fuerte individuación: reconoce que todos poseen el mismo Espíritu y que por tanto todos son miembros activos. La relación con los demás no se entabla para eludir la propia responsabilidad. Parte, por el contrario, de que cada quien está dispuesto a llevar su propia carga. Es precisamente al asumir su responsabilidad cuando, como parte de ella, ayuda al sobrecargado y pide a su vez ayuda. Ayuda desde el don recibido de Dios y pide ayuda porque sabe que lleva su tesoro en vaso de barro.

No seremos una Iglesia de hermanos, si no somos una Iglesia de convertidos, es decir una Iglesia de discípulos, de gente que vive en la escucha permanente de la Palabra de Dios en la Biblia (sobre todo en los Evangelios) y en la vida, y que está dispuesta a poner por obra esta Palabra, cambiando uno mismo para adecuarse a ella y realizando la misión que le encomienda. Este oyente de la Palabra, para que no sea un fanático, es previamente alguien que quiere ser auténtico, que quiere vivir en obediencia a esa voz que le habla mucho más hondo que la conciencia: más adentro que lo íntimo suyo. Una voz que le habla de un modo absolutamente personalizado, incluso que le habla más que con palabras con afecciones o impulsos, una voz insobornable, pero que no se impone, aunque esté llena de dinamismo. Esa voz, en la que los cristianos reconocemos al Espíritu Santo, está en consonancia con la Palabra, pero cada quien la interpreta de modo creativamente fiel.

Tenemos que transitar de una Iglesia de administradores y receptores de bienes y servicios religiosos y sociales a una Iglesia de pecadores que no se resignan a su pecado sino que buscan denodadamente una existencia auténtica, que quieren sinceramente definirse como discípulos y que desde esa experiencia viven como testigos. No una Iglesia de líderes que

absorben todos los carismas y funciones, y de individuos masificados que se desentienden de todo y sólo se mueven para cumplir los mínimos imprescindibles o para conseguir lo que les interesa. No una Iglesia que acepta como un hecho insuperable la minoridad espiritual de la mayoría, y por eso la representa sin consultarla, la trata como menor de edad, no la estimula ni le propone la radicalidad evangélica sino que se contenta con unos mínimos para que quepan los más posibles en un ámbito amorfo, sin tensión escatológica ni significatividad profética ni ejemplaridad ética, un ámbito que no es ni santuario para buscar a Dios ni casa fraterna de los hijos de Dios, un ámbito como un mercado en el que cada quien pueda adquirir a cómodos precios los bienes salvíficos que demanda.

Una Iglesia así no puede seguir siendo nuestra Iglesia. Pero superarla no es pasar a un esquema fundamentalista, como lo fue el postridentino y como quieren que vuelva a serlo ciertos círculos de poder clerical. No podemos concebir la reforma como la constitución de una casta farisea, que presiona moralmente a los fieles para que entren en el camino de la estricta observancia. Eso hemos sido, especialmente la vida religiosa: la relación con Dios se centraba en la observancia de todo tipo de mandamientos. Para eso la voluntad, ejercitada en la ascética y aceiteada por la devoción, comandaba todo el proceso. Pero la voluntad sólo puede controlar, no sanar ni transformar. Por eso el que se entrega consecuentemente a este esquema es una persona internamente escindida. Esta escisión interior provoca una separación de los que no aceptan esta reforma y exige constituir ámbitos homogéneos que confirmen este tenor de vida tan costosamente alcanzado y mantenido. Este esquema rigorista es capaz del heroísmo; pero por su estrechez antropológica y teológica, no propicia la salvación integral ya que a causa de su literalismo y compulsividad apaga al Espíritu y con él la alegría, excluye la diversidad en la comunión y deja afuera la polifonía de la vida y el arte humilde y sutil de vivirla.

La superación de la Iglesia masificada y de la Iglesia rigorista en una Iglesia de personas, es decir de individuos que, reasumiendo su bautismo, entran a la comunidad cristiana por su propio pie, viven progresivamente la experiencia de salvación hasta ir configurando su vida como iniciación en el misterio cristiano y en ese proceso se van encontrando con otros individuos como convocados, como discípulos y copartícipes en una misma misión. Es la relación fontal con la comunidad divina, la relación fraterna con la comunidad cristiana y al relación igualmente trascendente con la comunidad humana a la que pertenecen la que va constituyendo a estos individuos en personas. La Iglesia que queremos y buscamos es una Iglesia personalizada y personalizadora, no sólo de sus miembros sino de la sociedad en la que vivimos.

Un cuerpo social que se constituye al poner en común los carismas: comunión y participación

Así pues el cuerpo social de la Iglesia que queremos se constituye al poner en común libremente los cristianos los haberes de cada uno desde la conciencia de la propia y común dignidad. Por tanto, si se reintegra la institución eclesiástica en el seno del pueblo de Dios, la constitución efectiva de este pueblo como cuerpo social reconocible acaece cuando los cristianos se reconocen como tales, es decir no como productores o receptores de servicios eclesiásticos sino como sujetos en proceso (como poseedores del Espíritu, como hijos de Dios y testigos de Jesús), y cuando captan que esa vocación personal es en sí misma convocación, o sea que son congregados.

Precisamente al poner en común sus dones captan su diversidad dentro de la común dignidad, y la captan con alegría porque la ven como riqueza propia y del conjunto. Entonces la variedad de aportes y de servicios no funciona como principio jerarquizador, como origen de privilegios y discriminaciones sino como complementación mutua, y por eso a cada quien se le requiere que dé lo suyo, porque en este esquema el dar no avasalla, porque se da con sencillez, alegría y agradecimiento, y se recibe del mismo modo porque quien recibe también tiene lo suyo para dar. Y como los dones del Espíritu están absolutamente personalizados, nada se repite y todos contribuyen con los demás. Este es el esquema de reciprocidad de dones, montado, insistimos, sobre el proceso personal, intransferible, de cada quien.

No es fácil pasar de un modelo que entiende la comunión y participación como comunión de los seculares con la institución eclesial (es decir como internalización de las pautas que propone y aun de la imagen que da), y participación según el grado de asimilación y aun clericalización al que hayan llegado, al modelo que proponemos en el que la comunión es de todos con todos ya que acontece en cuanto cristianos, una comunión, pues, que trasciende a todos y que se da precisamente por la participación de cada uno. En el primer modelo los personeros de la institución eclesial se autotranscendentalizan como centro de comunión: la comunión es de los fieles con ellos, una comunión que en la práctica se presenta como garantía de la comunión con Dios y aun como equivalente por hipótesis a la comunión con él. En el segundo modelo todos comulgamos en la fe, en el amor fraterno y en la vida cristiana, y comulgamos participando de la fe, del amor y de la vida de los demás y comunicándoles los nuestros. Por eso, si cada cristiano no pone en común estos dones que Dios le dio, no hay nada que comulgar. Dios en Jesús se nos dio humanamente. Este paradigma es absoluto: Dios se nos sigue dando por el cuerpo de su Hijo en la historia que es la comunidad de los cristianos y que son los pobres. Así pues la comunión es en Dios y en Jesús y en su Espíritu, pero encarnados en la comunidad viviente de los cristianos y en cuanto ella esté en comunión con los pobres de su sociedad. Así pues en la Iglesia que queremos no hay comunión y participación sino en cuanto ponemos en común, no la carne y sangre (incluidas las tradiciones eclesiales sacralizadas: Mc 7,8) sino los dones, carismas y servicios que el Espíritu pone en cada uno para el enriquecimiento del cuerpo social.

Una iglesia desde los pobres y una iglesia de los pobres

Decíamos que la comunidad eclesial no merece el nombre de cristiana, si no incluye en su seno la solidaridad con los pobres. En principio éste sería un dato admitido en nuestra Iglesia. Lo que no creemos que esté tan claro son los contenidos que deban darse a esta solidaridad. Como en el horizonte vigente nada empuja en esta dirección y se practica por el contrario la opción programática por su exclusión, debido a que se los cataloga como no productivos y por tanto como parásitos, cualquier acercamiento a ellos ya parece trascendente. Y sin embargo no es así. Lo que deseamos para nuestra Iglesia es en primer lugar que los evangelice, es decir que les proclame el amor respetuoso y tierno de Dios por ellos y su decisión de darles su Reino. Esta evangelización es la razón de ser de la Iglesia, si quiere proseguir la misión de Jesús; y por consiguiente es el derecho de los pobres. Y sin embargo no suele ser común que los agentes pastorales se atrevan a decir sencillamente a los pobres que Dios los quiere, que ellos son los predilectos de Dios. Este mensaje no se da porque no se cree en él. A lo más que se llega realmente es a creer que no podemos excluir a los pobres. Y hay que decir que esta fe no siempre se expresa en amor solidario[1].

La institución eclesial no cree por lo general que Dios es el Dios de los pobres en el sentido preciso de que es de los pobres antes que de la institución eclesial. Si nuestro Dios fuera el que a sí mismo se tiene como Dios de los pobres no podríamos tratar a los pobres como nuestros clientes, como los destinatarios de nuestra asistencia o promoción. Si creyéramos esto tendríamos que convertirnos a los pobres para poder entrar en contacto con Dios. Esto no implica ningún juicio moral sobre los pobres ya que el que Dios sea suyo nada dice de su calidad humana porque no es ningún premio sino una elección libre de Dios que lo revela como rico en misericordia.

Si el Reino es para los pobres, la Iglesia no puede ser sino de los pobres ya que ella es semilla del Reino de Dios. Eso significa que los pobres tienen que constituir el corazón de nuestra Iglesia: los sujetos privilegiados de ella. Para que esto llegue a acontecer, tenemos que proclamar a los pobres esta noticia inaudita y se lo tenemos que decir creíblemente: con palabras y con el lenguaje no verbal que expresa la verdad de nuestro más hondo sentir. Los pobres que escuchen esta noticia y la crean son los dichosos del Evangelio[2]. Al creer esta noticia le abrirán a Dios el corazón de modo que reine en él y así se configurarán como pobres con Espíritu. Estos pobres con Espíritu existen, gracias a Dios, en nuestro país. Pero no se puede decir que la Iglesia, tal como está hoy configurada, los reconozca, reciba el don de su fe y de su vida cristiana, se revitalize por ellos y, convertida por este testimonio, les dé a su vez los dones que ella posee. La institución eclesial no recibe este don porque no entra al ámbito de los pobres, a su cotidianidad. Y no entra porque no quiere pagar ese precio de

renunciar a su status privilegiado; y además porque no puede entrar, ya que sólo el pobre de espíritu, que se ve pequeño ante Dios y ante sí mismo, puede entrar al mundo de los pobres con respeto y agradecidamente.

Tenemos que confesar con alegría que hay un cierto movimiento de la Iglesia venezolana hacia los pobres (que por lo demás constituyen la mayoría de ella, si la Iglesia es el pueblo de Dios). Pero aún nos falta mucho para reconocer que de la relación con ellos depende nuestra relación con Dios y nuestra salvación; nos falta más todavía para evangelizarlos en el sentido preciso en que hemos entendido este término; y aún nos falta mucho más para que los pobres con espíritu lleguen a ser el núcleo estructurador de nuestra Iglesia, aunque algo se ha avanzado en esta dirección en las periferias del orden establecido.

Un cuerpo social remitido a la palabra: la lectura orante de la palabra como acto de tradición

Hay muchos cristianos en Venezuela que viven su vida ante Dios y en diálogo con él. Son bastantes también los que se esfuerzan en cultivar una autenticidad personalizadora en obediencia al impulso del Espíritu. Muchos se sienten personalmente unidos a Jesús de Nazaret, a quien consideran como el fundamento de su vida y de su destino. Pero, si la comunidad divina está presente en la cotidianidad de muchos venezolanos y si los ritos contribuyen poderosamente a revitalizar esa presencia actuante, falta, sin embargo, la recepción de la revelación en su condición de histórica. La historia de Dios con los seres humanos, como cualquier historia, tiene que ser contada. Muchos creyentes, sobre todo populares, podrán contar su propia historia (lo que Dios ha hecho por ellos) y la de otros testigos que conocen; se referirán también a la encarnación del Hijo de Dios, a su nacimiento en pobreza y a su pasión y muerte. Pero no podrán decir mucho más de la historia de Jesús, de la historia del pueblo de Israel en la que se inscribe y de la historia que se desencadena a partir de Jesús y su movimiento. Esa historia que relata la Biblia y sobre todo los Evangelios, no ha sido recibida por el grueso de los cristianos venezolanos. Y no ha sido recibida porque no ha sido entregada. El efecto de esta ausencia secular ha sido la deshistorización del cristianismo venezolano, tanto el de la institución eclesiástica como el del catolicismo popular. Ellos han sido fundamentalmente cíclicos, pegados al ciclo agrario. Esta agrarización del cristianismo lo ha tornado proclive a sacralizar la organización social en la que se inscribía ese modo de producción y lo ha privado de tener criterios para leer los acontecimientos históricos.

Una de las propuestas medulares del concilio Vaticano II fue que la Biblia (sobre todo los Evangelios) constituyera una verdadera fuente de la vida cristiana y de su actuar en la historia, y no sólo una cantera venerable de ejemplos piadosos. Tenemos que decir que en nuestro país comienza a acontecer una verdadera entrega de la Biblia al pueblo. Se han dado y todavía se dan ideologizaciones, pero el acontecimiento está en plena expansión y empieza a transformar desde dentro al catolicismo popular. Lo está historizando.

Es muy positivo que las nuevas promociones de la institución eclesiástica (sacerdotes, religiosos y religiosas) estudien mucha más Biblia que sus mayores; incluso en algunas parroquias se dan cursos regulares para seculares que los demandan. Pero tenemos que estar claros en que la entrega de la Biblia (en el sentido preciso de acto de transmisión autorizada de la tradición que se remonta a Jesús) no acontece en el estudio sino en la lectura orante de la Palabra que tiene por sujeto a la comunidad cristiana. La Palabra se proclama a sí misma como Señora y la comunidad la acoge como discípula. Pues bien, en este sentido preciso apenas podemos decir que se esté entregando la Biblia al pueblo de Dios; ni siquiera podemos decir que esto haya acontecido significativamente para los cristianos que forman la institución eclesiástica. Y me parece grave que uno no siente que los personeros de la institución eclesiástica echen en falta esta carencia tan sustancial. Las sectas entregan la Biblia al pueblo de un modo fundamentalista, pero sí la entregan como Palabra viva que emplaza a la persona a confrontarse con ella para conseguir su salvación. Es menos malo que se entregue de este modo alienado, que el que no se entregue. En este sentido (y en el de la comunidad) la proliferación de las Iglesias evangélicas y pentecostales tenemos que asumirla como un acicate de Dios para que sintamos celos^[3] y nos movamos a hacer lo que teníamos que haber emprendido por pura fidelidad interna.

Por larga experiencia propia podemos afirmar que la entrega de los Evangelios (y concomitantemente del resto de la Biblia) al pueblo, en la lectura orante de la Palabra es un acontecimiento salvífico de primer orden que es capaz de transformar y aun recrear a las personas, e incluso al propio agente pastoral. Este es un ingrediente indispensable en la Iglesia venezolana que deseamos.

Un cuerpo social misionero: de la misión institucionalista al movimiento de Jesús

Si la misión de la Iglesia no es administrar el depósito de salvación, si consiguientemente el sujeto de la Iglesia no es una casta especializada, si la misión de la Iglesia es humanizarse y humanizar según el paradigma de Jesús de Nazareth desde el presupuesto de que su Espíritu está derramado sobre toda carne y por tanto a todos es posible vivir humanamente como Jesús, de ahí se deduce que la Iglesia no sólo está para la misión sino que la misión es la que la constituye. La misión es la que está al origen del movimiento de Jesús. Pero eso acontece, cuando la misión sigue el modelo de la que vivió Jesús y de la que él mismo suscitó. Así habría que entender los relatos de misión[4], no como hechos meramente puntuales sino como representaciones del movimiento que Jesús provocó y propagó.

La Iglesia que deseamos no es una Iglesia que hace misiones esporádicas sino una Iglesia toda ella en misión. Si la misión es la actitud habitual de un convertido, de un discípulo, de un testigo (y éstos son los cristianos de la Iglesia que deseamos, incluso eso deben ser primordialmente los miembros de la institución eclesiástica), la misión es un acontecimiento capilar, personal y personalizado; aunque, por supuesto, remitido a la comunidad, animado y orientado por ella y que en no pocos casos desemboca en ella. Todo esto normalmente llegará a tener expresiones institucionalizadas; pero, por más convenientes que sean, siempre deben ser los discípulos quienes, como expresión primordial del evangelio que dinamiza sus vidas, lo comunican a otros.

Estos serían los elementos paradigmáticos de la misión que suscitó Jesús: Van de dos en dos porque sólo los hermanos construyen fraternidad y la fraternidad de los hijos de Dios es contenido medular de la misión. Van en pobreza, porque sólo quien vive de fe puede testimoniar fehacientemente la cercanía absoluta de Dios en Jesús como fuente de vida; y ése es el contenido último de la misión, ya que quien acepta en su corazón a este Dios de Jesús y vive de la vida que él le da ya no se apoya para vivir en la seguridad y la consistencia que da el dinero. Van desarmados porque traen la paz; no la paz de los que someten a los demás por la fuerza y basan el orden impuesto en la ostentación de un poder incontrastable sino la paz gratuita y plena que da la alianza incondicional de Dios (esa es la paz que celebra al nacer Jesús la legión del ejército celestial: Lc 2,13). Van llamando a las casas porque vienen de parte de un Dios que respeta absolutamente la libertad (quien no entra por la puerta es un saltador: Jn 10,1). Si les abren la puerta, transmiten la experiencia salvadora de Dios con la energía recreadora del Espíritu: quien sana y desaliena es la cercanía absoluta de Dios (que nos alcanzó Jesús) de la que es mensajero y portador el evangelizador. Si los de la casa aceptan el Evangelio y entra en ella la salvación, los evangelizadores se ponen en sus manos recibiendo su hospedaje. Se instaura así la reciprocidad de dones, en la que consiste, como hemos venido insistiendo, la Iglesia y su propuesta de parte de Dios para la humanidad.

Así pues este tipo de misión es la fuente de la fraternidad abierta que caracteriza al verdadero cristiano y a la auténtica Iglesia de Jesús. Jesús prometió a los que le siguieran que tendrían una familia cien veces más numerosa que la que pospusieron para entrar en su movimiento[5]. Pues bien, éste es el camino cristiano para entrar en la familia de Jesús.

La institución eclesiástica establecida no puede proponer una misión apostólica y ni siquiera concebirla. Este estilo apostólico le parece una necedad y un escándalo en las condiciones vigentes. La misión institucionalista va en procura de adherentes, de prosélitos. En los comienzos de la misión americana fue Las Casas quien propuso de un modo coherente, sistemático, fundamentado y persistente el tipo de misión apostólica. No faltaron a lo largo de estos cinco siglos evangelizadores que practicaron esta misión. Por ellos existe el catolicismo

popular. Pero la que se impuso fue la misión institucionalista que ligaba indoctrinación, asimilación a la cultura occidental (entendida como civilización y humanización) y subordinación del pueblo a los señores y a la institución eclesiástica. En la Iglesia que deseamos para Venezuela contemplamos el paso de esta misión institucionalista por arriba a la misión al estilo apostólico.

Una iglesia del Espíritu (escatológica) que vive alternativamente ya

El presupuesto de la misión al estilo apostólico es que el misionero ha sido alcanzado por el Mesías Jesús. Sólo el salvado puede anunciar creíblemente la salvación; sólo el discípulo (el que vive de la Palabra escuchada cada día) puede ser apóstol (es, decir, puede transmitir lo que se le ha dicho: enviado); sólo quien vive de fe (quien está en las manos del Dios de la vida) puede proponer que la fe da vida; sólo quien vive en la libertad de los hijos de Dios puede liberar de las diversas esclavitudes. El presupuesto de la misión es la irrupción del misterio de Dios en la vida del misionero; una irrupción que ha cambiado su vida. El cambio ha sido existencial: es el paso del "hombre viejo" al "hombre nuevo"[6]. Un paso que entraña una verdadera muerte para renacer de un modo recreado.

Esta transformación, como acontece en el nivel de la existencia, en principio sólo cambia el todo; pero cada parte sigue igual. Sin embargo la dinámica de esta conversión lleva a una reconversión de cada uno de los aspectos de la vida: la mentalidad, las actitudes de fondo, las afecciones más elementales, los deseos más hondos, las costumbres, el modo de relacionarse y las relaciones concretas... Así pues la novedad cristiana es en lo más profundo una novedad existencial; pero que se expresa como novedad de vida. Por eso, aunque se pueden admitir tensiones e incluso contradicciones y haya que entenderlo como un proceso inacabado, a la larga sí se puede sostener que si no hay vida alternativa es que no ha habido una auténtica conversión. La razón es que la conversión es vivir en obediencia al Espíritu y donde hay Espíritu hay libertad[7], una libertad constructiva[8], es decir recreadora[9]. Pero si uno no se entrega a la acción del Espíritu, por más que vea lo que tiene que hacer no tiene energía (un nombre del Espíritu, como también lo es dinamismo) y al no tener dentro de sí la fuente para obrar[10] tiene que someterse a los parámetros de los conjuntos a los que pertenece.

Sólo una comunidad cristiana que trata seriamente de vivir una existencia escatológica puede vivir alternativamente ya. Vivir escatológicamente es vivir de la fuerza que ya tiene sobre el presente el tiempo de lo definitivo, que ha irrumpido en Jesús de Nazareth y que se ha manifestado plenamente en su Pascua. Jesús es ya un hombre nuevo, él vive ya esa vida perdurable que es la participación de la misma vida de Dios. Vivir alternativamente es anticipar esa vida verdadera, en cuanto es posible en estas coordenadas del tiempo presente, signado no sólo por la labilidad sino por la cerrazón al designio de Dios: estructuras de pecado, situación de pecado. Por eso vivir alternativamente es vivir de fe[11]. Esa es la victoria que vence al mundo, la fe, que se expresa en amor solidario[12].

Así pues para los cristianos el contenido de la conversión es ser hijos en el Hijo. Ese es el nombre del misterio al que hemos sido llamados a entrar. Ya lo somos en principio (es decir en cuanto depende de Dios) porque el Espíritu ha sido derramado ya en nuestros corazones. Pero no lo somos hasta que no lo aceptemos, y lo aceptamos cuando permitimos que el Espíritu vaya configurándonos. Porque el misterio cristiano se estructura como alianza basada en el libre querer de ambas partes. Dios no nos salva en contra de nosotros sino con nuestro consentimiento y colaboración.

Vivir alternativamente ya no es, pues, vivir como extraterrestres sino vivir la vida fraterna de los hijos de Dios. Para decirlo en términos del A.T.: "practicar la justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios"[13]. O, dicho cristianamente, comportarse como Jesús se comportó[14], seguir a Jesús en fidelidad creativa. La libertad que procede del Espíritu se expresa como negativa al consumismo, como austeridad. Es una expresión de solidaridad con los excluidos y también despeja el campo de la conciencia y libera energías para dedicarlas a una existencia cualitativa. Entendemos por tal una existencia dedicada a cultivar los dones que Dios le dio a cada quien para verterlos en el río social. Esta existencia no es de este mundo, pero muestra su prestancia (ése es el sentido primario del concepto de santidad) al

desarrollarse en este mundo: en las condiciones apremiantes de un mercado totalitario y discriminador. Por eso, si es un modo de vida que debe expresarse positiva y creativamente, también debe estar dispuesta a pagar el precio de no consagrarse a prevalecer sobre los demás, a pesar de empeñarse en tener toda la competencia posible, pero desaguándola en lo posible en sinergias, simbióticamente.

Gracias a Dios hay en nuestro país no poca gente (sobre todo en medios pobres) que vive como verdaderas hijas e hijos de Dios, que vive de fe, que en medio de estrecheces vive cualitativamente, se cualifica cada día más y siembra vida a su alrededor. Por ellos en nuestro país aún es posible vivir humanamente, aunque no exista seguridad social ni jurídica, aunque campee la impunidad y cada día haya que sembrar más para cosechar menos.

Sin embargo no creemos que el vivir alternativamente sea hoy por hoy una propuesta consistente en nuestra Iglesia, ni que sea la existencia que muestra la institución eclesial. La imagen, tanto de la vida religiosa como del clero secular, es más bien la de una Iglesia establecida. Y desde este punto de vista con frecuencia sí es una Iglesia modélica: sin vicios, centrada en su trabajo, denodada y eficaz. Pero, como es expresión del orden establecido, no puede proponer sino una existencia moral (mores: costumbres establecidas, buenas costumbres). Una Iglesia así ha renunciado a una existencia escatológica; no puede proponer consistentemente vivir alternativamente ya. No propone la resurrección a los condenados de este mundo, no les propone vivir en este Viernes Santo histórico de la prestancia que tiene ya el Resucitado para dar vida a los condenados, una vida que salta hasta la vida eterna. Esta no es la proclamación mayoritaria de nuestra Iglesia porque los agentes pastorales no están entre el 70% de los excluidos y condenados por el sistema actual, ni en general ve la realidad desde ellos.

La Iglesia que proponemos es una Iglesia que comparte el destino de los condenados de este mundo para que, viviendo siempre expuestos a la muerte, la vida de Jesús se manifieste también en nuestras vidas para la vida de los desechados y en ellos para la vida de todos[15]. Vivir alternativamente ya no es para nosotros la existencia altruista de los que tienen asegurada la vida por su participación en este sistema sino la capacidad de dar vida en la intemperie de los excluidos. Esa es para nosotros una dirección insoslayable de la Iglesia que queremos.

Un cuerpo social que es capaz de procesar dinámicamente los conflictos

Este modelo eclesial, como todo lo humano, está atravesado por la ambigüedad y el pecado. En el modelo eclesial preconciliar (en el que se identifican Iglesia e institución eclesial y ésta está estratificada según el modelo sociológico jerárquico) los conflictos se resuelven finalmente por la vía disciplinar: el que ostenta la personería jurídica de una comunidad eclesial podrá pedir consejo o dar razones, porque en definitiva su voluntad es ley; y, si alguien no está de acuerdo y no quiere someterse, sólo le queda el recurso a la autoridad superior o retirarse de la comunidad. En este modelo de comunión y participación (tal como lo hemos entendido) las cosas son más complejas. Si no se quiere caer en el asambleísmo o en el espontaneísmo anárquico o en las divisiones sectarias, la comunidad eclesial tiene que aprender sobre la marcha a reconocer los conflictos internos y a procesarlos, y a tolerar también un margen considerable de opacidades y flaquezas. Porque, si muchos intervienen activamente, es obvio que habrá convergencias y divergencias, encuentros y desencuentros; surgirán incomprendimientos, tendencias... Como en la base de la fraternidad está la conciencia de la dignidad de cada quien y la propuesta de una vida internamente compartida, afectará profundamente la impresión de no verse valorado o de contar poco en las decisiones del grupo o el sentimiento de que se le hace sombra o arbitrariedades e inconsecuencias morales de miembros prominentes...

Una primera consideración en el tratamiento de los conflictos es que éstos no pueden procesarse en el horizonte funcionalista establecido que da por supuesto que la realidad (en este caso la comunidad eclesial) es invariable y que el problema está en el desajuste del sujeto. En nuestro horizonte la reciprocidad en que consiste la comunidad eclesial tiene dos caras: una objetiva y otra subjetiva. Ambos aspectos no pueden confundirse, pero tampoco separarse.

Forman parte de un solo proceso que es internamente diferenciado; de modo que hay que prestar atención a ambas dimensiones, aunque en contacto mutuo. Dicho en una expresión: se trata de entender y de entenderse. El entenderse no puede ser algo entusiástico, al margen de la objetividad de la situación y del designio de Dios sobre ella. Pero la situación que hay que entender no se reduce a un entramado de magnitudes objetivadas independientes de la vida de las personas, ya que las instituciones y las estructuras no se validan por sí mismas sino en tanto sirven de cauces adecuados para que las personas vivan una existencia dinámica y compartida. Ni las instituciones pueden sacrificar a las personas, ni éstas se realizan solipsísticamente. Ambas tienen que medirse por la misión, por el designio salvador de Dios, trascendente a ambas, y por eso con capacidad de descentrarlas para que yendo más allá de sí, se salven y resulten salvadoras para otros. La actitud de discernimiento para que las personas y las estructuras se adecuen a lo que Dios quiere de ellas es la que ha de presidir los procesos de manejo de los conflictos en orden a su resolución.

Otra consideración cuando sobrevienen problemas es la intención pastoral. Es el criterio sobre el que Pablo vuelve una y otra vez en sus cartas. La última palabra no la tiene mi derecho sino lo que ayuda, lo que edifica, lo constructivo[16]. Sin embargo hay que ser muy leal en la aplicación de este criterio: él no puede significar que en la Iglesia no exista derecho. Creo que es lo que sucede desgraciadamente en el momento actual. Cuando Juan XXIII insistió en la índole pastoral del Concilio que convocaba, estaba subrayando el criterio paulino que acabamos de enunciar: que todo en la Iglesia tiene que encaminarse a la salvación de las personas, que ninguna ley puede prevalecer sobre ese objetivo, que es la razón de ser de la Iglesia, como lo fue de la existencia de Jesucristo. Esta perspectiva del pontífice fue asumida por muchos agentes pastorales que van reestructurándolo todo (obviamente que desde la tradición que actúa como canon o correlación de referencia en el cambio) no para dar gusto a nadie sino para que lo que se haga en la Iglesia sea cauce adecuado de salvación. Sin embargo a nivel de derecho y sobre todo del desempeño concreto de los que tienen autoridad la impresión es que en vez de superarse el venerable derecho romano se lo ha dejado de lado y se procede discrecionalmente. Pocas cosas habrá que desalienten tanto la comunión e inhiban tanto la participación como esa falta real de derecho, esa desprotección de los congregados y el sentimiento que tienen de que los líderes son en realidad señores y se conducen como verdaderos dueños. La objetividad del derecho no puede tener la última palabra en la familia de Dios; pero sí tiene que tener al menos la primera, la mínima, la preliminar. De todos modos, aun en el momento presente, tenemos que persistir mostrando con nuestra conducta la prevalencia de la actitud pastoral, incluso con los que siguen otro camino.

Pero aún subsiste el problema: si ordinariamente la solución de los conflictos no debe seguir la vía disciplinar ¿cuál sería la vía adecuada? Hemos expuesto criterios; ahora la pregunta es por el medio. También es Pablo el que insiste en que en la comunidad cristiana la ley debe dar paso al Espíritu. ¿Qué significa esto en el caso de los conflictos? Que no basta con saber lo correcto y aplicarlo; que es imprescindible la sabiduría para resolver cada caso único haciendo justicia a todos los elementos (y en primer lugar a la índole y la situación concreta de las personas involucradas). En la Biblia lo sapiencial es lo que corona todo: Presupone la universalidad normativa de la ley y la intimidación situada del profeta, pero va mucho más allá. Esta sabiduría que da el Espíritu es un arte que presupone una atención exquisita tanto a lo más carismático de uno como a lo más dinámico de las situaciones y las personas. Es un don, pero que requiere una generosidad muy sutil: la de hacerse cargo (por simpatía y compasión, en definitiva por amor, un amor sano y vital) de lo que está en juego y entregarse no voluntarística sino cordial y humildemente a tratar de ayudar, sin sustituir a las partes sino por el contrario estimulándolas, llevándolas a que den lo mejor de sí. Hemos hablado reiteradamente del carácter espiritual de esta Iglesia que deseamos. Esta manifestación del Espíritu debe ser especialmente cultivada en la Iglesia que queremos para nuestro país.

Un cuerpo social con un liderazgo que se define por la capacidad de animación

En el seno de este proceso personalizado y en el marco de la reciprocidad de dones hay que situar el liderazgo. La experiencia de este tiempo en la Iglesia Latinoamericana y en pequeño en nuestra Iglesia venezolana es que este tipo de liderazgo es un gran don de Dios a su Iglesia

y que es sumamente apreciado por la comunidad. Hemos insistido repetidamente en que así como lo contrario de un cuerpo social asimétrico es el igualitarismo amorfo, lo contradictorio que supera a ambos es un cuerpo social internamente diferenciado (en el que las diferencias no son motivo de desigualdad) y que precisamente por eso se intercambia intensamente. Pues bien, uno de los dones más necesarios y dinamizadores es el de dirigir. Este tipo de personas se tiene a sí misma ante todo como un cristiano más, pecador, llamado por Jesucristo y necesitado y deseoso de la salvación; una persona que emplea tiempo en ese proceso y pide ayuda. Porque no deja nunca atrás ese nivel de existencia concibe su liderazgo en función de esa vida concreta, con sus niveles diferenciados. No se tiene a sí mismo como el sujeto de las propuestas y a los demás como meros ejecutores y receptores. Sabe que está en una empresa común. Por eso el diálogo es la estructura básica de su actuar. Un diálogo en el que cada quien participa desde los propios dones y funciones, y por eso un diálogo internamente diferenciado, y dinamizado por el objetivo a alcanzar, un objetivo que lo trasciende. Estos líderes no olvidan nunca su dimensión individual, se intercambian intensísimamente con la comunidad; pero a ella y a ellos mismos los llevan más allá de sí mismos, desde la trascendencia de Dios y desde la de la situación y en ella desde las víctimas.

Estos líderes son, pues, grandes animadores. La animación es lo propio del Espíritu. Pero como el Espíritu es el de Jesús, animan desde la encarnación kenótica y desde la trascendencia del Reino. Es decir que animan no como señores, desde arriba, sino como servidores, más aún como sirvientes[17]. Y animan no para complacer mundanamente a la comunidad y ganarse así su aplauso sino para espolearla en el camino de Jesús de modo que muera cada vez más a lo que hay en cada quien y en el grupo como tal de inercia y egoísmo, y vaya renaciendo a una existencia como la de Jesús. Por eso el líder, por esa entrega a Jesús y en él a la comunidad con un amor indisoluble, tiene que estar dispuesto a decir cosas y a asumir actitudes que no gusten y que lleven dosis de incomprensión y soledad. Aun con toda la sabiduría espiritual, de él y de otros de la comunidad, no es raro que se llegue a situaciones así. Hay que saber tragar tragos amargos y dejarle al tiempo que vaya clarificando las cosas. Sin ningún resentimiento, sin quebrar el compromiso, de un modo abierto y esperanzado, viviendo también este dolor como una parte, bien cualitativa por cierto, de esa sabiduría de la vida.

Así pues, en la Iglesia que deseamos no hay padres[18], sólo ministros. Nadie representa a Dios en la comunidad; en ella cada quien somos en algún aspecto Jesús para nuestros hermanos, es decir que todos somos servidores y el que tiene el encargo de dirigir, doblemente servidor. En la Iglesia que queremos para nuestro país valoramos y deseamos mucho que Dios nos bendiga con líderes de este estilo.

Una iglesia profética

Una Iglesia como la que hemos esbozado hasta aquí está en condiciones de ser una Iglesia profética. En primer lugar ella misma resulta una profecía para la sociedad en la que vive. Su vida alternativa y su institucionalidad tan cualitativa y dinámica resultan luz sobre el monte[19] y levadura y sal[20] que transforman desde dentro a la masa a la que pertenece. Esta Iglesia es un estímulo y un reto saludables. Y también, una bandera discutida[21]. Es todo esto por el esfuerzo sincero por trascender, pero desde la encarnación solidaria en la sociedad. Esta comunidad es Jesús[22]: es la presencia saludable de Jesús resucitado que acompaña, ilumina, sana, libera y defiende a esa comunidad humana, no por la posesión de saberes secretos o poderes supraterranos sino dando de sí, dándose a sí misma.

Pero desde esa existencia profética, la Iglesia está llamada también a ejercer la profecía en la sociedad a la que pertenece ayudándola a descubrir el designio de Dios para ella y más todavía la presencia dinamizadora del Espíritu que la capacita para descubrir ese designio y para llevarlo a cabo. Así pues, el primer contenido de la profecía cristiana no puede ser el anuncio del pecado. Cristianamente sólo hay conversión al evangelio. Eso significa que lo que hay que poner ante todo al descubierto es lo que hay de gracia, de oportunidad salvadora, de don de Dios derramado sobre ella, un tesoro tan precioso que bien merece la pena poner todos los haberes en función de que produzca y así configure a la sociedad.

Nos parece que hay una cierta deformación cuando sólo se enfatiza lo negativo. Si no tenemos sino problemas, flaquezas y fallos ¿en que nos apoyaremos para superarlos? Si fuéramos pura negatividad, nos tendrían que salvar desde fuera. Por eso cuando nos desvalorizamos buscamos que surja algún mesías o que las transnacionales y los extranjeros nos invadan para ponernos a valer. Sólo poniendo a producir lo bueno que tenemos podremos superar nuestras negatividades. Así pues la Iglesia que queremos para nuestro país ha de tener ojos para ver los dones de naturaleza y gracia que Dios ha depositado en nosotros y por dónde pasa y es acogido su Espíritu.

Desde este descubrimiento y evangelización de los bienes recibidos y de los frutos de las personas y grupos que han puesto a producir los talentos que Dios nos dio viene el poner al descubierto lo que en nosotros y en nuestras costumbres, instituciones y estructuras contrarresta a lo bueno que tenemos y está en trance de echarlo a perder. Y la propuesta de modificar lo modificable y morir a lo que se opone frontalmente a lo bueno que Dios nos dio.

Esta labor profética de anuncio y denuncia la tenemos que hacer por una parte desde el compromiso vital con los destinatarios y por otra desde la autoridad que da la lucha por hacer verdad en nuestras propias vidas y en nuestras estructuras eclesiales el bien que proponemos y por superar el mal que combatimos. La profecía tiene que ser transparente: ella es una espada de doble filo que debe afectar ante todo al que la pronuncia[23]. No podemos hablar como de oficio. No es profecía lo que se dice porque es lo que corresponde a la institución eclesiástica en el reparto de papeles en la institucionalización vigente. Si decimos lo que tenemos que decir porque es lo que nos toca, lo que se espera de nosotros y lo que corresponde a nuestra investidura social, el hablar es un acto ritual que nada modifica porque carece de trascendencia. La profecía desmarca al profeta: él no habla porque ese es su oficio ni porque defiende los intereses del orden establecido en el que tiene un puesto de privilegio[24]. El habla en nombre de un Dios insobornable que lo desborda absolutamente[25], pero que finalmente le da libertad[26] y vida[27].

Ya hemos insistido en que sólo una Iglesia que vive de fe y que se deja llevar por el Espíritu tiene libertad para llevar una existencia profética y para profetizar abiertamente a su sociedad. Esta profecía presupone conocer desde dentro la situación y estar comprometido con ella desde la óptica de Dios. Pero profetizar no es lo mismo que analizar técnicamente la situación y hacer propuestas técnicas sobre ella. Estrictamente hablando es decir el designio de Dios sobre la situación. Y esto o es un don de Dios que debe ejercitarse según la medida del don recibido (que incluye sin duda que se agoten toda clase de mediaciones humanas a disposición del profeta) o es una desmesura pretenciosa y peligrosa cuando no ridícula.

Ahora bien, no podemos entender el don profético como un dictado al oído. Los profetas de nuestro tiempo (Juan XXIII, Arrupe, Proaño, Hélder Cámara o Romero) se han compenetrado con la suerte de sus pueblos, echando su suerte con ellos, han buscado y preguntado constantemente, han sido personas de continua oración y han vivido en una tensión siempre viva entre intuiciones de fondo, verdaderas inspiraciones, y un temor, no angustiante pero sí profundo, de engañarse. La consigna de Isaías “vigilancia y calma”[28] es la de los profetas: calma porque han puesto el corazón y la vida en Dios; vigilancia, atención, cuidado para vivir pendiente de sus señales, para interpretarlas adecuadamente, para no cerrarse en lo de uno o en una coyuntura pasada.

En la Iglesia que deseamos, anhelamos profundamente que Dios nos regale profetas; más aún soñamos con una Iglesia que cultive toda ella este don de la profecía, el don de la existencia escatológica[29]. Y pedimos a la vez humildad para discernirla, de modo que no confundamos el designio de Dios con nuestros deseos trascendentalizados, y coraje para pagar el precio que comporta servirla de canal y ponerse a su servicio[30].

[1] Gal 5,6

[2] Lc 6,20

[3] Para decirlo en lenguaje paulino: Rm 10,19;11,11.14

- [4] Lc 9,1-6;10,1-11
- [5] Mc 10,28-30
- [6] Ef 4,22-24; Col 3,9-10
- [7] 2Cor 3,17
- [8] 1Cor 10,23-24
- [9] Sal 51,12-14;Ez 36,26-27
- [10] Jn 4,14;7,38-39
- [11] Hab 2,4; Rm 1,17
- [12] 1Jn 5,4;Gal 5,6
- [13] Mq 6,8
- [14] 1Jn 2,6
- [15] 2Cor 4,8-17
- [16]
- [17] Lc 22,27
- [18] Mc 10,28-30;Mt 23,9
- [19] Mt 5,14-16
- [20] Mt 13,33;5,13
- [21] Lc 2,34
- [22] Hch 9,5
- [23] Hbr 4,12
- [24] Am 7,10-17
- [25] Jn18,37
- [26] Jn 8,32
- [27] Jn 1,4;5,21
- [28] Is 7,4
- [29] Hch 2,16-18
- [30] Cf. Una utopía concreta para nuestra Iglesia. SIC 437 (set-oct 1981) 340-342
La inculturación del evangelio a Venezuela. SIC 492 (feb 1987) 51-52
Mensaje del Papa a Venezuela. SIC 582 (mar 1996) 56-59
Santo Domingo para Venezuela. ITER 7 (en-jun 1993) 79-97

EUCARISTÍA. CELEBRACIÓN DEL SACRAMENTO DEL PAN

Discernir el Cuerpo de Cristo (1 Co 11,17-34)

José Mizzotti, smm

Palabra clave:

HAMBRE DE PAN, HAMBRE DE DIOS

“Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes: hagan esto en memoria mía”
1 Corintios 11,24

1. PARTIMOS DE LA VIDA

* Todos somos testigos del hambre profunda de Dios que caracteriza a nuestro pueblo, expresión ya casi proverbial que lo define. Esa es su mayor riqueza. Pero todos somos testigos también que con esa hambre de Dios coexiste al mismo tiempo un aburrimiento ante la celebración central de la fe que es la eucaristía y una desazón incómoda por no saber exactamente de qué se trata (incluso en sectores educados en colegios católicos o formados en nuestras parroquias como catequistas o responsables de comunidades), degenerando todo eso en una práctica vivida, la mayoría de las veces, como carga que se arrastra. Coexisten en nuestro pueblo creyente el hambre de Dios y el peso de una práctica religiosa muy marcada por el miedo, el moralismo, la obligación o la rutina.

* Queremos orientar nuestra reflexión hacia la eucaristía como celebración del sacramento del pan, es decir, como la mesa de los hijos y de los hermanos que Dios prepara. No pretendemos hacer, por tanto, un estudio completo de la eucaristía.. Queremos tan sólo profundizar un aspecto y subrayar la dimensión social, fraterna y comunitaria de este sacramento.

Lo que aquí nos mueve es ante todo una preocupación pastoral, recordando aspectos conocidos pero que, en la práctica, han pasado en segundo plano si es que no han sido marginados completamente.

* El punto de partida para nuestra reflexión sobre la eucaristía será la contradicción entre el culto y la vida. Dios por un lado, las relaciones humanas por otro. Tenemos así la obsesión por la fidelidad al rito o acto religioso y el trato inhumano y poco acogedor para con los semejantes. Puede haber una abierta contradicción entre el culto y la vida. La vida resultaría ser una negación de la comunión celebrada en la eucaristía.

* Son más de 30 años que el ser humano ha puesto los pies sobre la luna. Desde entonces, a pesar de todo el avance tecnológico, o por causa de él, la vida en la tierra sólo se ha deteriorado. El hambre, sobre todo, ha aumentado en extensión y en intensidad. En muchos de nuestros países de América Latina ella llega hasta el límite de calamidad pública. En algunos lugares de nuestro país la mitad de los niños nacidos no llega siquiera a completar el primer año de vida. Hay gente buscando en la basura algo para su alimentación, mientras que toneladas de alimentos se pudren en los almacenes gubernamentales, destinados a la incineración. Son hechos que chocan el sentimiento ético y desafían la conciencia de los cristianos.

* Además, en materia de cristianismo, no tenemos mucho de que estar orgullosos. Primero, porque fue en los países del Occidente, en el seno de la “civilización cristiana”, que se engendró el sistema capitalista, con su lógica voraz de acumulación, consumismo, devastación y exclusión. Después, porque es en América Latina, el área más vasta y densa de presencia cristiana y católica del planeta, donde se da el más aberrante escándalo de “ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres”[1]. Nuestros países de América Latina son

verdaderos campeones de concentración de renta en pocas manos, es decir, ¡campeones de miseria!

* Es frente a este cuadro desesperanzador del hambre del mundo, del hambre aquí y ahora, que nos cuestionamos sobre el significado de la celebración de la Cena del Señor.

* Recuerdo el diálogo con una pobre empleada del hogar, que trabajaba en la casa de dos riquísimas solteras, hermanas de uno de los más poderosos industriales de la región. Después de la Misa, entablé conversación con ella:

- ¿Cuánto te pagan?
 - ¡100 soles!
 - ¿Por semana?
 - ¡No, por mes!
 - ¿Cómo es posible que personas tan ricas te paguen tan poco?
 - Yo no se... Y ellas son muy religiosas. Van a misa todos los días y comulgan!
- En aquel tiempo, el sueldo mínimo estaba alrededor de 345 soles mensuales.

1. ¿Cómo conciliar nuestra participación diaria en la eucaristía con la falta de sensibilidad social o de caridad para las personas que viven junto a nosotros?
 2. ¿Existe alguna relación entre el pan de la eucaristía y el pan de cada día, que todos los días falta en las mesas de tanta gente?
 3. ¿Hay señales de acumulación en nuestra Vida Religiosa?
 4. ¿Cómo se vive el compartir en el día a día de nuestra Vida Religiosa
- Terminar esta parte con un canto o una oración apropiada

2. ESCUCHAMOS LA PALABRA DE DIOS

a. Preparación

Preparar el ambiente para la lectura de la Palabra de Dios. Un gesto o un canto.

b. Clave de lectura

El texto de la primera carta a los Corintios 11,17-34 plantea volver al espíritu originario de la Cena del Señor: tanto para la Comunidad de los Corintios, como para nosotros hoy.

Mientras se proclama la lectura, fijamos nuestra atención en lo siguiente: “¿Cuál es la denuncia que hace Pablo a la Comunidad de Corinto?”.

c. Proclamación del texto: 1 Corintios 11,17-34

Leer el texto lenta y atentamente.

d. Momento de silencio e interiorización

e. Hacer memoria del texto

En un esfuerzo de memoria colectiva, recordar juntos el asunto del texto que fue leído.

3. DESCUBRIMOS LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA

a. Nos fijamos en lo que dice el texto

En el texto que estamos meditando, Pablo transmite una tradición oral más antigua, que él mismo había recibido de otros y que aquí en la carta es usada para iluminar un problema concreto de la comunidad:

1. ¿Cuáles son las divisiones internas y la estructura del texto?
2. ¿Cuáles son los personajes que aparecen en el texto? ¿Qué es lo que dicen y hacen?

3. ¿Cuáles son las ideas centrales que aparecen en el texto?

b. Mirar la situación de la comunidad

Si ampliáramos el contexto leyendo juntos lo que Lucas informa en los Hechos de los Apóstoles (6,1), podríamos percibir mejor la situación de las comunidades cristianas de aquella época. Ellas tenían la costumbre de hacer una refección comunitaria y cada uno traía alimentos y bebidas según sus posibilidades para que todos pudieran comer juntos, sin exclusiones. Tales refecciones eran un desafío, tanto para los judíos como para los griegos. La observancia de la ley de lo puro y lo impuro impedía participar a los judíos. La mentalidad de los griegos no permitía una refección donde el pobre y el rico ocuparan la misma mesa. El proyecto de los cristianos era bonito, pero se orientaba en sentido contrario a la ley judaica y era contrario a la cultura griega de la época.

¿Cuáles son los problemas de la comunidad que se reflejan en el texto?

¿Cómo celebraban ellos la Cena? ¿Qué es lo que ellos celebraban en la Cena?

c. Unimos el texto con la vida para ver qué nos dice

Este texto es una expresión no sólo de la fe de los primeros cristianos, sino también de la vida diaria en sus comunidades. Tenían una refección comunitaria, durante la cual leían las Sagradas Escrituras y recordaban la presencia viva de Jesús en medio de ellos. Esto se refleja claramente en el episodio de los discípulos de Emaús[2], cuando Jesús se revela en el partir el pan como vivo y presente en medio de la comunidad que se reúne en su nombre.

1. ¿Qué significaba la celebración de la Cena para las comunidades de Pablo?

2. ¿Qué es la Eucaristía para nosotros hoy?

3. ¿Existen otras formas de celebrar el compartir hoy? ¿Cuáles?

4. ¿Será que las Eucaristías que celebramos los religiosos y religiosas de hoy expresan nuestra práctica de compartir y solidarios entre nosotros y con la transformación de la sociedad?

d. Expresamos y sintetizamos un compromiso

Ahora, después de haber meditado la Palabra de Dios, ¿qué es lo que esta Palabra está pidiendo de mí, de nosotros? ¿Qué podemos hacer en concreto, como grupo, para que este Evangelio se haga realidad en nuestra vida?

4. ORAMOS

a. Sugerencias para la celebración.

Bendecir el pan y el vino rezando juntos Lc 24,28-32, y compartirlos en grupo.

b. ¿Qué es lo que el texto nos hace decirle a Dios?

Hacemos oración con lo que hemos escuchado y meditado en este encuentro en torno a la Palabra y a nuestra vida.

Terminamos esta parte con un Padre nuestro.

c. Frase para rumiar

Elaborar una frase que resuma el encuentro y pueda ser llevada en la memoria para la vida.

d. Salmo

Rezar un salmo apropiado. Sugerencia: Salmo 136: "Él da pan a todo viviente". Si es posible, cantar el refrán: "Porque es eterno su amor". El grupo puede aumentar espontáneamente otros motivos de alabanza y acción de gracias al Dios de la Vida por sus múltiples manifestaciones de amor.

Una ayuda para la comunidad

HAMBRE DE PAN, HAMBRE DE DIOS

1. UNA SEMEJANZA QUE SALTA A LA VISTA

* Tanto en los cuatro relatos de la multiplicación de los panes según los cuatro evangelistas[3], como en los cuatro relatos de la Última Cena según los tres Sinópticos y el apóstol Pablo en su Primera Carta a los Corintios (Mt 26,26-28; Mc 14,22-24; Lc 22,19-20; 1 Co 11,23c-25), salta enseguida a la vista de cualquier lector atento, el fuerte y detallado paralelismo entre unos y otros.

En todos, hay el mismo ritual descrito con las idénticas palabras:

Tomar el pan

Pronunciar la bendición

Partir el pan

Dar el pan a los convidados

* Se trata evidentemente de una práctica tradicional retomada por cualquier padre de familia israelita al reunirse con su familia para la refección cotidiana o para la misma Cena Pascual. Práctica que siguió en el día-a-día del cristiano, tanto al tomar refecciones en familia, como al cumplir el mandamiento del Señor de repetir la cena en su memoria.

* ¿La evidencia de las semejanzas, la fuerza de este paralelismo es sólo una coincidencia material, que carece de mayor significado, o será que está señalando, como una fuerte y urgente interpelación, las implicaciones mutuas entre pan material y pan de la eucaristía?

Para no inventar o dar respuestas al azar, vamos a ver las respuestas de la comunidad de Jesús, la que se reunía cumpliendo su mandato.

* "Hagan esto en memoria mía", escuchó la Iglesia de labios de su Señor la noche misma en que "era entregado"[4] y desde entonces celebra la eucaristía, en memoria de su Señor, porque ve en ella el sacramento de su identidad, de lo que es y de lo que debe ser.

El Nuevo Testamento nos ofrece información explícita sobre dos iglesias locales que celebraban en el sacramento de la comida la memoria del Señor: la iglesia de Jerusalén y la iglesia de Corinto.

Resulta providencial que exista esta doble información porque nos dice que, desde el principio, hubo dos maneras de celebrar en la iglesia, aunque de signo contrario., pues, mientras la comunidad de Jerusalén celebraba lo que vivía y vivía lo que celebraba, la comunidad de Corinto parecía negar en la vida lo que celebraba en el sacramento.

Esta doble manera de celebrar nos ayuda a comprender mejor la eucaristía y a comparar nuestras celebraciones con la celebración de esas dos iglesias para ver con cuál nos identificamos.

2. LA RESPUESTA DE LA COMUNIDAD DE JERUSALÉN: COMUNIÓN DE VIDA Y FRACCIÓN DEL PAN[5]

* Lucas nos presenta, al final del capítulo segundo de los Hechos, lo que bien podemos considerar una síntesis de la vida cristiana en sus comienzos. Nos dice que los primeros en aceptar la fe "eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles y en la comunidad de vida, en el partir el pan y en las oraciones" [6]. En este verso se encierran los cuatro componentes fundamentales de esta nueva vida.

* La mención de las "oraciones" parece referirse a una práctica que aún tenían en común con los judíos. Los cristianos no han roto todavía con el judaísmo, por eso "a diario

frecuentaban el templo en grupos"[7]. El capítulo siguiente nos informa de la subida al templo de Pedro y Juan para "la oración de la media tarde"[8], aunque también se nos habla de la oración propia del grupo en la casa[9].

* Lo decisivo está constituido por los otros tres elementos mencionados: la "enseñanza de los apóstoles", la "comunidad de vida" y la "fracción del pan". Estos tres elementos, inseparables e íntimamente relacionados, definen la identidad cristiana. La fracción del pan, la eucaristía, forma parte de esa identidad, pero siempre enmarcada por los otros dos componentes y nunca por sí sola.

* La "enseñanza de los apóstoles" es ante todo la proclamación de la palabra de gracia pronunciada por Dios en el acontecimiento de Cristo del que los apóstoles son los testigos privilegiados, porque, como dice Pedro, "hemos comido y bebido con él después que resucitó de la muerte"[10]. Es una palabra que convoca a la iglesia y se proclama en medio de la iglesia. El lugar privilegiado de la proclamación es la celebración de la memoria del Señor, la "fracción del pan". Y como consecuencia de la palabra y de la fracción del pan, brota la nueva forma de vivir que nuestro autor concentra en una sola palabra, la "koinonía", la "comunidad de vida". La eucaristía no es nunca un rito aislado de la vida o de la palabra. Y estos tres elementos, palabra, sacramento y vida constituyen la vivencia de la identidad cristiana.

* Nos interesa destacar ahora la "fracción del pan" y su íntima relación con la "comunidad de vida". Lucas nos dice que los primeros cristianos perseveraban en "la fracción del pan" porque el partir el pan era la mejor forma de reconocer al Señor[11] y de hacer memoria de él prolongando su práctica de mesa compartida. El comer juntos no era un simple acto social, sino expresión de su identidad como seguidores de Cristo que comía con pecadores. Por eso se nos dice que los que se reunían para la fracción del pan eran "los creyentes"[12]. Su forma de comer juntos era su mejor forma de expresar la fe que los unía en iglesia.

Para estos creyentes, el reunirse para partir el pan era inseparable de reunirse para construir la fraternidad, porque estaban convencidos que donde no se respeta o se construye la fraternidad no se celebra la cena del Señor.

De esta comunidad que brotaba de la fe se dice que eran "un solo corazón y una sola alma" [13]. La fracción del pan era la celebración sacramental que expresaba y alimentaba la koinonía, la comunidad de vida con el Señor y en el Señor.

Partir el pan, para ellos, era compartir el pan, apuntando de este modo a la dimensión social de la eucaristía. En una palabra, se vivía lo que se celebraba y se celebraba lo que se vivía. En memoria de su Señor, expresaban en su modo de comer una forma nueva de vivir.

* Construir la fraternidad que la fracción del pan expresa, conlleva diversas exigencias que el libro de los Hechos nos presenta. Con esas exigencias respondían a los desafíos del mundo en que vivían. Porque la fracción del pan no era un rito de evasión o de enclaustramiento, sino un compromiso de fe y una toma de posición frente a una sociedad dividida en grupos opuestos, justificados incluso por la religión, como lo demuestra claramente la ley judía que prohibía la comunión de mesa con paganos[14]. En esta forma de partir el pan se reconocía la presencia del Señor que vino a comer con pecadores, a salvar lo perdido y a reunir lo disperso.

¿Cuáles eran estos desafíos a los que la fracción del pan trataba de ser respuesta desde el evangelio? Fundamentalmente eran los desafíos de las divisiones, exclusiones y desigualdades.

* La fraternidad cristiana no era la única en el mundo que le rodeaba. Existían las fraternidades de los fariseos, de los esenios o incluso los mismos paganos tenían sus propios grupos o fraternidades que se juntaban para comer. Pero el banquete cristiano era el reverso de los banquetes judíos o helénicos. Mientras éstos alimentaban la segregación y las divisiones, la fracción del pan cristiana tenía un carácter subversivo y revolucionario pues integraba a personas de distinta procedencia nacional, social o religiosa. El cristianismo no era una secta sino una comunidad abierta y por eso incorporaba desde el principio a grupos sociales diferentes, hebreos o helenistas[15].

Dentro de esta perspectiva de apertura universal se entiende la polémica de la primitiva iglesia sobre la incorporación de los no judíos a la fe[16]. Por fidelidad a la fe judía debían mantenerse separados, pero por fidelidad a su Señor que comía con pecadores, debían abrir la mesa a todos los hijos del mismo Padre. En la misma mesa, entonces, podían sentarse el amo Filemón y el esclavo Onésimo, el fiel Santiago y el fariseo Pablo o el pagano Cornelio. Era la exigencia de su identidad como fieles seguidores de Jesús que comía con "impuros" y excluidos.

* La sociedad se divide no sólo por razones raciales, sociales o religiosas; también la economía divide y crea distancias entre los hombres. Una de las formas en que aparece el escándalo de la fraternidad rota, es la brecha entre ricos y pobres. Y ese desafío lo encaró también la primera comunidad que celebraba la fracción del pan. El compartir el pan era incompatible con el hambre de los pobres y por eso iba unido a una preocupación porque comieran los pobres y desposeídos de la comunidad. Esta preocupación no brotaba solamente de razones humanitarias, sino de la exigencia de la fe de formar la iglesia concreta que tiene el deber de rechazar las distinciones entre ricos y pobres. La fraternidad conlleva necesariamente una exigencia de desprendimiento solidario en favor del hermano. Lucas lo atestigua diciendo que "los creyentes vivían todos unidos" y enseguida explicita el tipo de unidad de la que habla: "lo tenían todo en común, vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos según la necesidad de cada uno"[17] y no había pobres entre ellos[18].

La fracción del pan lleva a la koinonía que implica el poner los bienes en común para que no haya pobres[19]. En esta forma de vivir, expresada en esta forma de comer, la comunidad cristiana se presenta como la realización de un ideal humano y cristiano, como fermento de novedad que Dios ofrece a un mundo que crea pobres. Para ello es necesario que la comunidad que celebra la fracción del pan acepte la exigencia de compartir que la lleva a "tener todo en común y nadie considera suyo nada de lo que tiene"[20].

Puede sonar a idealismo utópico ante el que sonreímos escépticos, pero esa comunidad, desprendida y libre frente a la riqueza, había reconocido al Señor en la fracción del pan, el Señor que se da a todos sin reservas, hecho pan y que está en medio "como el que sirve"[21]. Con ese Señor quiere comulgar. Había comprendido la estrecha relación entre la fracción del pan y la solidaridad.

3. LA RESPUESTA DE LA COMUNIDAD DE CORINTO: CUANDO LA VIDA NIEGA LA FE[22]

* En torno a la mesa se expresan los valores fundamentales de un nuevo orden social en que, por voluntad del Señor que está a la mesa como el que sirve[23], los últimos pasan a ser los primeros[24]. En torno a la mesa se expresa mejor la relación de familia que nos une, relación de acogida, de gozo, de fraternidad o la ruptura de los lazos familiares y de la fraternidad. Ya en el libro de los Hechos se nos informa que "al crecer el número de los discípulos, los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea"[25] porque sus viudas no eran igualmente atendidas. Comenzaban ya las discriminaciones excluyentes. Y este precisamente va a ser el problema de la comunidad de Corinto en la que las diferencias sociales y las divisiones se reflejan incluso en torno a la mesa comunitaria de la Cena del Señor.

* Escrita en la primavera del 56 d.C., la 1ª Carta a los Corintios era, al mismo tiempo, una evaluación rigurosa de la vida comunitaria de los cristianos de Corinto y una respuesta pastoral a los diferentes cuestionamientos planteados por ellos, a partir de los problemas que los afligían y los dividían.

* Por eso Pablo comienza su carta recordando que el proyecto de Dios, al cual los cristianos son llamados y que Jesús ha realizado, es un proyecto de comunión y de solidaridad: "Fiel es Dios el que los llamó a ser solidarios de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor"[26]. La traducción literal sería "los llamó a la koinonía de su Hijo" y esto significa en primer lugar la llamada a la comunión con Cristo, pero también a la comunión obrada por Cristo con todos los redimidos, ya que él murió para "reunir a los hijos"[27]. Los cristianos de Corinto, con su comportamiento, están destruyendo la obra de Cristo y esto es un atentado contra su vocación.

"Es que he recibido informes, hermanos míos, que hay discordias entre ustedes... ¿Acaso está Cristo dividido?"[28].

* Esta expresión "¿está Cristo dividido?" es una manera atrevida de hablar de los cristianos porque no es Cristo quien está dividido, sino los cristianos. Pero los cristianos son Cristo[29]. Hay una comunión estrecha entre Cristo y los que creen en él pues forman entre todos "el cuerpo de Cristo".

* Por formar una unidad, un solo cuerpo, cuando un cristiano peca contra un hermano, peca contra Cristo[30]. Y este es el pecado de la comunidad de Corinto con sus divisiones por las que los más fuertes en la fe desprecian a los más débiles[31], los que se creen superiores por status o apellido desprecian a los de rango social inferior [32] y los satisfechos avergüenzan a los que no tienen (11,22). Pareciera que su fe no es lo suficientemente madura porque no les ha hecho comulgar con el Dios que elige lo débil, lo pobre y lo necesitado de este mundo (1,26s). Su comportamiento práctico niega esta fe hasta el punto que Pablo podría preguntarles en qué Dios y en qué Cristo han creído.

* La celebración eucarística vincula a los creyentes que participan de ella en un solo cuerpo, el cuerpo de Cristo. Por eso puede recordar Pablo a los Corintios: "La copa de bendición que bendecimos, ¿no significa solidaridad con la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no significa solidaridad con el cuerpo de Cristo? Como hay un solo pan, aun siendo muchos formamos un solo cuerpo, pues todos y cada uno participamos de ese único pan"[33].

* La comunidad cristiana se construye como cuerpo de Cristo en la celebración de la eucaristía y en la vivencia del amor fraterno. Cuerpo de Cristo es la eucaristía y es la comunidad. En la eucaristía la comunidad (la iglesia) celebra su propio misterio, su identidad.

* Es en el contexto de esta revisión de vida, de esta respuesta autorizada a las cuestiones candentes del día-a-día de la comunidad eclesial, que se inserta el pasaje de 1 Co 11,17-34 en el que Pablo aborda directamente el tema de la celebración eucarística en la comunidad de Corinto. Este texto trata de un solo asunto: las serias y tremendas exigencias que se ponen para quien participa de la Cena del Señor.

Pero debemos recordar que Pablo no está haciendo un tratado sistemático de la eucaristía, es más bien una advertencia seria de un pastor a unos cristianos que, por su forma de celebrarla, amenazan con desvirtuarla.

* El texto tiene tres partes bien marcadas: una requisitoria de Pablo a los Corintios en que confiesa que no puede alabarlos por sus celebraciones[34], un recuerdo de la última cena[35] y una consecuencia[36] .

* Vv. 17-22: La requisitoria de Pablo

Pablo se niega a felicitar a los Cristianos de Corinto por sus asambleas. En lugar de ayudarles a progresar en el bien, les son perjudiciales. Se trataba de un ágape, una cena de confraternización, en cuyo contexto se repetía la Cena del Señor. Cada uno llegaba con alguna cosa... Todo tenía que ser puesto en común. Todos hubieran tenido que comer y beber en un clima de fraternidad y de alegría[37].

Sin embargo, no era exactamente esto lo que estaba pasando en las asambleas de los cristianos de Corinto...

Sus asambleas estaban, más bien, aconteciendo bajo el signo de la división. Los que podían comían y bebían hasta emborracharse, ni siquiera esperándose los unos a los otros. Los pobres, los que nada o poco traían, sólo se quedaban mirando humillados en su hambre.

Ahora, una comida donde no se pone en común, donde no se comparte entre todos lo que cada uno ha traído, donde cada uno come egoístamente su propio plato, no podrá servir de contexto para la celebración de la Cena del Señor. Esta, celebrada en un tal contexto, se

vuelve un desacato, un "despreciar a la iglesia y avergonzar a los que nada tienen", una afrenta a la Iglesia de Dios y a los que en ella ocupan el primer lugar, "aquellos que nada tienen".

Con seguridad, eso ya "no es comer la Cena del Señor" por lo que Pablo no puede felicitarlos, es una declaración sumaria de la nulidad de aquella celebración. La Cena del Señor no puede ser una farsa para encubrir divisiones y egoísmos, sobretodo si las diferencias y sus incomodidades aparecen en el momento mismo de la celebración.

Palabras duras que exigen un examen serio en Corinto y en todos los que celebramos la eucaristía, porque cuando la solidaridad eclesial está comprometida se desnaturaliza la celebración misma de la eucaristía. Se pone el rito y, a pesar de ello, esa cena no es la eucaristía porque la unidad efectiva entre los miembros de la comunidad es constitutivo esencial de la celebración eucarística.

O, como dice J. RATZINCER (en La palabra en la iglesia, Sígueme 1976,45), "el descubrimiento de Jesús en los que sufren es parte tan real de este culto como las especies de pan y de vino".

Pablo manda entonces que cada uno coma en su casa para evitar abusos manifiestos, escandalosos, en flagrante contradicción con el significado esencial de la eucaristía.

Hoy en día, nuestra conciencia ética, fruto, sin duda, de aquella prometida acción del Espíritu[38], nos lleva más lejos: no podemos contentarnos con una aparente fraternidad en la hora de la celebración. El hecho de no hacer pasar vergüenza o de no humillar a los demás en el momento de reunirse para celebrar la Cena del Señor, no puede camuflar la vergüenza que se pasa o que se impone fuera de ella, todos los días, todas las horas. Lo que no sucede en el momento mismo de la celebración, o fue aconteciendo poco antes o irá aconteciendo poco después, cuando cada uno, en su casa o en su ambiente vital, se encontraba o volverá a encontrarse con su riqueza o con su pobreza, con su abundancia o con su penuria. Y la celebración de la Cena del Señor no podrá nunca servir para entorpecimiento de la conciencia de unos y de consuelo o paliativo para el hambre de otros, una larga y ambigua bendición sobre hartos y hambrientos, una linda y piadosa alienación.

* Vv. 23-26: El recuerdo de la Última Cena

Para motivar en los fieles de Corinto la toma de conciencia de lo que se celebra, Pablo recuerda la Última Cena y lo que el Señor hizo y dijo en ella.

En el contexto de una fiesta de liberación, comiendo con sus discípulos la cena pascual de su pueblo, Jesús toma el pan:

"Este pan es mi cuerpo que se da para ustedes".

¡Este es el misterio de la fe!

Este es el memorial de la nueva pascua,

materialización simbólica del sacrificio de Cristo,

resumen sabroso de una existencia hecha de entrega y de donación de sí mismo,

expresión celebrativa de su culto, de su liturgia existencial

como evidencia el texto de Hebreos (10,4-10):

"Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo.

Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron.

Entonces dije: ¡He aquí que vengo

-pues de mí está escrito en el rollo del libro-

a hacer, oh Dios, tu voluntad!"

Dice primero: Sacrificios y oblaciones y holocaustos y sacrificios por el pecado no los quisiste ni te agradaron -cosas todas ofrecidas conforme a la Ley- entonces -añade-: He aquí que vengo a hacer tu voluntad. Abroga lo primero para establecer lo segundo. En virtud de esa voluntad

quedamos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo».

Lo mismo puede decirse del vino, que Jesús toma y ofrece a sus discípulos como memorial de la nueva alianza, sacramento de su sangre derramado por nosotros, en obediencia a la voluntad del Padre.

Vino y pan, símbolo mayor de su proyecto de vida, una nueva y definitiva propuesta religiosa, cuya piedra angular es la solidaridad: "¡Hagan esto en memoria mía!".

La praxis y la voluntad de Jesús son normativas en la comunidad que se reúne en su nombre. En la noche en que era entregado, el Señor nos dio ejemplo de entrega y de servicio en favor de los demás en la acción profética del pan entregado y de la sangre derramada. Eso es lo que el Señor quiere que nosotros hagamos con nuestras vidas y por eso nos dejó el encargo: "hagan esto en memoria mía", que Pablo recuerda dos veces (vv. 24.25). Por eso puede afirmar que "cada vez que comen de ese pan y beben de esa copa, proclaman la muerte del Señor hasta que vuelva" (11,26).

Todas las veces que estos gestos y palabras de Jesús son retomados, todas las veces que, en atención a su mandato, repetimos su cena, sólo estamos proclamando el valor supremo de una existencia donada por el bien de la humanidad, único sacrificio, único sacerdocio reconocidos y aceptados por Dios...

Sólo estamos celebrando aquel tanto de donación que se realiza en nuestro propio día-a-día, en el día-a-día de todos los que aman y comparten el pan de cada día, y prestan así a Dios el único culto que le agrada.

Por ello, proclamar la muerte no es hacer una declaración de defunción porque se anuncia a uno que vive, el resucitado. Y proclamar significa anunciar en público con gozo y gratitud por el magnífico don de Dios en la entrega de su Hijo[39]. Proclamar la muerte es recordar la persona de Jesús y la causa por la que dio la vida, es publicar el sentido de ese acontecimiento. Y lo proclamamos comiendo juntos porque para eso entregó Jesús su vida. Unidos en fraternidad y en mesa común proclamamos al mundo que su muerte no fue inútil. De ella brotó la vida y el pueblo de la nueva alianza que somos todos nosotros. Y por esa nueva alianza entramos en relación nueva con Dios y con los hombres, nuestros hermanos, compartiendo una nueva forma de vivir en el mundo para ser instrumentos de Dios, sacramento y fermento de unidad, de solidaridad y de fraternidad. La causa de Cristo continúa en la forma de vivir de su comunidad que, como Cristo, acoge, come e integra en comunión. Por el contrario, las divisiones y la marginación de algún miembro de la comunidad "proclaman" que los efectos de la muerte del Señor no nos han alcanzado aún e incluso que estamos deshaciendo su obra. En otras palabras, eso no es la Cena del Señor.

* Vv. 27-34: Discernir el Cuerpo

De lo anterior se sigue que, al comer el pan y al beber el cáliz, sin discernir su significado mayor, sus profundas exigencias, sin haber concretizado en su propia existencia la propuesta de Cristo, sin comprometerse todavía más en la permanente donación de sí, en lugar de salvación lo que se recibe es la propia "condena".

En todo esto se juega algo muy serio porque "el que come del pan o bebe de la copa del Señor sin darles su valor, tendrá que responder del cuerpo y de la sangre del Señor" (11,27). Se impone, por tanto, la exigencia de "discernir el cuerpo del Señor" (11,29), el cuerpo del Señor (su vida y su entrega) presente en el símbolo del pan y del vino y el cuerpo del Señor presente en todos los que, al comer el pan y beber la sangre, forman un solo cuerpo. Comulgar con Cristo es, al mismo tiempo, recibir a todos los miembros de Cristo y la solidaridad entre los miembros del cuerpo es el fruto mayor de la eucaristía. Tú eres lo que recibes, como diría san Agustín. Recibes el cuerpo de Cristo y eres el cuerpo de Cristo.

Y J. RATZINGER[40] cita a Guillermo de Saint-Thierry: "Comer el cuerpo de Cristo no significa otra cosa que hacerse cuerpo de Cristo".

Eucaristía e iglesia, comunidad y sacramento son inseparables, de ahí la importancia de "discernir el cuerpo" porque quien no lo hace, dice Pablo en una frase durísima, "come y bebe su propia sentencia" (11,29).

Cuál sea esta teología del cuerpo y qué implique "discernir el cuerpo" lo explicitará Pablo en el capítulo 12 de la misma primera carta a los Corintios, en la famosa metáfora del "cuerpo".

A la comunidad de Corinto, dividida por pretensiones de grandeza o de importancia, Pablo sugiere el camino que Dios ha elegido para construir y unificar el cuerpo de la humanidad, llamado a ser cuerpo de Cristo.

Todo creyente debe hacer suya la locura del Dios en que ha creído y que Pablo ha formulado al comienzo de la carta: "lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios; lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte, y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios"[41]. Para los criterios del mundo, esa opción de Dios no tiene sentido, es locura; pero es la sabiduría del evangelio que quiere construir desde los excluidos para integrarlos a todos. Los cristianos de Corinto, al contrario de Dios, desprecian a los pobres y a los débiles. No comulgan con su Dios ni con la obra unificadora de Cristo. Si quieren de veras llamarse y ser cristianos deberán hacer suya la opción de Dios para construir con él la unidad del cuerpo de Cristo. Ese cuerpo es sagrado y esa tarea es también sagrada.

La solidaridad del cuerpo de Cristo exige sufrir en carne propia el dolor, la vergüenza o la marginación del hermano. "Si un miembro sufre, todos sufren con él, si un miembro se alegra, todos se alegran con él"[42].

¿Podemos decir que comulgamos con Cristo cuando mostramos insensibilidad ante el Cuerpo de Cristo? Cuando excluimos a algún miembro del cuerpo no comulgamos ni con Dios ni con Cristo y somos, más bien, instrumentos de desintegración del cuerpo.

Pablo puede concluir su reflexión sobre la teología del cuerpo diciendo: "ustedes son cuerpo de Cristo y cada uno por su parte es miembro"[43]. En ese cuerpo, donde hay variedad de miembros y de funciones, todos deben aspirar al carisma más valioso que es el único que edifica el cuerpo[44]. Porque la iglesia es cuerpo de Cristo y la eucaristía es cuerpo de Cristo, no se puede separar rito y vida, celebración del cuerpo eucarístico y celebración del cuerpo eclesial.

El documento del Vaticano II sobre la vida de los sacerdotes, *Presbyterorum Ordinis*, 6, cita a san Jerónimo en la nota 26 que dice: "¿Qué sentido tiene que las paredes refuljan de piedras preciosas y Cristo muere en el pobre?".

El comer juntos el pan de la vida es constitutivo de la identidad cristiana porque implica la exigencia de vivir juntos y crecer juntos como cuerpo de Cristo. Ser cuerpo de Cristo, exige de nosotros el ser signo y sacramento de fraternidad en el mundo.

Siendo así, el momento de la celebración será el corazón de toda una vida vivida en el signo del compartir y de la fraternidad, en comunión con la persona de Cristo, en sintonía con su propuesta religiosa, con su proyecto de vida. Si esta práctica de la fraternidad, que se evidencia antes que todo en el compartir del pan de cada día, no acontece antes, durante y después de la celebración, con seguridad ya no será la Cena del Señor lo que estamos celebrando.

4. EL ENCUENTRO DE DOS BIENAVENTURANZAS[45]

* Si hemos captado la relación profunda y las mutuas implicaciones entre las descripciones de la multiplicación de los panes y los relatos de la Cena del Señor.

Si hemos percibido la relación profunda y las mutuas implicaciones entre el pan de la eucaristía y el pan de cada día, del que carecen tantos hermanos y hermanas, estamos seguramente en condiciones para comprender otra profunda ecuación y otras tantas mutuas implicancias entre

las dos versiones de las Bienaventuranzas, que encabezan, respectivamente, en Mateo el Sermón de la Montaña, y en Lucas el Sermón del Llano, especialmente entre las dos versiones de la bienaventuranza que se refiere al “hambre”:

1 Lucas, el evangelista social por excelencia, atento y sensible a las situaciones concretas que marcan negativamente la vida de los pobres, de los marginados de la sociedad, en el suelo chato de la llanura, entendió a Jesús decir sencillamente así: “Bienaventurados los que tienen hambre ahora, porque serán saciados”.

1 Mateo, el más espiritual de los Sinópticos, más preocupado con las disposiciones interiores, las motivaciones profundas de los corazones de los creyentes, en lo alto de la montaña, entendió a Jesús hablar seriamente así: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados”.

* La confrontación de estas dos versiones de las palabras del Maestro nos lleva a un cuestionamiento inevitable:

<THORN> ¿Será que la Bienaventuranza de Lucas, que se refiere al hambre del pan de cada día, no está en relación con la de Mateo, que habla del hambre de justicia, así como los relatos de la multiplicación de los panes están en relación con las narraciones de la Cena del Señor?

<THORN> ¿Cómo es posible que falte el pan de cada día en tantas mesas, allí donde tanta gente se alimenta del pan de la eucaristía?

<THORN> ¿Será que, al alimentarse del pan de la Cena del Señor, unos pocos satisfechos y hartos no se dan cuenta del pan de cada día que falta en la mesa de la mayoría?...

<THORN> ¿Será que pueden seguir comiendo y hartándose, sin importarles el hambre de tanta gente a su alrededor, por el hecho de alimentarse del pan de la justicia, sin hambre de justicia?

<THORN> ¿Podrá haber un día pan en todas las mesas, de manera que se satisfaga completa y definitivamente el hambre de los pobres, si no hay hambre de justicia en los corazones y una voluntad eficaz de compartir, voluntad celebrada y asumida solemnemente en el acto de comer el pan de la Cena del Señor?

5. EL PUNTO DE VISTA DE JUAN[46]

* Cuando aquel niño entregó generosa y despreocupadamente sus cinco panes y sus dos pescaditos (v. 9), en la simplicidad de su gesto estaba aconteciendo algo eminentemente grande, se desencadenaba un mundo de energías positivas.

El hambre de la multitud, el hambre de los pobres se encontraba con el hambre de justicia en el corazón de aquel niño, un corazón todavía exento de ambiciones y egoísmos.

Era el encuentro de las dos Bienaventuranzas, la de Lucas y la de Mateo.

* Y era precisamente esto lo que Jesús hubiera gustado que todos entendieran y practicasen: en lugar de ir en pos de “salvadores de la patria” (v.14-15), que dejan al pueblo humillado en la vergüenza de la mendicidad o acomodado en la insensibilidad de la avaricia, dependiente o descomprometido, sin dignidad o sin solidaridad, cada uno tendría que poner lo poco o lo mucho que tiene a disposición de todos.

* La multitud, sin embargo, vio la señal, pero no entendió el significado. Llenó la barriga, pero siguió con la mente cerrada y el corazón vacío. Comió del pan, pero no entendió el secreto de la multiplicación (v. 26).

* De ahí la necesidad de alimentarse de otro pan, aquel pan que les hará asimilar la misma justicia del Hijo del Hombre y les comunica una vida celeste ya en la tierra (v. 27.33.51.56-57), y los hará así verdaderos hijos e hijas de Dios (v. 44-50), capaces de realizar en sus vidas el

amor de Cristo que se dona, en el compartir de los bienes, en la alegría de la multiplicación y de la fiesta.

* Es la misma experiencia que hemos encontrado gustosamente retratada por Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles (2,42-47 y 4,32-35), donde, como vimos, el “partir el pan” de la Cena del Señor y el compartir el pan de cada día están íntimamente vinculados.

Seguramente, fue recorriendo estos caminos de fe y amor eficaz que la sabiduría popular llegó a percibir que “lo poco con Dios es mucho y lo mucho sin Dios es nada”.

6. OBSERVACIONES PEREGRINAS... CUESTIONAMIENTOS FINALES

* Sacramento de amor

Según una terminología muy querida por la gente de mi generación, el pan eucarístico está ciertamente impregnado de las virtudes y de las exigencias del único mandamiento verdaderamente querido por el corazón de Cristo, el mandamiento del amor fraterno:

que os améis los unos a los otros

como yo os he amado»[47].

alguno que posee bienes del mundo, ve a su hermano que está necesitado

y le cierra sus entrañas,

¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?

Hijos míos,

no amemos de palabra ni con la boca,

sino con obras y según la verdad»[48].

* Misterio de la fe

Como se proclama solemnemente desde la antigüedad en el corazón de la oración eucarística, el sacramento del pan compartido pone en evidencia las exigencias más urgentes de la misma fe, la cual, para ser auténtica, según el apóstol Santiago, tiene que expresarse en acciones y, antes que todo, a través de la solidaridad con los necesitados, en el compartir del pan de cada día:

¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: , si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: , pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta.

Y al contrario, alguno podrá decir: [49].

* Padre nuestro = Pan nuestro...

¿No habrá sido por todas estas razones que la única oración enseñada por Jesús a sus discípulos y repetida en coro solemnemente por la asamblea eucarística inmediatamente antes del acto de compartir el pan consagrado, nítidamente dividida en dos partes, comienza la primera invocando a Dios como Padre Nuestro y comienza la segunda implorando el Pan Nuestro?[50].

¿Tiene derecho de llamar a Dios como Padre quien, al comulgar, al compartir el pan de la Cena del Señor, no viene de una experiencia efectiva de compartir el pan de cada día... quien no se dispone a una generosidad cada vez mayor para con los hermanos, generosidad por lo menos tan grande cuanto el don del Padre?...

* La Cena de Juan y la Cena de los Sinópticos se completan...[51]

¿Por qué será que Juan curiosamente omite en su relato de la Cena el gesto y las palabras de la entrega del pan y del vino, como sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo, con el mandamiento de repetirlo en su memoria?...

¿Por qué, en lugar de esto, Juan es el único que describe, y con impresionante abundancia de detalles, la escena del lavado de los pies?....

No logro encontrar una única respuesta para esta intrigante cuestión:

solamente entenderemos el sentido práctico y concreto del compartir el pan y el vino en la cena del Señor, si lo colocamos en paralelo con el gesto de lavar los pies...

sólo comprenderemos el alcance real del “haced esto en conmemoración mía”, si escuchamos este mandamiento, más allá de la simple tradición de un ritual, por importante que parezca ser, en relación con el gesto-parábola-mandamiento del Señor, cuando concluye:

.

* Dos preguntas para nuestro caminar

<THORN> ¿Cómo evaluar nuestras celebraciones eucarísticas dominicales y hasta cotidianas: no habrá una inflación ritual para camuflar la pobreza o hasta la inexistencia de una práctica efectiva de la fraternidad, del compartir solidario del pan de cada día?

¿Cómo rescatar el carácter eminentemente profético de la celebración de la Cena del Señor en este contexto de exclusión, de hambre y de miseria en que vivimos?

[1] Juan Pablo II, Puebla, 1979

[2] Lc 24,13-35

[3] Mt 14,19; Mc 6,39-41; Lc 9,14b-16; Jn 6,10-11

[4] 1 Co 11,23

[5] Hch 2,42-47

[6] Hch 2,42

[7] Hch 2,46

[8] Hch 3,1

[9] Hch 4,24s

[10] Hch 10,41

[11] Lc 24,35

[12] Hch 2,44

[13] Hch 4,32

[14] Hch 10,28

[15] Hch 6,1

[16] Hch 15,5s

[17] Hch 2,44-45

[18] Hch 4,34

[19] Hch 2,44 y 4,34

[20] Hch 4,32

[21] Lc 22,27, Jn 13,16

[22] 1 Co 11,17-34)

[23] Lc 22,27

[24] Lc 14,11.13

[25] Hch 6,1

[26] 1 Co 1,9

[27] Jn 11,52

[28] 1 Co 1,11.13

[29] 1 Co 1,13 y 12,13

[30] 1 Co 8,11

[31] 1 Co 8,13 y Rm 14,3

[32] 1 Co 1,26

- [33] 1 Co 10,16-17
- [34] 1 Co 17-22
- [35] 1 Co 17, 23-26
- [36] 1 Co 17, 27-34
- [37] Hch 2,44-47
- [38] Jn 16,12-15; 14,26
- [39] Jn 3,16 y Rm 8,32
- [40] J. RATZINGER. El nuevo pueblo de Dios, Herder p. 243
- [41] 1 Co 1,27.28
- [42] 1 Co 12,26
- [43] 1 Co 12,27
- [44] 1 Co 8,1 y 13,1-13
- [45] Mt 5,6 y Lc 6,21
- [46] Juan 6
- [47] Jn 15,12
- [48] 1 Jn 3,17-18
- [49] St 2,14-18
- [50] Mt 6,9.11
- [51] Jn 13,1-17

RUMOR DE DIOS

MARIA Y LA ULTIMA CENA

Pedro Arenas, O. Carm.

I. “¿Dónde estabas, maría?”

¿Dónde estabas, María, aquella tarde,
cuando Jesús quería, con sus amigos,
por vez postrera, comer la Cena, Cena de Pascua?
Cierto es que estabas, romera y peregrina, cerca del Templo,
¿como buena judía?, ¿o como la madre buena, que intuyendo el peligro,
buscabas afanosa, como hacía muchos años, al pequeño perdido?
Dinos, María, ¿verdad que tú sabías que lo buscaban?
¿verdad que El no sabía que lo buscabas?
¿Quién te lo reveló?
¿Acaso un ángel?
¿Volvió el Ángel Gabriel para decirte:
“corre, María, que el Hijo está en peligro”?
¿o fue sólo tu intuición de madre?
Pero en Jerusalén andabas, ¿verdad, María?
Perdona, te pregunto: aquella tarde,
¿dónde estabas, María, aquella tarde?
Porque de algo, seguro, sí que estamos:
si El lo hubiera sabido, si lo hubieras hallado,
con El hubieras compartido la Cena,
o acaso, ¿te lo hubieras llevado?
¿Dónde estabas, María, aquella tarde?

.....

Yo estaba, sí, y lo estaba buscando,
yo lo sabía, porque una espada,
comenzaba con fuerza a traspasarme el alma.
Yo lo sabía. Las madres no necesitan que les digan
si el alma del hijo está agitada,
o su vida en peligro.

Y sabía dónde estaba,
sabía dónde estaba, pero yo no quería
que ninguno me viera.
Bastante ya tenía mi Jesús con la pena
de estar con los amigos en la Última Cena,
bastante ya tenía con la traición de Judas;
yo le había dicho que dudara de ese hombre
que la última vez que pasó por mi casa
no me miró a los ojos, ni pronunció mi nombre.
Bastante ya tenía con la cruz que llegaba,
la cruz que había soñado de pequeño
y cuando la pensaba,
turbado buscaba refugio acá en mi seno.
Yo estaba, sí, pero sólo quería,
sin que me viera, sin pronunciar palabra,
estar junto a la cruz cuando la lanza le rompiera el costado
y a mí la espada entera me traspasara el alma.

II. “¿Tú, qué sabías, maestro?”

¿Tú, qué sabías, Maestro, aquella tarde?
¿sabías que María te buscaba?
¿sabías que tu madre se escondía,
para que no la vieras conmovida y llorosa,
pues sólo pretendía acompañarte,
de lejos y en silencio,
agravando su pena, sin aumentar la tuya?
Cuéntanos qué sabías:
¿sabías de su angustia,
o acaso la tuya era tan grande
que no te daba campo
para pensar en ella?
Si te hubiera encontrado, o si la hubieras visto,
¿qué sentimiento te habría sobrecogido?
¿el temor de que a ella también le hicieran algo?
¿aumentado tu miedo?
¿aliviada tu angustia?
¿vergüenza al sentirte descubierto,
por ella, tan decidida y fuerte como siempre,
y tú tan decidido pero también tan frágil?
Y una pregunta más:
Maestro, ¿la hubieras invitado?, ¿era cosa de hombres?
La que estuvo contigo en tantas Pascuas,
¿no podía acompañarte en la Última Cena?

.....

Yo todo lo sabía...casi todo.
Que la terrible hora había llegado,
sabía de la traición,
el beso de Judas me quemaba,
por el Gólgota había paseado,
había contemplado el lugar del patíbulo,
y había repasado muchas veces
ese discurso largo para la despedida.
Y entre los tantos gestos para mostrarse humildes,
pensé en las ocasiones que mi madre
lavándome los pies me los besaba.
Sabía exactamente lo que es sentir el miedo
y el sentirse cansado.
Sabía que en unas horas todo habría terminado,
sabía que mi Padre no cambiaría el designio,
y estaba, sí, agitado y enormemente triste!

Yo todo lo sabía...casi todo.
Sabía de soledad, de desaliento,
y en la agonía de este último envión
me sostenía la confianza en mi Padre
y el recuerdo de mi madre María.
Que ella me pensaba, lo sabía!
Que me extrañaba, lo sabía!
Que me esperaba... ¿cuándo no me esperaba? lo sabía!
y si quieren saberlo, no la hubiera invitado!
¿quién invita a la muerte?
Pero que me buscaba entonces...no lo sabía!
Que no quería mostrarse...no lo sabía!
Que no quería que yo la viera...no lo sabía!
Pero por otra parte, yo la sentía conmigo,
la sentía presente, preparando la mesa y esperando

a que entregara el cuerpo como ella lo había hecho,
como me había enseñado,
cuando dijo que sí y fue toda de Dios y toda nuestra,
cuando me dio su cuerpo para que yo pudiera
ser el "Dios con nosotros":
Mi madre sí que estaba en la Cena!

III. "Y ustedes, discípulos, ¿qué hacían?"

Y ustedes, discípulos, qué hacían?
¿qué hacían aquella tarde?
¿Intuían, más allá de la fiesta, la tragedia cercana?
¿La cara del Maestro era la misma? ¿De veras la miraban?
Era la vez primera que celebraban juntos a la sombra del Templo,
en la Jerusalén de las promesas, la capital sagrada,
¿ por sus mentes pasaba que esa Cena, era la Última Cena?
¿ O era mejor libar y el no ser inculcados de traidores?
¿Verdad que no entendían las palabras ni el signo?
¿Verdad que nunca dieron importancia al discurso
de cruces y de muertes y de resurrecciones?
¿Verdad que en el camino de Jesús a la muerte,
ustedes discutían quién sería el primero?
¿Verdad que en esa Cena comieron y bebieron,
pero sin entender y embotados de vino,
en vez de orar con Jesús en la hora del huerto,
bien pronto se durmieron?
¿Verdad que se escondieron?
¿Verdad que las promesas de seguirlo,
fueron sólo palabras que las borró su miedo?
¿Pensaron en María?
Si la encontraron, ¿qué le dijeron?

.....

Todo fue cierto, sí, y arrepentidos luego lloramos.
El discurso era duro, muchos se retiraban;
y nosotros, discípulos, teníamos miedo,
miedo de preguntar; sólo sabíamos que Él era bueno,
y era tan bueno con el Maestro estar...
nos sentíamos grandes, con Él no éramos pobres,
muchos nos envidiaban
y a nosotros el sentirnos famosos nos gustaba.
Nunca entendimos claro lo del viaje a la muerte:
acostumbrados a sus historias y a sus parábolas,
pensamos ingenuamente que esas palabras
no eran más que otro ejemplo.
Pero el pan de esa Cena...y ese vino, quemaban.
Fuimos cobardes. Desde la multitud callábamos.
De todos sólo uno arriesgó con María.
La vimos desde lejos y corrimos en dirección contraria..
Se quedó sólo uno...
Huimos en la prueba. Avergonzados,
perdida la esperanza, nos sentimos perdidos.
Pero venció a la muerte y fueron las mujeres
las primeras que vieron el sepulcro vacío.
Allí estaría María.
Nosotros, poco a poco, nos fuimos transformando.
El no tuvo reproches.
Con ella, con María, recibimos la fuerza
de su Espíritu Santo y, convertidos,

nos hicimos testigos.
Esto es lo que hacemos y eso fue lo que hicimos.

IV. ¿Y de nosotros, qué?

¿Y de nosotros, qué?
Ya sabemos la historia de la Última Cena:
dónde estaba María, lo que sabía el Maestro,
lo que hacían los discípulos.

¿Y de nosotros, qué?
Hoy también el Maestro está presente,
porque su sacrificio fue único y por siempre.
Hoy se ha actualizado ese momento
en nuestras coordenadas tan diversas,
en nuestra historia y en nuestro templo.

¿Sabemos lo que hacemos?
Si entendemos, como María "la ausente",
la gravedad del momento,
presurosos, acabada la Cena,
¿vamos para Getsemaní y para el Calvario?
O terminada, ¿saldremos inconscientes
a dormir y a escondernos?

Se trata de arriesgar, porque el Maestro
agoniza en la cruz vilipendiado,
y la dignidad que le queda es la presencia
de su madre María, otras mujeres,
y del discípulo "al que más quería".
Actualizar la Cena es compromiso
con los nuevos crucificados de la historia,
presencia firme ante las nuevas cruces,
con generosidad rayana en el martirio.
Actualizar la Cena es estar con María
en actitud valiente y silenciosa,
ante el dolor, misterio de pobreza,
fuente de salvación y nueva vida.

Allí estabas, María: no habría Cena sin ti. El te sentía.
Tu presencia, más real que la de todos los discípulos,
fue la fuerza ejemplar que sostenía al próximo a morir.
Tu bebiste del cáliz, con El, gota por gota.
Tú que le diste cuerpo de tu vientre,
en tu regazo volviste a recibirlo,
hoy hecho muerte ...y tres días después, RESURRECCIONES!

CARTA PASTORAL
DIÓCESIS DE QUIBDÓ – PASCUA 2002

**CREYENTES EN DIOS
Y FIELES AL PUEBLO**

1. SALUDO

Me dirijo a los pueblos indígenas, negros y mestizos en el territorio chocoano y en el Atrato antioqueño, a sus hombres y mujeres, a los que viven en sus fincas, en las cabeceras, en poblados a orillas de los ríos y en los barrios de la ciudad, a todos aquellos que padecen los horrores de la guerra y la cercanía de la muerte, pero que confían en el Dios de la Vida y creen en un futuro de paz.

En el poco tiempo que llevo aquí, he podido recorrer este territorio con los ojos muy abiertos y, estrechando las manos, he conocido la bondad y la sencillez de todo el pueblo. He visitado casi toda el área de la Diócesis. Empiezo a conocer los ríos y los pueblos, las organizaciones y sus líderes, los cabildos indígenas y los consejos comunitarios, las parroquias y los barrios. He disfrutado de su música, de sus comidas y he compartido su espiritualidad.

Aprovecho este tiempo de Pascua para compartir con todos Ustedes esta carta pastoral, para afirmar lo que como chocoanos vivimos, como cristianos creemos y como Diócesis soñamos. Recuerdo que la pasión y la muerte de Jesús, y con él la de todos los fieles, cobra pleno sentido cuando celebramos el triunfo final de la vida en la Resurrección.

2. EL SUFRIMIENTO DEL PUEBLO CHOCOANO

Con ocasión de la Asamblea Diocesana en el mes de febrero, compartimos entre todos los evangelizadores nuestras preocupaciones y anhelos, para que nuestra acción pastoral sea oportuna, responda de manera acertada a las necesidades del pueblo y las tareas que hagamos sean coherentes.

Nos duele el sufrimiento del pueblo. Parece que la propiedad del territorio de los pueblos indígenas, negros y mestizos está nuevamente en cuestión, al ser objeto de disputa entre los grupos insurgentes y los grandes proyectos económicos y su estrategia paramilitar. Uno y otros se reclaman el derecho sobre este territorio y sus pobladores, unos y otros quieren obligar a la población a tomar partido en la conformación armada, unos y otros, con intereses diversos afirman o niegan el derecho a la vida de quien les place, unos y otros alteran las formas tradicionales de control social, manejo del territorio y formas de gobierno propio.

En esta tensión del conflicto con la inestabilidad propia de los actores armados, donde hoy está uno y mañana el otro, donde las comunidades son sometidas a la restricción de alimentos, combustibles y medicinas y de la libre movilización. Lo más grave es que las mismas fuerzas del Estado se tomen atribuciones fuera de toda legalidad que violan los derechos humanos. Aunque nos encontremos de ipso en una situación de guerra, las normas constitucionales de un Estado Social de Derecho están vigentes y deben ser respetadas. De lo contrario será el mismo Estado el responsable de que como fruto de esta guerra sigan generándose cada vez mayores desplazamientos forzosos.

No debemos olvidar que este conflicto armado es consecuencia de un grave e histórico conflicto social. Más de la mitad de los habitantes de nuestro país viven en la pobreza y varios de ellos padecen una pobreza extrema, porque aumenta el desempleo, porque la privatización empeora los servicios comunitarios, porque se deteriora la educación pública cualificada, la atención en salud no le llega al pueblo y los servicios públicos son cada vez más deficientes por el descuido y la corrupción. En el departamento del Chocó estos indicadores están muy por encima del promedio nacional.

Con la falsa pretensión de querer solucionar el problema de la pobreza, los gobiernos y los grupos económicos buscan imponer un modelo de desarrollo que no es sostenible y atenta contra la soberanía nacional, al conceder sin muchas contraprestaciones a compañías extranjeras, la exploración, explotación y usufructo de nuestros recursos naturales renovables y no renovables. El diseño y ejecución de grandes proyectos de infraestructura y agroindustriales se hacen sin consultas y concertaciones con las comunidades afectadas y para su implantación se recurre a la guerra, la muerte y el desplazamiento, tal como ya está ocurriendo en la región del Bajo Atrato con el cultivo de palma africana. Las comunidades y sus organizaciones nunca se oponen al desarrollo, pero quieren que se tenga en cuenta su propia visión y poder participar en el diseño, ejecución y beneficios del mismo.

Otro peligro que se cierne sobre el pueblo chocoano consiste en la llegada del flagelo del narcotráfico. Aunque insipiente todavía, no tiene territorio vetado ni sufre restricción de movilización de parte de ninguno de los bandos en conflictos, pero sí, en cambio, se constituye en una amenaza a las prácticas productivas tradicionales, a la conservación de los bosques y a la autonomía de los pueblos.

Sabiendo que es el Estado colombiano quien por norma constitucional debe garantizarnos a todos la vida, honra y bienes, constatamos con preocupación el gran número de personas asesinadas en la ciudad de Quibdó que como acciones de la mal llamada "limpieza social" y muertes violentas en el año anterior fueron 87 y en lo que va corrido del año llegan ya a los 35. No menos preocupante es la acción o la misión del mismo Estado que encubre y silencia lo que aquí está pasando. Mientras la impunidad para los casos de violación de derechos humanos siga siendo del 99%, mientras no se aplique la justicia a los que se roban el dinero público y a los que apoyan, financian y participan de las estructuras paramilitares, mientras la población civil siga poniendo la mayor parte de las víctimas en esta guerra, es inaceptable que el Estado, lejos de reconocer su responsabilidad es esta situación desastrosa, quiera lavarse las manos y se presente ante la opinión pública nacional e internacional como otra víctima más en un conflicto aparentemente entre fuerzas al margen de la ley, a las cuales le sería imposible combatir por falta de mayor ayuda militar.

Por otro lado, los grupos insurgentes ponen siempre en duda su carácter político, mientras no renuncien a las prácticas del fortalecimiento y sostenimiento de sus estructuras basadas en amenazas y asesinatos, en secuestros y extorsiones que golpean al pueblo empobrecido al cual pretenden defender y mientras no respeten la vida de la población civil y los procesos de organización social de las comunidades.

La única salida a esta cruenta guerra es una negociación política, que implica necesariamente la voluntad del Estado de reformarse y de legislar a favor del pueblo, la disponibilidad de los ricos para renunciar a ganancias desmedidas y a sus privilegios, la realización de una auténtica reforma agraria, el respeto a todas las etnias del país y el diseño de un modelo de desarrollo que busque la dignidad de todos y el uso racional y sostenible de nuestros recursos naturales.

A nivel mundial vivimos en un proceso que se llama globalización, aprovechado por los grandes poderes del mundo, por las potencias económicas y militares, para establecer dominio sobre todos los pueblos y personas. Esta globalización tiene ideología neoliberal y por eso cada día son más ricos los ricos y más pobres los pobres.

No cabe duda que los hechos del 11 de septiembre en los Estados Unidos han marcado una nueva estrategia y nuevos criterios sociales, nada evangélicos, porque a partir de ese momento la globalización neoliberal ha puesto el terrorismo como tema para intervenir, hacer presencia o declarar la guerra a cualquier nación. El terrorismo siempre ha existido y son muchas las clases de terrorismo, ninguno de ellos ni más bueno ni menos malo. Son lo mismo el terrorismo militar, como el terrorismo económico y el terrorismo político. Recordemos que también es terrorismo el que ejerce este sistema "capitalista salvaje" que mata a millones de seres humanos al negarles el derecho al alimento, al agua, al trabajo, a la salud, a la educación, al desarrollo. Nosotros no somos ajenos a esta realidad mundial.

3. NUESTRO COMPROMISO CON LA VIDA

Como Diócesis de Quibdó es esta región de Colombia, afirmamos nuestro compromiso cristiano en el marco de las Opciones Pastorales y desde allí intentamos mirar la realidad y comprenderla. Toda nuestra labor no tiene otro fundamento distinto al que encontramos en la Palabra de Dios. Forjamos un proyecto de vida para ser hombres y mujeres nuevas.

Por la Palabra sabemos que nuestros lamentos suben hasta Dios, y con el salmista entonamos que “no queda olvidado el pobre eternamente, no se pierde por siempre la esperanza de los desdichados” (Sal 9,19) . Son las súplicas de un pueblo que se deshace ante el acoso cotidiano y agresivo del malvado que “se pone al acecho, por las aldeas, y a escondidas mata al inocente. No pierde de vista al indefenso: como si fuera un león en su cueva espía al pobre desde su escondite, esperando el momento de caer sobre él, y cuando lo atrapa, lo arrastra en su red. Se agacha, se encoge, y caen en sus garras los indefensos” (Sal. 10,8-10)

A pesar de tanta muerte nuestros pueblos encuentran fortaleza para continuar su vida y trabajo en Jesús de Nazaret, nuestro hermano mayor, que nos invitó a participar de su Reino de Justicia y verdad, desenmascaró los poderes de este mundo y anunció la paz para el mundo: “dichosos los que trabajan por la paz, por que a esos los va a llamar Dios hijos suyos” (Mt. 5,9)

Nos comprendemos como Iglesia pueblo de Dios, cuyo misterio fundamental es el servicio, a ejemplo de Jesús de Nazaret “que no vino a ser servido sino a servir y para dar su vida en rescate de todos” (Mc. 10,45). En este sentido participamos de las peticiones de perdón que con motivo del Año Jubilar de la Iglesia hiciera al mundo, en que reconocemos que como Iglesia perdemos nuestra identidad y misión siempre que en la historia nos hemos aliado con las personas o estructuras que tienen el poder. Por eso hoy reafirmamos que nuestra acción pastoral no es para construir o buscar poder, no es para legitimar a uno u otro grupo, no es para reemplazar la voz de los que han sido de ella despojados. Los cristianos hoy mejor que nunca debemos entender que nuestra misión es la construcción del Reino de Dios, que no es otro mundo, sino este mismo pero totalmente otro. Nuestra tarea es esfuerzo permanente para que los pueblos y las personas “tengan en abundancia” (Jn. 10,10)

Es tarea cristiana la preocupación especial por la vida amenazada o el peligro, como lo expresa el Papa Juan Pablo II en su mensaje de cuaresma de este año: “el mundo valora las relaciones con los otros en función del interés y el provecho propio, dando lugar a una visión egocéntrica de la existencia, en la que demasiado a menudo no queda lugar para los pobres y los débiles. Por el contrario, toda persona, incluso la menos dotada, ha de ser acogida y amada por sí misma, más allá de sus cualidades y defectos. Más aún, cuanto mayor es la dificultad en la que se encuentra, más ha de ser objeto de nuestro amor concreto. Este es el amor del que la Iglesia da testimonio a través de innumerables instituciones, haciéndose cargo de enfermos, marginados, pobre y oprimidos. De este modo, los cristianos se convierten en apóstoles de esperanza y constructores de la civilización del amor”.

Sin embargo, nuestra acción nunca podrá pasar por encima de la acción que los mismos pueblos deben hacer. En esta hora nadie puede reemplazar la voz de los pueblos del Chocó y sus legítimas organizaciones étnico territoriales, los sindicatos, ahora más que nunca levanten su voz, expresen su proyecto de vida, el país que quiere construir. Por que nadie puede hacerlo mejor que ellos mismos.

Somos testigos de los deseos de vida y paz y no de muerte y guerra que tiene la inmensa mayoría de los chocoanos. Al lado de cada uno que se levante y exprese su palabra, allí estará la Diócesis de Quibdo, caminando codo a codo, acompañando, luchando, orando, resistiendo, y apoyando. Como lo expresaron los Obispos latinoamericanos, la profecía es el anuncio de la vida, así como también es la “denuncia donde opera el misterio de iniquidad, mediante hechos y estructuras que impiden una participación más fraternal en la construcción de la sociedad y en el goce de los bienes que Dios creó para todos” (Puebla 267). Pueden tener la certeza que seguiremos siendo profetas al lado de las víctimas de toda represión e injusticia, desde una posición nada neutral sino profundamente solidaria con la autonomía proclamada por los pueblos indígenas, negros y mestizos.

Es el tiempo donde irrumpen los pueblos con su rostro y su palabra. Por eso hoy se construyen redes, en sentido horizontal, que permiten establecer contacto y relación entre organizaciones

y entre pueblos. Por eso seguimos apostándole a procesos como el de Solidaridad Chocó, donde las organizaciones y comunidades del Chocó se encuentran, respetan las diferencias y unen voluntades, proyectos y sueños.

4. EL FUTURO ES DE LOS PUEBLOS

Ya existe la conciencia de que la globalización neoliberal va por mal camino. Afortunadamente, hoy se extiende por todo el mundo la esperanza, la solidaridad, el reconocimiento de las diferencias, la ternura de los pueblos. Esta globalización tiene sus cimientos en una economía al servicio de los seres humanos y en un modelo de desarrollo alternativo, que afirma que otro mundo es posible, o como dice el capítulo final del Nuevo Testamento: “un cielo nuevo y una tierra nueva” (Ap. 21,1). Al menos así lo han expresado quienes se van congregando en torno al Foro Social Mundial y al Movimiento Antiglobalización, que clama por una condonación de la deuda externa y una redistribución de las riquezas.

Esta esperanza toma rostros y nombres en el Chocó. A pesar de tantas dificultades los pueblos indígenas, negros y mestizos, han resistido y han creado formas para sobrevivir. Y aún más, viven con alegría e ilusión. Eso nunca podrán quitárselo a ningún pueblo, porque está en el interior de cada uno, en la conciencia colectiva y en el recuerdo y práctica de las tradiciones. De esa alegría e ilusión damos fe y testimonio. Ante cada nuevo acecho de la muerte, los pueblos crean múltiples formas de organizaciones y servicios, formas inimaginables de resistencia, todas ellas bendecidas por la vida.

Pasado el tiempo de Semana Santa, que nos invitó a recorrer el camino de la cruz y la Resurrección, este tiempo de Pascua es el momento oportuno para que en cada comunidad y pueblo pensemos que la fuerza de salvación y liberación procede de Jesucristo, para manifestarse en las acciones de nosotros mismos. Por eso debemos renunciar a la espera de falsos mesías capaces de solucionar todos nuestros males. El pueblo debe seguir expresando su inconformidad y fortalecer sus organizaciones de base y movimientos cívicos, discutir y asumir los reglamentos de control social, manejo territorial y convivencia pacífica, defender las experiencias comunitarias de salud y producción, en fin, defender la autonomía.

Es necesario que soñemos, construyamos y apoyemos en el sector urbano distintas formas organizativas que capten y canalicen el descontento social del pueblo y sus anhelos de una nueva sociedad. El ámbito urbano se constituye siempre en un desafío máximo para el Chocó, que debe ser afrontado con decisión por todas las personas de buena voluntad y mucho más por nosotros como Iglesia.

La Diócesis, hoy más que nunca, hará presencia en cada rincón de nuestra geografía. Estaremos como siempre en las fiestas patronales, en las comunidades eclesiales, en los grupos apostólicos, en la catequesis, en la celebración de la eucaristía y en los sacramentos, en las novenas, yendo y viniendo por los ríos y caminos, por las calles y casas. El derecho a la vida espiritual, con todas sus expresiones, no puede ser negado al pueblo.

5. BENDICIÓN FINAL

Nos bendiga Dios que es Padre y Madre para que encienda nuestros corazones de pasión por la justicia y la libertad. Nos bendiga Jesús, signo del triunfo de la vida, para que su Buena Noticia sea nuestro sendero y para que a pesar de las dificultades podamos dar testimonio de la fe. Y nos bendiga el Espíritu Santo con su sabiduría para comprender estos tiempos y seguir compasivos con los pobres y las víctimas.

Invocamos a la Virgen María, a los Santos y las Santas de nuestra devoción, para que nos acompañen y podamos alcanzar la santidad en nuestra vida. Finalmente, hacemos memoria de Mons. Pedro Grau y Arola, de los mártires del pueblo, para que sus testimonios de vida y entrega nos den el coraje y la fuerza necesaria para continuar en el proyecto de defensa del territorio y la vida y contribuir así a la construcción del Reino de Dios.

+Fidel León Cadavid Marín
Obispo Diócesis de Quibdó

OPCIONES PASTORALES

1. Frente a la angustiosa situación de la vida, tan sutil, abierta e impunemente diezmada de nuestro pueblo indígena, negro y mestizo, marginado y explotado en nuestra Diócesis, y frente a la amenaza de etnocidio a las comunidades negras e indígenas, hacemos explícita nuestra OPCIÓN FUNDAMENTAL POR LA VIDA, como el don supremo que Dios ha dado al ser humano.
2. OPTAMOS POR LOS POBRES Y OPRIMIDOS, predilectos de Jesús, portadores de una vida empobrecida, marginada y siempre amenazada, buscando que ellos sean protagonistas de su propia historia y que sea respetada su dignidad y su vida.
3. OPTAMOS POR UNA EVANGELIZACIÓN LIBERADORA que nos lleve a adoptar los medios y el modo como Jesús evangelizó, anunciando a su Padre, el Dios de la vida.
4. OPTAMOS POR LAS COMUNIDADES ECLESIALES DE BASE, fermento evangélico de vida y modelo de Iglesia renovada.
5. OPTAMOS POR LAS ORGANIZACIONES DE BASE, entre indígenas, negros y mestizos, a fin de que esta vida que peligra se una para afianzar su identidad y sean protagonistas de su historia.
6. OPTAMOS POR LA DEFENSA Y PRESERVACIÓN DEL TERRITORIO y medio ambiente y aprovechamiento racional de los recursos naturales, fundamentales para la vida, y además bien condicionados por interés económicos nacionales e internacionales, frente a los cual debemos tener criterios y posición siempre clara a favor del pueblo.
7. OPTAMOS POR UNA IGLESIA INCULTURADA que rescate, refleje y celebre los valores de la vida del pueblo chocoano en la familia, fundamento del presente y futuro de la sociedad.
8. OPTAMOS POR UNA EVANGELIZACIÓN QUE LIBERE A LA MUJER, quien por ser objeto de discriminación sexual, social y étnica, es triplemente explotada, oprimida y alienada por la estructura social vigente, a fin de que ella, símbolo de vida y portadora de cultura, se convierta en mujer liberadora – como María – y así genere nueva sociedad, desde su ser femenino.
9. OPTAMOS POR UNA IGLESIA ABIERTA A LA ACCIÓN ECUMÉNICA y al diálogo interreligioso, símbolo de la vida que respeta y ama la diversidad.
10. OPTAMOS POR LA DEFENSA DE LOS DERECHOS HUMANOS y de los derechos de los pueblos, al lado de las víctimas de la injusticia, como compromiso profético de nuestra acción pastoral.

MENSAJA FINAL
**4º Encuentro Taller Ecuménico
Latinoamericano de Teología India**

“EN BUSCA DE TIERRA SIN MALES”

1. Desde donde sale el sol hasta donde se oculta, desde el río Bravo hasta Tierra del Fuego, enviados por nuestras comunidades y apoyados por nuestros pastores, nosotras y nosotros, indígenas descendientes de los habitantes originarios dueños de estas tierras, entregadas por nuestra Madre-Padre Dios a nuestros pueblos, entrelazadas nuestras manos y nuestros corazones, nos hemos reunido en torno al mismo fuego-viento del Espíritu, para juntar nuestras palabra en busca de la Tierra sin Males.

2. En este 4º Encuentro Taller Ecuménico Latinoamericano de Teología India, la Tierra sin Mal es el sueño que siempre nos ha dado vida, nos ha puesto de pie, nos ha hecho caminar, nos ha permitido amarrar nuestros pasos, nuestros brazos, nuestra palabra, nuestra fe y nuestra solidaridad.

3. En este caminar somos pueblo con raíces milenarias, descendientes de mujeres y hombres sabios, constructores de paz y de justicia, nosotras y nosotros, retoños y rostros de Dios, hijas e hijos de los pueblos Ava Guaraní, Guaraní, Guaraní Kayowá, Nivaclé, Ayoreo, Awá, Chamacoco, Mby'a, Mby'a Guaraní Tin, Toba-Qom, Tzotzil, Tzeltal, Rarámuri, Chamula, Mayo, Maya, Mizteco, Náhuatl, Zapoteco, Quechua, Kichua, Pastos, Toba Maskoy, Moxos, Guayaro, Toba, Pilagá, Wichí, Kolla, Mapache, Sateré-Mawe, Tariano, Aymara, Cocama, Wanano, Sateré Manes, Guana, Tariano, Puhe'pecha, Maskoy, Guancé, Nasa-Paeces, Emberá, Maytapú, K'iche', Kaqchik'el, Q'eqchi, llegamos a estas tierras de los pueblos Guaraníes, convocados a la búsqueda de la Tierra sin Mal, iniciamos nuestro encuentro pidiendo permiso a quien es Dueña-Dueño de la tierra, para pronunciar nuestra palabra en su presencia, junto con la Palabra Antigua que hemos escuchado de nuestras abuelas y abuelos sobre el sentido de la muerte y el valor de la vida.

4. Somos hijas e hijos de la Tierra, por eso tenemos su color, somos la gente de la cara pintada, del tambor y del penacho; somos de los pueblos que juntan su palabra y fortalecen su corazón entorno al fuego, presencia iluminadora y cálida del Corazón-del-Cielo-Corazón-de-la-Tierra.

5. En estos días hemos vivenciado profundamente nuestra espiritualidad indígena, convidados por las celebraciones de los pueblo guaraníes, de nuestras hermanas y hermanos de la Zona del Cono Sur, de la Región Andina, de las Tierras Amazónicas y de Mesoamérica, saludando al Padre Sol, respetando y besando a la Madre Tierra, purificando nuestras mente y dignificando nuestro corazón, para pronunciar dignamente la palabra teológica de nuestros pueblos sobre quién es Madre-Padre de la vida.

6. La Palabra Antigua, palabra de nuestros antepasados, que nos acompaña en el presente, el mito, es una palabra cargada de sueños y esperanzas, que orienta el caminar de nuestros pueblos a la Tierra sin Mal, a la Tierra Florida. De la tierra nos viene el alimento, de ella brotan las yerbitas que nos curan, de ella brota el agua que nos da la vida, ella es la madre de los árboles y de las piedras y de la humanidad y de todos los seres. Según nuestras tradiciones, lo que nos da la Tierra está destinado a toda la humanidad, en una economía de reciprocidad.

7. La tierra, esta Casa Grande de todos los pueblos de la humanidad, está siendo amenazada, desacralizada y convertida en mercancía, por el pensamiento neoliberal con el que se la daña, contaminando las aguas y los vientos, arrasando bosques, selvas, montañas y a la misma humanidad.

8. Son varias las amenazas que ponen piedras y abren zanjas bajo el caminar de nuestros pueblos. Los malos gobiernos y los poderes de este mundo han hundido a nuestros pueblos en el hambre, la enfermedad, la miseria, han desfigurado nuestros rostros y pervertido nuestros corazones.

9. Este sistema deshumanizante toma distintos rostros agradables y apetecibles, para desviarnos de las huellas que indican el rumbo que nos conducen a la Tierra sin Males. Este sistema es como una zorra que astutamente oculta sus intereses para comernos.
10. Las instituciones y organizaciones del neoliberalismo, que trafican y desvían los bienes que la Madre Tierra destinó a la humanidad, como una serpiente maligna, quieren tragarse el fruto, presente en las niñas y los niños, en las mujeres y los hombres, en las ancianas y los ancianos, poniéndolos en otro estilo de vida, apartado de nuestros pueblos, vacío de valores.
11. Somos concientes del aporte y beneficio de quienes no son indígenas que tiene los mismos anhelos de futuro de nuestros pueblos, y aportan lo mejor de su ser y su sabiduría a fin de cultivar con nosotras y nosotros una Tierra sin Males. Ellas y ellos ciertamente son nuestros mejores aliados.
12. Nuestros mitos nos hablan de las luchas entre el bien y el mal que se producen en nuestras comunidades y dentro de nosotras y nosotros mismos; pero además la Palabra Antigua nos enseña a encontrar estrategias que frenen, encaucen o desvíen todo lo que es maligno para la humanidad.
13. Este encuentro, que se ha distinguido por la presencia activa de muchas lenguas, culturas, espiritualidades y sueños, nos ha demostrado que es posible la unidad de los pueblos, que sí se pueden juntar nuestras creencias en celebraciones ecuménicas que incluyen las diversidades. En este encuentro hemos podido articular nuestros cantos y nuestros esfuerzos comunitarios para seguir tejiendo nuestra historia y continuar caminando juntos por un mañana de vida más plena.
14. Los y las indígenas debemos apropiarnos de las herramientas del sistema. Después de quinientos años de exclusión, para construir nuestro futuro, hemos ido aprendiendo a discernir lo que produce muerte y lo que da vida a nuestros pueblos. Reafirmamos la fiesta como el espacio sagrado y el tiempo divino que nos reconcilia, nos hermana y vivifica nuestro compartir.
15. Nuestros mitos nos recuerdan que usando y desarrollando nuestro idioma acrecentamos nuestros saberes, guiados siempre por los concejos de las ancianas y los ancianos. Con un diálogo fraterno y respetuoso, y con nuestro ejemplo, debemos recuperar a nuestros líderes que han sido cautivados por la seducción del neoliberalismo e invitarles a escuchar nuevamente la voz de sus pueblos, de sus comunidades, de las asambleas, de los concejos de las ancianas y los ancianos.
16. Dios Madre-Padre, Abuelo-Abuela sembró en estas tierras a nuestros pueblos para hacernos florecer. También nosotros cuando sembramos las flores, sembramos la sabiduría ancestral de nuestros pueblos, porque es en la Tierra Florida donde los seres humanos dignificamos nuestra persona, ennoblecemos nuestros corazones; es en esta Tierra Florida donde toda la creación y todos los seres se vuelven preciosos, hermosos, relucientes, verdaderos, abundantes y vivificantes.
17. Reconocemos y agradecemos a quienes fieles a su fe y a la palabra de su Iglesia, acompañan solidariamente nuestro caminar hacia la Tierra Nueva y los Cielos Nuevos.
18. Las y los indígenas manifestamos que el Dios de Jesucristo ha estado presente y ha actuado en nuestras culturas desde siempre. Después nos fue anunciado en el Evangelio. Con él, y con nuestros mártires que dieron la vida por nuestros pueblos, vamos por el camino y en la búsqueda de la Tierra sin Males.

Ykua Sati, Asunción, Paraguay, 10 de mayo de 2002

UN SUEÑO...

LA VIDA RELIGIOSA GUIADA POR EL ESPÍRITU SANTO

H. Blanca Pérez Ortiz, M.M.I.

INTRODUCCION

La acción del espíritu en todo lo creado, es novedad, es realidad y presencia de Dios.

Espíritu que nos hace mirar con ojos nuevos el futuro, que nos da la osadía de soñar expresando a Dios nuestros anhelos...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que guiada por el Espíritu, no haga elocuentes discursos sobre la acogida, sino que ella misma sea acogida y atención privilegiada para aquellos que encuentran más dificultades en su camino de crecimiento y realización humana...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que guiada por el Espíritu acoja con amor a los niños, a los jóvenes, a los ancianos, a los oprimidos y en donde cada hermano tenga sitio...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que esté menos preocupado por la conservación y transmisión de verdades y más abierta a los interrogantes de nuestros contemporáneos...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que no busque tanto el traer respuestas definitivas, cuanto el profundizar los interrogantes...

Yo sueño...

Con una vida religiosa en donde caminar rima con amar y vivir con compartir...

Leyendo los Hechos de los apóstoles sigo tejiendo mis sueños...

1. Hechos 2, 1-13

Yo sueño...

Con una vida religiosa que crea comunión permitiendo al Espíritu el venir a cada miembro cuando ellos están "todos juntos en un lugar". Todos llenos del Espíritu que hace que cada día sea el comienzo de una comunidad nueva...

Yo sueño...

Con una vida religiosa en donde se afirma la identidad de cada miembro, y en donde el Espíritu trae a cada uno de la periferia de sus miedos a la escena central de la resurrección, igual que a los primeros apóstoles que había abandonado a su amigo y maestro se había desalentado y no tenía esperanza y se alzan de nuevo unidos para proclamar su historia...

2. Hechos 2, 32-37

Yo sueño...

Con una vida religiosa donde la presencia transformadora del Espíritu trae maravillas y señales para todo el que observa, tanto como vida transformadas: los que creyeron tenían todas las cosas en común: testimonio por el ser y por el hacer...

Yo sueño...

Con una vida religiosa en la que de verdad se compartan las cosas materiales y en donde no haya ningún necesitado...

Yo sueño...

Con una vida religiosa llena del Espíritu que no seamos egoístas, ni posesivos con lo que tenemos, sino que estemos listos incluso a vender nuestras propiedades en pro del bien común, expresando así el propósito de Dios para una nueva comunidad humana...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que no esté confiada al convento. Que además de pasar juntos orando en nuestras capillas nos reunamos en los hogares para alabar a Dios y partir el pan, siendo así signo importante de la comunión con el Señor resucitado y con nuestros hermanos...

3. Hechos 5, 27-32

Yo sueño...

Con una vida religiosa capaz de desafiar las estructuras sociales y de anunciar el evangelio, aunque este anuncio cree un sentido de inseguridad entre los que no están acostumbrados a que se le cuestione su autoridad...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que impulsada por el Espíritu, de testimonio inequívoco de la resurrección de Jesús. Que ante la rebelión y el rechazo de los que están en posición del poder y privilegio sepa hablar de ella misma en el tiempo presente. "Nosotros somos testigos" y de reafirmar el exacto propósito de su vida...

4. Hechos 6, 1-7

Yo sueño...

Con una vida religiosa que ante las presiones y tensiones de la vida diaria, ejerza el discernimiento en el espíritu y soluciones la amenaza interna a su comunión, buscando el servicio de hombres y mujeres llenos de espíritu y de sabiduría...

5. Hechos 8, 26-40

Yo sueño...

Con una vida religiosa que transformada por el Espíritu vaya esparciendo y sembrando semillas que a su vez transforman: germinan y crecen y se multiplican, aunque esta multiplicación significa sufrimiento y muerte...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que responda con prontitud al Espíritu y se acerque al "carro" de la humanidad que va leyendo su vida sin entenderla, anunciándole la Buena Nueva que la transforma y la convierte en testigo del señor resucitado...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que en cada encuentro despida al hermano lleno de gozo, convertido en testigo que hará impacto en su pueblo y su cultura...

6. Hechos 9, 1-10

Yo sueño...

Con una vida religiosa capaz de ver a cada hombre y mujer como a un hermano, que puede ser lleno del Espíritu Santo y convertirse como Saulo, de perseguidor en heraldo del Evangelio...

Yo sueño...

Con una vida religiosa capaz de lograr la liberación de todas las ataduras y estructuras institucionales cuando ahogan el Espíritu...

7. Hechos 9, 32-43

Yo sueño...

Con una vida religiosa que va diciendo a cada hombre y cada mujer , alcanzado por la muerte, "levántate", devolviéndolo vivo a la comunidad...

Yo sueño...

Con una vida religiosa capaz de moverse y actuar proféticamente en cada masacre, en cada violación de los derechos humanos, en cada destrucción de la vida...

8. Hechos 10, 1-48

Yo sueño...

Con una vida religiosa que guiada por el Espíritu va a cada encuentro convencida de que el Espíritu continúa obrando en y a través de nosotros y nosotras cuando nos relacionamos con otros y somos buscados por ellos, dando y recibiendo, enseñando y siendo enseñados, entendiendo y siendo entendidos, evangelizando y siendo evangelizados...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que permita que el Espíritu la prepare y la libere para encaminarla a nuevas fronteras de misión, confesando con sus actos que "Dios no muestra parcialidad hacia nadie" y que es accesible a todas las personas...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que cree que cuando todos están abiertos al Espíritu, tienen lugares cosas asombrosas, porque El se anticipa a entrar en el corazón del otro...

Yo sueño...

Con una vida religiosa convencida de que cuando la gente preparada para superar fronteras culturales en sinceridad con el Espíritu, la misión de Dios en Cristo avanzada...

Yo sueño...

Con una vida religiosa capaz de alcanzar a las personas de su vecindario que son “diferentes” en cultura, religión o de cualquier otra forma, para ser un testimonio del amor inclusive de Dios hacia todas las personas...

9. Hechos 15, 1-29

Yo sueño...

Con una vida religiosa que en el contacto con otras culturas, con hombres y mujeres diferentes, está convencida de que la “ley es un yugo inaguantable” cuando congela la vida y mata el amor. El Espíritu siempre guía a la “koinonia” (comunidad, compartir en el Espíritu)...

10. Hechos 16, 11-24

yo sueño...

Con una vida religiosa que discierne los elementos de cada cultura, adoptando una posición inflexible en algunos asuntos de liberación, justicia y dignidad humana, prometiendo plenitud de vida en Cristo...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que crea nuevos patrones de relaciones entre hombre y mujeres y extranjeros, que desafía y transforma las estructuras de esclavitud llevándonos a nuevas relaciones y uniéndolos a una nueva comunidad de amor...

Yo sueño, yo sueño...

Con una vida religiosa tan llena del espíritu que pueda repartir dones y decir con el poeta cubano, Nicolás Guillén:

“Ardió el sol en mis manos, que es mucho decir.. Ardío el sol en mis manos y lo repartí, que es mucho decir”.

Y sigo soñando que se hacen realidad mis sueños

**CONFEDERACION
LATINOAMERICANA
DE RELIGIOSOS – CLAR**

Denuncia Pública

Bogotá, Mayo 14 de 2002

"Bienaventurados los que tiene hambre y sed de Justicia...
los que trabajan por la paz...
los perseguidos por practicar la justicia
porque a ellos les pertenece el Reino de los cielos".
Cfr. Mt 5, 1-10

La Confederación Latinoamericana de Religiosos, CLAR, atónita frente a lo sucedido en la Comunidad de Bojayá, donde tantos hermanos nuestros, entre los cuales muchos niños, el pasado 2 mayo murieron víctimas inocentes, en la Iglesia en donde se habían refugiado, buscando un lugar seguro para que sus vidas no corrieran peligro; acompaña con dolor a la Comunidad sufriente del Chocó.

Al expresar nuestra solidaridad lo hacemos en nombre también de todas las Conferencias Nacionales de Religiosos y Religiosas de América Latina y el Caribe que unidas en la oración piden al Dios de ternura y misericordia que mire compasivo tanto sufrimiento y a tanto dolor injusto del que es víctima este pueblo sufrido y pobre.

Denunciamos la actitud del Estado Colombiano por el olvido al que tiene sometido a estas poblaciones y por su omisión al no evitar esta tragedia anunciada, al no evitar el genocidio de niños y pobladores inermes en este rincón olvidado de Colombia y acallar ante la permisividad en el actuar de los paramilitares.

Denunciamos la actuación de los paramilitares al tomar a la población civil como escudo. Denunciamos a las FARC por este ataque contra la población civil, por esta actuación inhumana y lamentamos profundamente la muerte de estas nuevas víctimas inocentes de la confrontación armada.

Denunciamos el atropello que cometen todos los actores armados que en su accionar, involucran a la población civil y no respetan los espacios comunitarios y de habitación.

Nuestro deseo es que éste crimen tan horroroso no se quede impune y nos unimos a todas las fuerzas vivas del país para clamar justicia por aquellos a quienes se les están negando los más mínimos derechos a que puede aspirar un ser humano: Vivir en paz junto a sus seres queridos. Se ha perdido todo sentido de humanidad y de búsqueda de la justicia y la paz. Ningún acto deshumanizador justifica la imposición de unos contra otros. Queremos unir nuestra voz a la suya y a la de tantos colombianos y colombianas que desean la paz. "¡Basta ya de atropellos, sólo Dios es dueño de la vida!" .

H. Carmen Margarita Fagot, rscj
Presidenta de la CLAR.

VARIOS

ECOS DEL CAMINO DE EMAÚS

Chile

En esta etapa se hizo memoria, fue una mirada a nuestra historia personal, comunitaria y congregacional. Miramos los grandes y pequeños hitos que fueron configurando nuestra vida religiosa chilena. Sin duda el Concilio Vaticano II fue un acontecimiento que remeció a la Vida Religiosa y desde allí hubo una búsqueda intensa y lo que fue esbozándose fue a partir de la escucha del Espíritu. Medellín y Puebla en nuestro continente latinoamericano dio una motivación sugerente que fue empujando hacia la periferia, haciendo salir de los conventos y obras abriéndose al mundo y cada uno en su originalidad en fidelidad creativa.

El fruto que nos dejó esta etapa es que en distintos niveles se fue viviendo y en algunos casos todavía se está revisando según el compás de cada congregación, se compartió en la segunda jornada realizada por el equipo animador de Conferre y parte de su sentir lo exponemos en las páginas siguientes.

El equipo animador ha hecho una muy buena evaluación de lo vivido, ya que además varias congregaciones solicitaron a algún miembro del equipo para que les ayudara a nivel congregacional a comenzar este proceso. Asimismo varias zonales solicitaron el apoyo del equipo para animar a los religiosos y religiosas de provincias, constatando las dificultades que se dan para que llegue la información y animación desde sus propias congregaciones. Comprendemos que muchas congregaciones no se han integrado al proceso por distintas realidades de su proceso institucional, pero las invitamos a la 2ª etapa para juntos y juntas hacer hoy "El camino de Emaús".

El Salvador

Desde la propuesta del "Camino de Emaús" que la CLAR nos ha hecho, podremos vivenciar más profundamente la experiencia del Resucitado, que "devuelve" sentido y valor a nuestras opciones y compromisos. Este debe ser el centro de esa "refundación" que se nos está proponiendo. Nos toca entonces hacer, personal y comunitariamente, ese "camino pascual" que algunas veces hemos descuidado.

Puerto Rico

Hemos emprendido el camino hacia Emaús. Ya vislumbramos la mesa puesta y sobre ella la cena caliente esperando por los caminantes. Las sillas a su alrededor aguardando impacientes a los convidados. Y nosotros, saboreando las palabras de Jesús, ya presentimos el milagro que se va fraguando paso a paso, mientras la conversación se prolonga y el día se encamina a su reposo.

Muchas cosas Jesús nos va diciendo por el Camino. Algunas no son novedades. Ya, alguna vez, las oímos. Otras son un renuevo que despunta inesperadamente sobre algún costado de nuestro tallo envejecido. Como nos dice el evangelio: el hombre sabio es como el padre de familia que sabe sacar de su baúl cosas nuevas y cosas viejas.

Con la presencia de Jesús el tiempo pasa y no nos damos cuenta, el cansancio se retrae y las fuerzas aumentan. Casi inesperadamente nos encontramos frente la puerta, tras la cual nos espera la mesa y el pan. ¿Cuál será la luz que en la fracción del pan el resucitado encenderá en nuestros ojos?

Finalmente, para concluir este trecho del Camino, nos habla de ese tema fascinante de los signos de los tiempos, evocando en cierta forma el regaño que les diera a los fariseos por no

saber leer los signos de su época. Así también, hoy nos pregunta lo mismo. Ignacio Madera, Teólogo Asesor de la Presidencia de la CLAR, procura satisfacer la inquietud de Jesús.

Pero ya es tarde, la noche se despliega, entremos y sentémonos a la mesa.

INFORMES DE LAS CONFERENCIAS

Conferencia Cubana de Religiosos

A LOS SUPERIORES GENERALES Y PROVINCIALES DE LAS CONGREGACIONES RELIGIOSAS PRESENTES EN CUBA

La Habana 1 Mayo de 2002

Queridas(os) hermanas(os):

Desde hace unos años ha sido inquietud de nuestros pastores, de los Superiores Mayores y Formadores el tema de la formación inicial en Cuba. En septiembre de 2001 hemos tenido un encuentro los Superiores Mayores y Formadores con el tema: "Formación inicial: ¿en Cuba? ¿fuera de Cuba?. Compartimos las experiencias de formación de las distintas Congregaciones presentes en Cuba, los caminos emprendidos, sus aciertos y desaciertos y hoy queremos presentar a Uds. las concreciones que hemos podido encontrar juntos y que han sido redactadas por un equipo de formadores escogido por los participantes a quienes se les confió esta tarea.

Con la esperanza de que sea acogida y compartida nuestra preocupación y seamos capaces de dar juntos(as) los pasos necesarios hacia una consolidación de nuestras estructuras formativas queda de Uds. muy agradecida

DIRECTIVA CONCUR
Hna. Inés Ma. Llerandi rjm
Presidenta

Conferencia Cubana de Religiosos

A TODOS LOS SUPERIORES Y SUPERIORAS MAYORES DE LAS CONGREGACIONES RELIGIOSAS QUE TRABAJAN EN CUBA

Queridos hermanas y hermanos:

Durante muchos años ha prevalecido en el sustrato más íntimo de la vida de la Iglesia, de sus pastores y de nuestras congregaciones religiosas, la preocupación de que la formación de los candidatos y candidatas a la Vida Religiosa se realice en el marco cultural, eclesial y congregacional del país de origen.

En Cuba el vivir tratando de solucionar los problemas más inmediatos, y el tratar muchas veces de dar respuesta a problemas primarios que se nos imponen, nos han impedido en ocasiones una reflexión profunda, mesurada y urgida por Dios de este problema de la formación.

Ha llegado el momento en que esta dificultad nos ha golpeado tanto que la Vida Religiosa en Cuba ha tenido que sentarse a reflexionar y a pensar canales operativos que nos ayuden a poner soluciones a corto, mediano y largo plazo. Para ello nos reunimos un nutrido grupo de

formadores(as) y superiores(as) mayores representantes de la mayoría de las congregaciones religiosas presentes en Cuba, el 13 de septiembre /01, en la Parroquia de San Juan de Letrán.

Nuestra preocupación consiste en que se garanticen en Cuba, a través de nuestras estructuras formativas, las primeras etapas de la formación, que consideramos indispensable sean vividas aquí, por ser ellas las que configuran la identidad y el sentido de pertenencia de nuestros formandos. Por otro lado, consideramos oportuno y positivo que etapas posteriores de la formación se vivan fuera del país, garantizando así la experiencia universal propia a toda Congregación; la apertura a otras realidades sociales, políticas y culturales; así como una formación académica más sólida y adaptada a los tiempos nuevos.

A continuación quisiéramos compartir con uds. nuestra reflexión y análisis, con la esperanza de que puedan ayudar a configurar este sueño tan importante para nosotros como pueblo, como Iglesia y como Vida Religiosa.

ETHOS CULTURAL:

Durante estos 43 años de “proceso revolucionario”, en Cuba se ha insistido en los valores autóctonos, pero identificados con la ideología marxista, y acompañado de una crítica severa a todo lo extranjero. El efecto ha sido justamente el contrario del deseado: el rechazo de “lo nuestro”, desde lo más sencillo de la vida cotidiana, hasta lo más integrador que son el sentido de la Patria, sus símbolos y su historia. Esto ha sido reforzado sistemáticamente por el trato preferencial que recibe en el país un ciudadano extranjero con relación a cualquier cubano. Todo esto ha contribuido a “forjar”, un cubano, una cubana “desarraigado, desalentado y frágil” (en frase de nuestros obispos), herido en su identidad personal, familiar y cultural; necesitado de reconocer su historia y sus raíces y reconciliarse con ellas; un hombre y una mujer cubanos que en general tiene como horizonte el exilio -no sólo la emigración real, sino también la enajenación interior de esta dura realidad social y política-. Profundamente herido(a) en su autoestima, tiene con frecuencia un sentimiento de que sólo fuera de Cuba se puede llegar a ser “alguien”, promocionarse, abrirse camino y futuro, es un orgullo haber viajado y se percibe como superior al que ha logrado salir de aquí.

ETHOS FAMILIAR:

La crisis familiar que afecta al mundo entero, incide fuerte y decisivamente en la sociedad cubana. En la familia los esposos sufren, en su vocación matrimonial, las secuelas del desaliento, el desarraigo y la fragilidad, a tal punto que se va al matrimonio con una inconsistencia estructural fruto del daño antropológico que provoca el sistema. A ello se añade el agobio por sobrevivir en un modelo social absorbente, que apenas deja espacio para la construcción del hogar: las actividades laborales, culturales, militares, políticas -de manera obligatoria-, a las que se ve constreñida la pareja, impide no sólo una cercanía mutua, sino la cercanía necesaria a los hijos. Se suma a todo ésto la imposibilidad de los padres de decidir en la educación de los hijos, pues el Estado asume todos los derechos, como única instancia educadora; los hijos apenas están con sus padres en su infancia, adolescencia y juventud (becas y “escuelas al campo”, multiplicidad de actividades...). Además, la angustia de la vida cotidiana, las tensiones de la sobrevivencia, los graves problemas de la vivienda... provocan una gran inestabilidad en el proceso normal de desarrollo de la vida afectiva de los jóvenes. Sufren mucho nuestros jóvenes en su proceso de evolución psicosexual debido a todo lo anterior, así como a la promiscuidad (facilitada por las becas, campismos, etc... y a menudo en el propio seno familiar) y las experiencias sexuales precoces. Uno de los “frutos” más lamentables de toda esta situación es el desmembramiento familiar y un joven que prácticamente carece de raíces, terriblemente frágil en su identidad personal, familiar y cultural.

En más de una ocasión nuestros Pastores, así como la Conferencia Cubana de Religiosos, han insistido en las serias consecuencias que trae el sacar del país a nuestros formandos en las primeras etapas de su formación. Con honda preocupación los formadores y superiores mayores portamos los mismos interrogantes:

Ø ¿Cómo podrán nuestros jóvenes llegar a amar suficientemente este pueblo, esta Iglesia, si en el momento de echar raíces son trasplantados?;

- Ø ¿Cómo vivir y verificar el proceso necesario de reconciliación con su historia familiar y personal en un medio ajeno?;
- Ø Teniendo en cuenta la fragilidad de nuestros jóvenes y la dificultad que generalmente tienen para comprenderlos los formadores que no han vivido aquí, ¿cómo podrán nuestros formandos y formandas vivir a un mismo tiempo las necesarias adaptaciones a las estructuras y proceso formativos, y a una realidad cultural totalmente diferente, desconocida y “tentadora”?;
- Ø ¿Cómo podrán crecer en el sentido de pertenencia a su Congregación y en la apertura a la universalidad, si no han solidificado su propia identidad, si no han optado por esta tierra ni aceptado y aprendido a amar su comunidad concreta, la realidad “cubana” de su Congregación?;
- Ø ¿Cómo regresar después de varios años y permanecer en esta realidad tan difícil, en la que aún comunitaria y carismáticamente estamos a veces tan menguados?;
- Ø ¿Será más fácil en una sociedad de consumo que en nuestra retante realidad, aprender a vivir en la fe el misterio de la cruz, la mística del grano que muere, la capacidad de abnegación y de sacrificio, “el valor de lo pequeño” (Juan Pablo II en la Universidad de la Habana, enero/98)...? Sin estas experiencias y vivencias no es posible permanecer fecundamente en Cuba;
- Ø ¿Cómo podrán gestar una nueva vida religiosa nuestros formandos si, al regresar se sienten aislados, porque han crecido lejos de nuestra rica experiencia de intercongregacionalidad?...
- Ø En medio de un pueblo que vive en la desesperanza y en el vacío de futuro, donde el horizonte de la gran mayoría es el exilio, optar por permanecer en Cuba y creer que también aquí Dios obra salvación es quizás el más evidente servicio profético que muchos están esperando... La opción por Cuba es parte del proceso que han de vivir nuestros jóvenes a la par que se clarifican y solidifican sus motivaciones vocacionales, ¿cómo vivirlos fuera de Cuba o aún en un medio formativo que los alienara de la vida concreta del pueblo?.

La experiencia de vivir las primeras etapas de formación fuera de Cuba es a menudo bastante dolorosa para muchos de nuestros formandos y de nuestras Congregaciones: jóvenes cuya opción vocacional no resiste la confrontación y dejan la Congregación (¿no sería responsabilidad culpable exponerlos a tentaciones para las que no están preparados ni humana ni vocacionalmente?); jóvenes que deslumbrados por otra sociedad deciden no regresar a Cuba; jóvenes que regresan pero no se adaptan, no aceptan la realidad congregacional o sufren demasiado ante las dificultades reales; jóvenes que no logran regresar porque es difícil o imposible hacerlo según las leyes del país cuando ha pasado demasiado tiempo; jóvenes que no son comprendidos ni acompañados adecuadamente por formadores totalmente desconocedores de la realidad cubana...

Sabemos también por experiencia que el solo sueño o posibilidad de “salir” condiciona en muchos casos todo el proceso formativo, llegando incluso a convertirse en una exigencia en muchos formandos, a menudo condiciona también las relaciones con el(la) formador(a) y los superiores.

Mucho “ganamos” para nuestros jóvenes, para nuestra familia religiosa, para la Iglesia y para el pueblo, si sabemos discernir el momento más adecuado para sacar a nuestros formandos de Cuba, así como ofrecerles el acompañamiento idóneo para asumir satisfactoriamente la confrontación que esto supone. Sabemos también que algunas de las Congregaciones que recurren a esta solución es porque se sienten totalmente imposibilitados de dejarlos en Cuba. No faltan también las experiencias que han sido satisfactorias.

Que nuestros formandos y formandas vivan las primeras etapas de formación en Cuba, supone comprometernos al máximo con la rica experiencia de intercongregacionalidad que vivimos aquí; supone contar en Cuba con personas abiertas y sólidas, capaces de acompañarlos... Supone que sacrifiquemos algo de nuestros “intereses” congregacionales y que apostemos juntos por una vida religiosa más “cubana” y más profética. Supone que apoyemos las comunidades más limitadas en personal, así como el Instituto “María Reina” y otros espacios intercongregacionales. Supone que aseguremos mayor estabilidad en nuestras comunidades, sobre todo de aquellos religiosos que logran entrar y adaptarse en Cuba... Supone muchas renunciaciones y mucho discernimiento. Supone mucha conciencia de parte de nuestras autoridades

congregacionales de lo que vivimos, sufrimos y soñamos en Cuba. Supone tener conciencia de nuestra vocación histórica como Iglesia y como Vida Religiosa: el seguimiento de Jesús, para los que hemos sido colocados por la Providencia en Cuba, en este momento, pasa por la opción real por este pueblo con todas sus consecuencias.

Ofrecemos en anexo, de manera detallada, los resultados del trabajo de reflexión que hicimos por equipos en el mencionado encuentro de formadores y superiores mayores, del pasado 13 de septiembre.

NUEVAS JUNTAS DIRECTIVAS

CHILE

Presidente: Padre Eduardo Pérez-Cotapos, Sagrados Corazones

Vicepresidentas: Hna. Marta Alvear, Hermanas de la Providencia
Hna. Marcela Altamirano, Hermanas Marianista

Vocales: Padre Agustín Cabré, Misioneros Claretianos
Hna. Pilar Salazar, Hermanas del Niño Jesús
Hna. Tatiana Lopresti, Religiosas Adoratrices
Padre Armando Schnydrig, Padres del Verbo Divino
Hna. Isabel Barroso, Dominicanas Romana Sto. Dgo
Hna. M^a Isabel García, Religiosas del Sgdo. Corazón
Padre Hernán Vargas, Padres Pasionistas
Padre José Miguel Valenzuela, Misioneros Claretianos

Secretaria: Hna. Bibiana Saavedra, Hermanas de la Providencia

Representante
Congregaciones
Chilenas: Hna. Dolores Espinoza, Hnas. De Apostolado Popular

EL SALVADOR

Presidenta: Hna. Carmen Estrada Céspedes, op..

Vicepresidente: Padre Juan Ramiro Martínez, sj.

Tesorero: Padre Jesús Canfranc, cp..

Vocales: Hna. Cecilia Vandal, mm.
Hna. Concepción Sanabria, msc.
Hna. Peregrina Sibrián, hfic.
Hna. Ana Deisy Delgado, hmj.

Secretaria: Hna. Edith Isolina Rodríguez, hfic.

NOVEDAD

La CIEC, la CLAR y el DEC/CELAM

convocan formalmente al V Seminario Taller del Programa “El Educador Líder de América” sobre el tema “Calidad de la Educación y Pastoral Educativa” a realizarse los días 15 a 26 de Julio de 2002 en Bogotá. Con este V Seminario Taller concluimos la primera fase del Proyecto.

LUGAR Y FECHAS:

El Seminario se realizará en la Casa de San Pedro Claver en Bogotá. La responsable de la casa es la Hermana Matilde Arteaga Tel. 2539234; 2261851. Diagonal 106D No. 40-01 Barrio Ilarco (por la Avenida Suba). Fechas: 15 a 26 de Julio del 2002; la llegada de los participantes es el domingo 14 de julio; la salida, el sábado 27 después de desayuno.

OBJETIVO:

El objetivo del taller es examinar las concepciones de “calidad” que se están dando en la discusión de la educación actual y elaborar una propuesta pedagógica católica, a la luz de la teología y de la pastoral, que responda a los desafíos de la formación integral

III CURSO LATINOAMERICANO DE PASTORAL EDUCATIVA

REFORMAS EDUCATIVAS Y DESARROLLO HUMANO

NIVEL I

Julio 02 – 12 de 2002.

El Instituto Teológico Pastoral para América Latina-ITEPAL y el Departamento de Educación-DEC del CELAM ofrecen el Seminario – Taller sobre Reformas Educativas y Desarrollo Humano los días 02 a 12 de julio de 2002, dirigido a directivos docentes, educadores, directores diocesanos y coordinadores de pastoral en instituciones educativas.

Este Seminario forma parte del Diplomado en “Reformas Educativas y Educación en Valores”, el cual consta de tres unidades: 1) Reformas Educativas y Desarrollo Humano: aspectos histórico y antropológico (año 2002); 2) Reformas Educativas y Formación en Valores: aspectos axiológico y ético (año 2003); 3) Reformas Educativas y Pastoral de la Educación: aspectos teológico y pastoral (año 2004).

OBJETIVO

Examinar los enfoques y núcleos de las Reformas Educativas, a la luz de las tendencias más significativas del desarrollo humano, con miras a elaborar un marco de fundamentación antropológica que propicie una auténtica formación en valores.

TEMÁTICA Y CALENDARIO.

Del 2 al 5 de julio: Las Reformas Educativas en América Latina: Historia, enfoques, fundamentación.

8 – 12 de julio: Enfoques y Tendencias Contemporáneas del Desarrollo Humano. Reformas Educativas y Desarrollo Humano.

Animación y coordinación: Profesor Marco Raúl Mejía, Investigador Educativo

PARTICIPANTES

Educadores (as), bien sean laicos (as), religiosos, religiosas o sacerdotes, que estén interesados en un proceso de reflexión permanente sobre las Reformas Educativas y sus implicaciones para la formación integral de las personas y para la pastoral de la educación.

TRABAJO PREVIO

Los participantes deben elaborar, como trabajo previo, un breve informe sobre la marcha de las Reformas Educativas en sus respectivos países; traer el texto de las leyes y decretos de los Ministerios de Educación acerca de las Reformas; y, en lo posible, las publicaciones y materiales de diversos autores, a fin de realizar una exposición de documentos sobre el tema del Seminario Taller.

HORARIO DE CLASES

Las clases se realizan en las instalaciones del Instituto Teológico – Pastoral para América Latina – ITEPAL en Bogotá - Colombia, de lunes a viernes, de 8:00 a.m. a 5:00 p.m.

REQUISITOS

Administrativos

La persona interesada en participar, debe enviar una Carta de presentación firmada por el Superior de la Institución donde trabaja, la Ficha de Inscripción debidamente diligenciada (puede ser fotocopia) y dos fotografías, recientes, tamaño 3x4. La cuota de inscripción (US\$200) se cancela el día de la iniciación del Seminario.

Costos Académicos US \$200,00

Los costos académicos comprenden la docencia, material didáctico entregado por los profesores, almuerzo y transporte desde un sitio cercano de la residencia en Bogotá al Instituto y regreso.

ALOJAMIENTO:

El Instituto no cuenta con internado, pero ofrece el servicio de reservación de alojamiento en casas de religiosas y religiosos. El costo diario es de US 12,00, que incluyen: desayuno, cena, dormida y lavado de ropa. Diariamente se transporta desde y hacia los sitios de residencia.

CLIMA:

Bogotá está situada a 2600 metros sobre el nivel del mar. Tiene un clima fresco durante todo el año. Es necesario traer ropa para clima frío.

VISAS:

Las personas que participen en uno o más cursos deben acercarse al Consulado de Colombia en su país y solicitar la información respectiva a fin de obtener la Visa. Es necesario tener toda la documentación en orden para evitar dificultades.

INFORMES E INSCRIPCIONES:

Instituto Teológico Pastoral para América Latina - ITEPAL
Transversal 67 (Avenida Boyacá) No. 173-71 (San José de Bavaria)
Apartado Aéreo No. 25.3353
Tels: (57-1) 6670-050/ 6670-110/ 6670-120

Fax: (571) 677-6521 / 612-1929
E-mail: itepal@celam.org
[http: \\www.celam.org/itepal.htm](http://www.celam.org/itepal.htm)
Bogotá – COLOMBIA